

NICASIO TANGOL

"Huipampa,

tierra de
sonámbulos"



EDICIONES CULTURA

NICASIO TANGOL

HASTA hace un tiempo inmediato era queja unánime de algunos críticos y estudiosos de la Literatura Chilena, el que, mientras los poetas nuevos invadían el campo del arte escrito nuestro, la prosa nacional languidecía, sustentada apenas por valores en cierto modo ya tradicionales. Sin embargo, nadie podría negar cómo en breve tiempo —y no por supuesto a modo de respuesta a las tales quejas sino por ímpetu natural y propio— han surgido al terreno de la prosa de nuestra patria indiscutibles y talentosos representantes de una generación que nace con bríos insospechados y rotundos. De más está nombrarlos. Nos cabe en este instante otro afán inapla- zable: presentar a los lectores chilenos y de Amé- rica a Nicasio Tangol. Escritor recio y auténtico, trae tal acopio de experiencias humanas, tal co- nocimiento de la vida de una región, tal diestro manejo del difícil arte de novelar, que nos resulta un autor admirable. Así, "Huipampa, Tierra de Sonámbulos", su primera novela, es una síntesis de todo cuanto vivió y observó su autor, un acer- vo de humanidad deforme y perfecta, vulgar y lírica, débil y potente, miserable y grandiosa. Con- tiene ella la entera realidad de un mundo que, a fuerza de ser chileno, nos parece extraño: Chiloé y sus leyendas, sus tradiciones y sus mitos, adere- zan las páginas de "Huipampa" de poderosas vi- braciones emocionales.

Es un libro y un autor que Editorial Cultura entrega al público, segura del servicio que, con ello, hace a las letras nacionales; y segura, ade- más, del aporte con que contribuye al conocimien- to de aquellas regiones chilenas olvidadas por nuestros escritores.

N I C A S I O T A N G O L

11(728 a-11)

HUIPAMPA,
tierra de sonámbulos

Novela

E D I T O R I A L C U L T U R A
S A N T I A G O D E C H I L E

H U I P A M P A ,
tierra de sonámbulos

COLECCION
NOVELISTAS CONTEMPORANEOS DE AMERICA

Director:
NICOMEDES GUZMAN

Volumen III
HUIPAMPA, TIERRA DE SONAMBULOS

EDITORIAL CULTURA

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR
Santiago de Chile — 1944
Inscripción N.º 10.530

Portada de Enrique Cornejo (Penike)

N I C A S I O T A N G O L

HUIPAMPA,
tierra de sonámbulos

Novela

E D I T O R I A L C U L T U R A
S A N T I A G O D E C H I L E



OBRAS DEL AUTOR:

HUIPAMPA, TIERRA DE SONAMBULOS, novela.

PROXIMAMENTE:

LAS NALGAS DEL PUTAGAN, novela.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

ENSUEÑO HISTORICO
O
DESCUBRIMIENTO DEL ARCHIPIELAGO
DE CHILOE

La punta de "Quethrelquén" penetra en el canal de "Chacao" como un cetáceo decidido a sumergirse. En la playa, un grupo de hombres arrastra su cansancio, caminando lentamente por la arena endurecida. La llovizna humedece el matorral y se adhiere en gotas diminutas a las barbas de los forasteros. Cansados de la pachacha y retozona vegetación, escudriñan con inquietud el horizonte.

Cansancio de seres lejanos y aventureros, de seres llegados de otro mundo. Cansancio forjado por los golpes persistentes del dilatado océano sobre la borda sufrida de veleros quejumbrosos y románticos.

Hombres de espaldas anchas y hombros filudos trepan anhelosos por los redondeados cerros de la costa. Sus manos nerviosas entreabren el matorral espeso y salobre. Los ojos cansados se avivan, se agrandan las pupilas... el sol ha dejado caer sus rayos sobre la llovizna y, encima de ellos, el arco iris se enerva como un gusano multicolor.

Alonso de Camargo anota con temblorosa mano: "Febrero de 1540".

Apenas el arco iris desaparece, se aleja el velero, zigzagueando su quejumbre y haciendo cabriolas.

Se pierde justamente cuando el sol ha dejado el cielo para sumergirse en el mar.

La costa isleña se quedó refunfuñando . . . le habría gustado sentir a esos hombres de robusta barba, de largas piernas y velludas manos. Sin embargo, su curiosidad fué frustrada, y ellos se fueron despectivamente, indiferentemente. El sopor de ausencia la lamió, pasando su lengua sedosa por los contornos filudos y somnolientes de sus playas . . .

Años después, la costa isleña arrulló gozosa; con su canto se durmieron los peces junto a las rocas, mientras la espesa bruma, olvidando su castidad, separaba las piernas y se levantaba las polleras . . . dos veleros avanzaban silenciosos hacia la costa.

"Mil quinientos cincuenta y tres", grabó Francisco de Ulloa en las playas arenosas.

El tiempo y el destino, firme y seguro, permitieron grabar nuevamente a Cortés Hojea y a Juan Hernández Ladrilleros: "Mil quinientos cincuenta y siete".

*
* *
*

Mañana de lluvia del mes de Febrero: a través de la humedad, los rayos del sol formaban infinitas trompetas largas y cálidas; tibia lluvia de alfileres plateados incrustándose en la almohadilla verdosa de la tierra . . . el sol resguardaba su existencia prolongándose hacia dentro de sí mismo . . . Torbellino de pájaros lugareños, buscando prosceño y auditores, tropezábase en sus propios cantos y asustado huía, dejando mazorcas de sonos multicolores; mazorcas que luego se desgranaban en lluvia de alambres milimétricos coloreados de diferentes tonos . . .

A través de los matorrales de la virgen Araucanía, a través de la humedad olor a tierra y a hembra, la estrofa de Ercilla avanzaba con su ejército de sones y melodías. Usaba penacho de indio, flechas, maza y boleadoras.

Alonso de Ercilla y Zúñiga ensangrentaba su espada en la garganta de los indómitos hijos de Cautolicán, Galvarino y Lautaro. Desbocada, sedienta, anhelosa corría su lira, enredándose en las zarzas. Luchaba luego junto a él y juntos se extraviaban en la naturaleza de confundidos matorrales. Desesperado arrisca su nariz de vizcaíno y busca afanoso las huellas del sendero:

“Siete días perdidos anduvimos
abriendo a hierro el impedido paso,
que en todo aquel discurso no tuvimos
do poder reclinar el cuerpo laso;
al fin una mañana descubrimos
de Ancud el espacioso y fértil raso,
y al pie del monte y áspera ladera,
un extendido lago y gran ribera”.

“La Araucana”

Canto XXXV.

Luego su pecho y su lira engrandecen, se agigantan resplandecientes, bruñidos por la esperanza; esperanza de alma y cuerpo, fundidos en un haz de pueblo y raza, roca, mar y arena de desierto, de mantillas y arabescos, de rocinantes y camellos, de beduinos y quijotes, de jotas y “cante hondo”.

A sus pies, el Canal del “Chacao” lengüetea insistente, cortando el enmarañado matorral con su espada de plata movediza o acariciándolo con su enorme nalga de esfinge vidriosa. Ante sus ojos se ba-

lancea el paisaje, olvidando sus siglos de silencio y adoración:

“Era un ancho archipiélago, poblado de innumerables islas deleitosas, cruzando por el uno y otro lado góndolas y piraguas presurosas: marinero jamás desesperado en medio de las olas fluctuosas, con tanto gozo vió el vecino puerto, como nosotros, el camino abierto”.

“La Araucana”

Canto XXXIV.

En la orilla opuesta, una gran fogata chisporrotea al cielo; desprecia entonces el alma la materia y, olvidando su convivir, se escapa como una concubina del cansado cuerpo:

“El enfermo, el herido, el estropeado, el cojo, el manco, el débil, el tullido, el desnudo, el descalzo, el desgarrado, el desmayado, el flaco, el deshambriado quedó sano, gallardo y alentado, de nuevo esfuerzo y de valor vestido, pareciéndole poco todo el suelo, y fácil cosa conquistar el cielo”.

“La Araucana”

Canto XXXV.

Los ojos cansados escudriñan el horizonte con ansiedad. La vista descubre nuevas tierras y en el corazón nacen nuevas esperanzas.

Cerca de la costa se ha detenido un grupo de piraguas, la más grande se aproxima a la playa con lentitud:

“Donde un gracioso mozo bien dispuesto con hasta quince en número venía, crespo de pelo negro y blanco gesto, que el principal de todos parecía; el cual con grave término modesto junto a nuestra esparcida compañía nos saludó cortés y alegremente, diciendo en lengua extraña lo siguiente:

Hombres o dioses rústicos, nacidos en estos sacros bosques y montañas, por celeste influencia producidos de sus cerradas y ásperas entrañas, ¿por cuál caso o fortuna sois venidos por caminos y sendas extrañas, a nuestros pobres y últimos rincones, libres de confusión y alteraciones?

Si vuestra pretensión y pensamiento es de buscar región más espaciosa, y en la prosecución de vuestro intento, tenéis necesidad de alguna cosa, toda comodidad y aviamiento con mano larga y voluntad graciosa, hallaréis francamente en el camino, por todo el rededor circunvecino”.

“La Araucana”

Canto XXXVI.

El ceño de los blancos se frunció, afloró a sus rostros la malicia y la desconfianza. Se agigantó en ellos la Araucanía agresiva, gallarda y belicosa. Comprendiendo el mozo el estupor, reforzó su ofrecimiento:

“Y si queréis morar en esta tierra, tierra donde moréis aquí os daremos; si os place y agrada más la sierra, allá seguramente os llevaremos;

si queréis amistad, si queréis guerra,
 todo con ley igual os lo ofrecemos:
 escoged lo mejor, que a elección mía,
 la paz y la amistad escogería”.

“La Araucana”

Canto XXXVI.

La sonrisa maliciosa y desconfiada buscó apresuradamente un escondrijo y el alma de España surgió desnuda y transparente. La espada resplandeciente y filuda, sedienta de sangre fresca, ocultó la vergüenza en su vaina mohosa. Y los guerreros soñadores, despojados de corazas y arcabuces, aceptaron la cariñosa y franca amistad; y así el conquistador fué conquistado.

Alonso de Ercilla y Zúñiga extrajo de su lira nuevas notas; buscaron éstas el filo de su navaja y de ahí, como agua fuerte, carcomieron la corteza de un robusto roble. Así se tonificó su canto con savia de la región isleña:

“Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
 don Alonso de Ercilla, que el primero
 en un pequeño barco deslastrado,
 con sólo diez pasó el desaguadero,
 el año de cincuenta y ocho entrado
 sobre mil y quinientos, por Febrero,
 a las dos de la tarde, el postrer día,
 volviendo a la dejada compañía”.

Canto XXXVI.

“La Araucana”

*

*

*

Volvió Ercilla encucillándose por los matorrales del Arauco indómito. Empañole los ojos la llovizna, desgarráronle carne y vestido las zarzas, trizose su espada en la batalla fiera y él jamás tuvo un desmayo. Sin embargo, su altivez, su valentía y entereza quebráronse de golpe.

¡Supina torpeza de Don García Hurtado de Mendoza! . . . fué en Imperial. Ahí, donde públicamente el indómito araucano admiró el brío y potencia del bizarro conquistador; donde el Quijote, soñador y esforzado castellano, desnudo el muslo y herchido el corazón, contempló extasiado la destreza y valentía del indio, "gallardo y displicente"; la reluciente navaja estuvo a punto de cortar la garganta del más grande cantor de la soberbia Araucanía.

Así quiso Diego Hurtado de Mendoza, atolondrado y mentecato, ahogar con el filo acerado y maldito la historia rimada y cadenciosa:

*"Turbó la fiesta un caso no pensado,
y la severidad del Juez fué tanta
que estuve en el tapete, ya entregada
al agudo cuchillo la garganta:
el enorme delito exagerado
la voz y fama pública lo canta,
que fué sólo poner mano a la espada,
nunca sin razón desenvainada".*

"La Araucana"

Canto XXXVI.

Fué éste el yerro que nunca perdonó Ercilla, por el cual maldijo con justeza a Hurtado, por "mozo capitán acelerado":

“Ni digo como al fin, por accidente
 del mozo capitán acelerado,
 fui sacado a la plaza injustamente
 a ser públicamente degollado:
 ni la larga prisión impertinente
 do estuve sin culpa molestado,
 ni mil otras miserias de otra suerte,
 de comportar más graves que la muerte.

“La Araucana”
 Canto XXXVII.

*

* *

Los desgarbados trancos sin asunto, sin fin, sin esperanza transitan nuevamente por la isla. Tras Martín Ruiz de Gamboa caminan, audaces y prudentes, cabizbajos y altaneros, ciento diez Quijotes. De cuando en cuando sus manos nerviosas hurgan los bolsos . . . los envuelve el aroma de una pasión enmohecida . . . Dulcinea, rechoncha y vivaracha se contonea en el horizonte, pende de sus cabellos una rosa fresca y encarnada . . . Suenan las castañuelas . . . excitador, lento comienza el movimiento de muslos . . . se agrandan las pupilas en los ojos alucinados . . . Espinas impertinentes espantan la ensoñación y cubren de sangre los rostros.

Trepando por las ancas de los cerros isleños se deslizan cautelosas, ariscas y asustadas las hembras indígenas. Huyen recelosas . . . son ellas pequeñas, van descubiertas por delante, despreocupadas del vaivén de sus pechos y del lustre de sus muslos; llevan muy tapados la espalda y el trasero. Grupos de indios semidesnudos, pequeños y cuidadosamente afeitados las protegen.

La caravana busca la playa y bordea la costa quebrada y dentada como una sierra. Las infinitas

rías y la gratitud hacia el Gobernador hacen gritar a los conquistadores:

“Nueva Galicia”.

El grito rebasó el matorral, sin embargo los isleños continuaron y continúan llamándolo:

“Chilhué”.

*
* *
*

La caravana no se detiene, avanza segura de sus pasos . . . indiferente a su destino.

“Güilqueco” los saluda con caprichosas bandadas de zorzales; “Pumillahue”, con globulosas y radiantes nubes de oro . . . Más allá, encaramándose sobre las rocas, las “patrancas” mostraban sus blancas pecheras y daban la bienvenida, moviendo sus alas aceradas; y muy cerca de ellas, las gaviotas chillonas, formando algarabía de cantos y de amanecer, iban y venían, subían y bajaban. Dibujando puntas de lanzas, huían asustados los cuervos; de cuando en cuando caía algún graznido sobre la sombra de sus propios cuerpos, reflejados en la arena húmeda de la playa . . . y ahí se quedaba, como un insulto muerto.

Junto a los oídos de los conquistadores silba el viento; la voz redonda y mofletuda busca la cumbre, el eco apiña las almas y las observa placenteramente . . . y el tiempo se sucede.

Mañanas de sol, mañanas de lluvia, tardes de borrascas y torbellinos, noches de alquitrán, noches de estrellas, luna y esperanzas. Emergen pueblos nuevos en la isla y nacen nuevos seres, hijos de pequeñas y fornidas indias y de intrépidos y esforzados soñadores . . .

...Y pasa un siglo: gallegos, castellanos, andalu-

ces, portugueses . . . y otro siglo se sucede: vascos, catalanes, asturianos. El nuevo mundo ofrece a todos por igual un espacio para el sonámbulo de su esperanza. Y el alma agradecida se ilumina, se desnuda . . . luego se arrodilla, junta las manos y la plegaria sale, como una bendición, de sus labios:

“Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prisión libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algún bien,
Con el cielo ha estatuido
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aún no me den”.

“El ingenioso Hidalgo Don Quijote
de la Mancha”.

Capítulo XXXIII.

Cuando el sol pasa, evaporando la humedad, un vaho espeso y pegajoso cubre enteramente la isla. Este vaho esparce misterio y modorra; junto a él caminan el mito, la leyenda y la superstición . . ., si el sol logra deshacerlo, cae polen de amapolas sobre la tierra.

Opio de misterio, opio de terror, de angustia y de espanto recorre los matorrales y las charcas de la isla; cae con la borrasca, con la lluvia, con la nieve; se revuelca junto al trueno y al relámpago, se esconde en los aleros y en los nidos de los murciélagos; habita las casas abandonadas, las cuevas y las raíces de los árboles, y hace fatídico el grito de las aves y enseña a danzar a los esqueletos.

La lluvia, que a veces logra barrer la sombra gelatinosa del mito y la leyenda, se hace también misteriosa . . . Misterio de agua y sol, nutria transparente y gigantesca que corroe la entrañas vírgenes y hojosas de las islas; tierra blanda, cubierta de hojas frescas y transida de lágrimas y quejumbre de matorral.

En este ambiente viven los isleños . . . Sobre la yema de sus dedos danza el misterio, y el grito de espanto es ave asustada entre sus labios. Leyenda y misterio es para ellos vientre voluminoso dentro del cual se mueven como buzos desorientados; de cuando en cuando estiran sus largos brazos de bogadores, sus dedos arañan el infinito, y luego rastrean el universo restringido y miserable que contornea la lluvia y agujerea la borrasca.

H U I P A M P A ,

tierra de sonámbulos

Novela

AL PROFESORADO PRIMARIO DE MI
PATRIA Y A CHILOE, MI QUERIDA
TIERRA, DEDICO ESTA OBRA.

*El medio estrangula
la conciencia y levanta
rejas de acero para
limitar al hombre.*

Primera parte

OLEGARIO VILLARROEL

Veinte personas más o menos esperaban al preceptor; la mayoría de ellas movía los pies, golpeando con cierta nerviosidad los tablones del pequeño muelle del puerto de Quicaví. Al rumiar su tranquilidad, el caserío se había echado mansamente en la falda de una colina.

—A lo mejor el surazo éste no ha permitido la salida de la goleta — observó el despachero Sixto Bahamonde, que era el más intranquilo del grupo.

—¡Válgame Dios, don Sixto!; parece que usted no fuera de estos lados.

—¿Por qué, Chafeo? — preguntó ei padre Genaro Chacón.

—Si no conoce a Triviño, el más baqueano timonel d'iaquí pú, señor cura; además, la "Lora" no se amedrenta así no más.

—Así es, así es — dijo don Genaro, mirando de reojo y maliciosamente a don Sixto.

—Achica tu bongo será mejor, Chafeo, y revisa los toletes que tendrás que ir solo a bordo.

—Ya los tengo afianzados, don Sixto, y hay aquí harto ñeque para la singa —contestó el pescador Chafeo Canipani, mostrando sus brazos y haciendo un mohín de desprecio.

—¡Allá viene la goleta! — gritó doña Callolla Ojeda entusiasmada.

Dando crédito a sus palabras, todos se acercaron a la baranda del muelle. Solamente Chafeo Canipani permaneció indiferente.

—¡Ahora sí que achico el bongo, don Sixto! — gritó, cogiendo un tarro duraznero, con el cual procedió a botar el agua de la embarcación.

—Fuerte los ha golpeado el surazo, parece que la goleta trae las velas arriadas — observó don Sixto.

—Las velas se han hecho para cuando hay poco viento, cuando hay demás, también están demás — agregó Chafeo Capinani, saliendo al encuentro de la embarcación, que ya entraba a la bahía.

Momentos después se escuchó desde el muelle la voz de Juan de Dios Triviño:

—¡Sacho al mar . . . ¡Sacho al mar!

Al mismo tiempo se sintió el sonido de la piedra que buscaba fondo. Luego se detuvo la goleta y giró, quedando con la proa al sur.

Después de las maniobras de rigor, el bongo de Chafeo se acercó al muelle, trayendo al preceptor y al piloto de la "Lora".

—Tenemos mucho gusto en saludarlo — dijo don Genaro, tomándose la representación de todos los que lo acompañaban, a la vez extendía la mano al preceptor.

—Gracias por la molestia que se ha tomado en venir a recibirme, señor cura,

—Lo esperábamos desde hace tiempo, señor — dijo doña Callolla Ojeda, — que se encontraba justamente detrás de don Genaro.

—Gracias, señora, no me imaginé que tendrían esta deferencia, sin conocerme.

Don Genaro presentó en seguida a todos los vecinos que estaban en el muelle, y el preceptor fué repitiendo a cada uno de ellos:

"Olegario Villarroel, servidor de usted . . . Olegario Villarroel, para servirle . . . Olegario Villarroel, su servidor . . . A sus órdenes, señor, Olegario Villarroel . . ."

Terminada la presentación, todos acompañaron al recién llegado a casa de doña Callolla Ojeda, donde se hospedaría.

Los vecinos, después de haber conversado largamente con el profesor, se retiraron satisfechos de la amabilidad y cariño con que los había tratado. Don Genaro se quedó con él y lo acompañó a cenar; había sido invitado por la dueña de casa.

Iba ya a retirarse don Genaro, cuando apareció don Sixto Bahamonde, sumamente acongojado.

—¿Cómo la encontró, don Sixto? — preguntó don Genaro, adivinando algo.

—Igual, señor cura, gracias . . . gracias — contestó el interpelado, con voz de quejumbre.

—Paciencia, hijo, paciencia.

Don Sixto se sentó, quedándose pensativo.

—¿Qué sucede, don Sixto? — preguntó doña Callolla, que en ese moento volvía al salón.

—Nada, Callolla, nada . . .

—¿Que está peor la Encaña?

—Así es, doña Callolla, le he dicho que no se levante, pero no hace caso. La tos aumenta y al parecer no la dejará más; al principio la molestaba mucho, pero lo que es ahora, nó . . . y eso es tal vez lo más malo.

—Bueno, don Sixto, no se preocupe tanto, de nada sirve desesperarse

—Así es, don Genaro.

—Acompañemos a don Olegario, mire que la mistela está deliciosa.

—Bien, señor cura, ¡salud!

Bebió don Sixto y paladeó el licor, haciendo sonar los labios y olvidando su preocupación.

—Parece de murta, doña Callolla.

—Sí, don Sixto, es de murta.

—¡Está exquisita! — dijo don Genaro.

—Así es, señor cura —aseveró el preceptor.

Poco después, don Sixto y don Genaro se despedían efusivamente del recién llegado.

Doña Callolla manifestó al preceptor que, si quería descansar, su pieza estaba preparada; él aceptó agradecido el ofrecimiento.

Cuando se encontró solo, inspeccionó todos los rincones de la habitación, sonrió satisfecho, luego se acercó a la ventana que daba al huerto y se quedó pensativo . . .

Bajo los manzanos, las coles parecían acechar al viento trasnochador, que pasaba con su espeso zumbido a mover las sombras. Por el cielo, las nubes transitaban con lentitud, semejando grandes elefantes de gelatina.

Olegario Villarroel no pudo darse cuenta del tiempo que permaneció rumiando sus recuerdos junto a la ventana. Habría seguido largo rato más así.

si un pequeño portón no hubiera gemido débilmente. Este ruido lo arrancó de golpe de su plácido ensimismamiento. No lo preocupó tanto el portón que se abría como la silueta de una persona que avanzaba, caminando con cierta dificultad. Pudo cerciorarse de que era un hombre y que, al parecer, estaba borracho. Como no conocía los pormenores de la casa, encontró extraño que a esas horas entrara alguien al huerto.

El hombre avanzó algunos pasos y luego se detuvo, apoyándose en un cerezo. Sacó después una botella del bolsillo del pantalón y se puso a beber. En ese momento comenzaron a caer algunos goterones y el viento se balanceaba con mayor fuerza en la copa de los árboles. Sin embargo, Olegario Villarroel alcanzó a percibir, nítido, el glú glú del líquido que pasaba por la garganta del bebedor.

Los goterones cayeron con mayor intensidad, silbó el viento junto a los alerces del techo de la casa y las nubes taparon la luna, proyectando una sombra triste sobre las coles del huerto. El borracho se alejó del cerezo, levantó las manos al cielo y gritó, subiendo el tono de la voz a medida que aumentaba la borrasca:

—“Aprieta las piernas, beata hedionda . . . desvergonzada; tapa tu vientre inútil. Deja ya tus oraciones, mejor será que acaricies a tu macho; sí, a ese que tienes ahí, escondido detrás del corpiño grasiento, sobre tus senos de almohada. Ese, sí, ese que acaricias. Ahora puedes irte, beata amarillenta, anémica; sí, ahora puedes irte. Ya salió el sol . . . pero no te curves, no ocultes tu vientre . . . ocúpalo, ocúpalo si quieres que Dios te perdone . . .”

El ruido que hacía el viento y el resonar de algunos truenos, no dejaron escuchar al preceptor las últimas palabras del borracho.

Momento después pudo darse cuenta que reía como jamás oyera reír a nadie. Sus carcajadas parecían resbalar por la borrasca como voluminosos fardos de tabaco o rodelas de estiércol seco. Después lo vió salir del huerto, tambaleándose y abrazado a un manojó de calas.

Y, apenas el hombre cruzó el portón, apareció doña Callolla, quien, buscando la sombra de los manzanos, se deslizó hasta la puerta que el desconocido había abierto, y la cerró sigilosamente.

II

HUIPAMPA

—Huipampa, huipampa, huipampa.

—Huipampa, huipampa, huipampa.

—Huipampa, huipampa, huipampa.

Abiertas las piernas, los brazos en cruz; el cuerpo desesperado busca el equilibrio, vertiginoso gira sobre sí mismo.

Epifanio, Nemo y Chanchao bailan como trompos dentro del círculo recién formado por los niños de la escuela mixta de Quicaví.

Comenzaba el mareo . . . veloces pasaban ante los ojos de los competidores, las pampas verdosas, los cerros ventrudos, los campanarios y las casas con sus techos pajizos. Desastrada se aproximaba la tierra, agigantándose, agigantándose . . . junto a ellos se desmonoronaba.

Risueños, los niños del círculo golpean las manos a un mismo compás y repiten:

3.—Huipampa, tierra de sonámbulos.

—Huipampa, huipampa, huipampa . . .

Dentro del círculo, giran los cuerpos sudorosos y van perdiendo lentamente el control del movimiento. Ante ellos, cercados, cerros, árboles, nubes y cielo se entrecruzan, se elevan y luego se desparrraman sobre sus cabezas. Los cuerpos no resisten más en pie; se desploman junto a este desorden de movimiento.

Chanchao cayó sobre la cumbre de un cerro; Nemo, junto al pórtico de la capilla, y Epifanio, que fué el vencedor, permaneció en pie abrazándose a una de las cruces más grandes del cementerio del pueblo. El mareo no le permitió darse cuenta de su triunfo. En rededor a él, giraban aún las cosas, y el runruneo monótono del canto zumbaba en sus oídos insistentemente:

—Pampahui, pampahui, pampahui.

—Pampahui, pampahui, pampahui.

—Pampahui, pampahui, pampahui.

. . . Y al compás de este runruneo una mancha negra se le aproximaba; era una piedra gangrenosa, filuda, enorme, amenazante . . . lo dominó el terror. Con todas sus fuerzas se aferró a la cruz, pero ésta se partió en dos . . . con los maderos, se desplomó su cuerpo de vencedor. En manadas gigantescas, árboles, cercados, nubes, cerros y matorrales lo pisotearon despiadadamente. Su cuerpo fatigado se retorció lento sobre el pasto húmedo y tibio.

La llovizna mojó sus pupilas. A su lado se detuvo la piedra gangrenosa y filuda, se sacudió con movimientos de hembra y le tomó las manos. De un salto, trepó la vergüenza a sus hombros y le arañó la cara. El paisaje, súbitamente inmóvil, ver-

de y pegajoso, lo miraba y comprendía toda su pequeñez y miseria de ser.

*
* * *

—Huipampa, huipampa, huipampa.

—Huipampa, huipampa, huipampa.

—Huipampa, huipampa, huipampa.

Tres pares de pantorrillas giran vertiginosas bajo las campanas vueludas de los vestidos de percal, se persiguen los muslos, dibujándose en las pupilas cual rebanadas de luna. Un cercado de sonidos forma el golpe de las manos. En los labios de las colegialas se atropella el canto:

—Huipampa, huipampa, huipampa . . .

A poca distancia de ellas, el mar bate su gran falda semicircular; sus vuelos enormes, golpeando la playa repiten:

—“Huipampa, huipampa, huipampa”.

Dos, tres, cuatro muchachas caen sobre la arena húmeda, plomiza y salobre. Ante ellas el océano se agolpa ventrudo y transparente, luego se desploma como un buda sobre el cuerpo de las colegialas vivarachas. Chalía Ojeda rueda por el suelo; lustrosa su carcajada convulsiónale el cuerpo, cuerpo de niña, cuerpo duro y resbaladizo, esquivo y prometedor como la esperanza. Junto a ella, sobre ella, caen otras muchachas. La algarabía espontánea se escapa en robustas mazorcas.

Bulliciosa, histérica, enfermiza e indiferente se esparce la carcajada. Viste túnica blanca y se acurruca humildemente bajo la concha de cualquier molusco, ahí se endurece y moldea a su capricho; yérguese luego como una diosa y, dando un salto

gigantesco, se sume en el fango negruzco y fétido del mar. Ahí se queda; ahí, junto al grito ahogado, junto a la sombra desesperante, terrorífica y ponzoñosa del susto y del dolor.

—¡Esta es la alegría! — grita la carcajada, mostrando sus pechos formados de cáscaras de bronce y plantándose, como un guerrero, frente a la desesperación, al gemido, al llanto . . . rastroeja luego la sepultura líquido-verdosa, rugiente y arrulladora del océano.

Corre vertiginoso el aire costeño . . . Chavía Ojeda sujeta con ambas manos sus faldas; sin embargo, el aire la lame y la hace sentir su lengua tibia y salobre de macho. Se agrandan sus pupilas . . .

—¡Epifanio!, ¡Epifanio! — grita asustada.

Se acerca a él y lo levanta del suelo.

Fué entonces cuando el rubor arañó la cara de Epifanio, el hijo del despachero Sixto Bahamonde.

Frente a ellos, el preceptor golpeaba las manos, indicando el término del recreo.

*

* *

Al atardecer, niños y niñas salen de la escuela; por el camino comparten restos de su tortilla del almuerzo. Divididos en pequeños grupos, se alejan . . .

A uno de estos grupos se acerca un jinete. Epifanio es el primero en reconocerlo, se aparta un poco de sus compañeros y espera; es su padre.

—Voy a Dalcahue, volveré mañana — gritó don Sixto desde cierta distancia.

—Bueno, papá — contestó el muchacho.

Don Sixto clavó las espuelas a su alazán y partió al galope. Los niños se quedaron mirándolo, Epifanio hizo lo mismo, luego siguieron su camino.

—Hay que poner los pies como patas de choroy para no caerse, indicó el que iba adelante, mientras avanzaba dificultosamente por el fangoso sendero.

—¡Con la mía! . . . , ¡con la mía! . . . , ¡con la mía! . . . — iba repitiendo Epifanio, y daba un golpe en la espalda a cada uno de sus compañeros.

Ellos lo persiguieron hasta la puerta de su casa, sin lograr alcanzarlo.

III

LEONILA

Al norte de Dalcabue, a dos leguas más o menos, vivían los hijos de don Belarmino Ampuero: Ciriaco y Evaristo. Ambos habían heredado de su padre el cariño a sus tierras y, a pesar de las grandes necesidades que muchas veces tuvieron que soportar, jamás quisieron deshacerse de ellas.

En las faenas agrícolas los hermanos se ayudaban a medida de sus posibilidades y, así como en ellas, en cualquiera otra situación, siempre el uno contaba con la buena voluntad del otro.

Don Ciriaco, que era el mayor, tenía dos hijas: Sofía y Amalia. Don Evaristo no tuvo hijos pero, a ruegos de su mujer, había adoptado a Leonila, hija de doña Coiña Arroyo.

—¿Saliste con la tuya, Claudina? — dijo don Evaristo a su mujer cuando la vió llegar con Leonila.

—¿Y qué hacíamos solos, hombre?, a lo mejor sale buena . . .

—¡Ojalá! . . . ¡Ojalá! . . . —refunfuñó el viejo. Doña Claudina cuidó a Leonila con todo esmero; la niña era robusta y resistente, lo cual evitó preocupaciones a su madre adoptiva.

La muchacha creció rápidamente y muy pronto empezó a ayudar a sus padres. En las labores agrícolas se desempeñaba casi mejor que un hombre, actividad que la hizo adquirir aspecto y modales varoniles. Era alta, musculosa, rígida de cuerpo y brusca en el trato. Actuaba con desenvoltura y seguridad, reía poco, y su sonrisa era dura y desabrida.

Sin embargo, Leonila tenía un alma esencialmente femenina; con facilidad ganó el cariño de sus padres adoptivos, y también el de sus primas. Para éstas guardaba ella una deferencia especial, y cuando los vecinos las veían juntas, las hermanaban diciendo:

—Ahí van las "Ampueros" . . .

Las hijas de don Ciriaco eran diferentes a Leonila; femeninas de modales, cara redonda y rosada, cuerpo entrado en carnes, andar acompasado con movimientos de contoneos excitadores.

Sofía, que era la más coquetona, andaba ya en enredos amorosos con no se quién. Cuando le decían algo, reía o se ofendía, según le conviniera.

Don Evaristo, sin saber por qué, comenzó a sentirse orgulloso de su hija. Experimentaba un halago placentero cuando iba junto a ella cruzando sementeras o caminando por los rastros, después de ejecutar pesados trabajos agrícolas.

Leonila, familiarizada con todas las labores campesinas, las ejecutaba gustosa, y manejaba el hacha, la pala o el hualato con gran destreza; al término de la labor, regresaba con la herramienta

al hombro, al uso de los varones. El único trabajo que no le agradaba era el barbecho a luma.

—“Eso de ponerse el pellejo de carnero en el vientre y empujar hacia adelante las lumas, hasta enterrarlas en el césped, no podré aceptarlo nunca” — decía.

Para ella, el trabajo de arar a luma había que dejárselo a los hombres de edad, los jóvenes podían gastar ese esfuerzo en otra función parecida, pero más agradable . . . Había observado bien que, al ejecutar este trabajo, los hombres desfiguraban el rostro, tal como los toros al cubrir a las vacas . . .

Leonila atendía todo con solicitud. Cuidaba de que los corrales estuvieran siempre limpios y provistos de canutillo seco o de paja ratonera; los animales la conocían, y la Caulli, con su aspecto de vaca vieja y su presencia de mansedumbre, había conquistado su cariño.

Cuando la Caulli regresaba del potrero, traía siempre las ubres llenas y se acercaba mugiendo quedamente; contenta salía Leonila a su encuentro.

—Suelta la leche diablo. ¡Esta condená esconde la leche en cuanto le agarran las tetas! ¡Qué hacías por el rastrojo de la loma con el Clavel?, ese toro es diablo, mira . . . no te hagas la gansa, ni pongas los ojos blancos . . . Ahora, llama a tu hijo — le decía, interrumpiendo la ordeña.

Bramaba la Caulli y, dando saltos de cabro, llegaba a su lado el ternero.

—¡Ya viene haciendo auto ese condenado! —gritaba Leonila al verlo saltar.

El ternero metía la cabeza entre las patas de la vaca y mamaba tironeando las ubres.

—Asina nó, no seas rampi, ¡no ves que la leche te corre por la trompa, vitelo cargoso!

La Caulli clavaba sus grandes ojos en Leonila, dejaba de rumiar y, azotando la cola como perro sin amo, mugía.

*

* *

A don Ciriaco, más alegre y vivaracho que su hermano Evaristo, no le faltaban motivos para el zarandeo. Siempre tenía causas justificadísimas para fiestas y reuniones en su casa. Su familia se disgustaba a menudo por esto, pero él soportaba con tranquilidad las consecuencias. Ahora mismo, por su imprevisión, se veía obligado a admitir el ofrecimiento que recibiera del despachero Sixto Bahamonde; consistía éste en el pago de una vaca parida, por los servicios de su hija mayor, durante un año.

Asunción, su mujer, se había acostumbrado a aceptar resignadamente cualquiera determinación de él.

—“Qué piensas tú de ésto, Asunción? — preguntó don Ciriaco, después de leer la carta de don Sixto.

—Tú verás lo que haces — contestó ella.

—A ver, Sofía, ¿qué dices tú?

—Lo que usted mande, de todos modos creo que conviene; hasta podría aprender la costura allá.

—Si es así, contestaré a don Sixto que venga a buscarte.

—Como usted diga, además no está tan lejos Quicaví y cualquier cosa que pase es fácil saberla.

—Siempre que no te hagan trabajar mucho... —dijo la madre.

—Si es sólo para cuidar la casa y atender a doña Encaña, que está enferma, mujer.

—Que vaya entonces, Ciriaco.

IV

EL CURANTO

—Camañcita, ¡iremos mañana al curanto de tu tío Ciriaco?

—Creo que tendremos que ir, papá, ellos nos esperan; ejante que es domingo, nos servirá pa' distraernos.

—Bueno, iremos; prepárate, chica.

—Yo estoy lista, me voy con este mismo delante; seguramente tendré que aïdar a hacer milcao y rallar esas papas huicañas que tienen las chicas; usté sabe como se mancha la ropa con esa agua cuthrín. Y aquí tiene sus botas, engráselas mientras yo doy la comida a los chanchos.

—¿Dónde está el unto sin sal, Leonila?

—En ese yole que está colgado del coillín, lo puse ahí para que no lo alcance ese gato caldeado que es tan ruin.

Cogió don Evaristo el trozo de grasa y comenzó a limpiar y engrasar sus ásperas botas. Hacía

tiempo que no las usaba, se las calzó y salió en dirección a la playa. Como nadie lo veía, levantaba una pierna, luego la dejaba caer lentamente hasta que lograba afirmar el pie sin golpear el suelo; después la otra, y así . . . Cuando se ponía zapatos le era difícil usarlos con naturalidad, si no levantaba demasiado los pies, tropezaba con sus propios tobillos. Después de ejercitarse por espacio de una media hora, se encaminó a su casa. Leonila lo esperaba, y en cuanto doña Claudina estuvo lista salieron . . .

Llegaron a casa de don Ciriaco cuando ya estaba encendido el fuego del curanto y las piedras chisporroteaban. Alrededor de la fogata se alineaban cargas de pangues, ampes, hojas de col y retoños de maqui y arrayán. Más allá, don Ciriaco, valiéndose de un hualato, cortaba los cuadros de césped para la tapa. Las mujeres iban de un lado a otro transportando artezas con milcao, canastos de papas, litas con melú de linaza, chungas de agua y lapas de diversos tamaños. Niños provistos de pequeños canastos cogían presurosos las habas y arvejas verdes. Una viejecita, arropada en un chal de color solferino, pelaba chalotas; de cuando en cuando interrumpía su trabajo para afirmar el pucho de cigarro que se había puesto sobre la sien, para aliviar la jaqueca.

—¡Ya están limpias las piedras! — gritó don Ciriaco.

Al momento fueron acercándose al hoyo del curanto los niños y mujeres con los canastos llenos de quilmahues, tecas, navajuelas, arvejas, habas y papas; otros llevaban callanas, repletas de chapaleles, y litas con redondos milcaos.

—Griten chicos, para que los mariscos abran luego sus conchas — animó don Evaristo.

Y los chicos, las muchachas y los mozos gritaron festivamente. Los canastos de mariscos se vaciaron sobre las candentes piedras, en medio del griterío de los muchachos. Sofía y Leonila los iban cubriendo con hojas de pangue; sobre ellas depositaban las papas, las habas, los milcaos, tiras de chorizos, chapaleles y algunos pescados.

Don Ciriaco, que andaba de un lado para otro, tropezó con un perro y cayó al suelo, volcando una arteza.

—¡Perro de los diablos!

A causa de la caída rodaron los milcaos sobre las chamizas secas y la tierra suelta; don Ciriaco se levantó furioso y persiguió al perro, que huía hacia el rastrojo, con el rabo entre las piernas.

Sin preocuparse de don Ciriaco, la gente se dedicó a cubrir el curanto con las champas de césped, cuidando de colocar el pasto hacia abajo.

Media hora después, se esparcía un vaho agradable y apetitoso. Los hombres acortaban la espera conversando, tendidos sobre el pasto, y los chiquillos se entretenían jugando a la peste cortada. Don Ciriaco, que cuidaba del curanto, levantó algunas champas y acercó las narices, el vapor le cubrió la cara.

—¡Ya estamos!, ¡ya estamos!— gritó entusiasmado, saboreándose.

Leonila y doña Claudina acudieron presurosas, con una olla de peure y una callana de encebollado.

Ceremoniosamente empezó don Ciriaco a destapar el curanto.

—¡Cocidito!— exclamó, al tiempo que paladeaba una taca caliente y jugosa.

—Traigan las artezas — gritó en seguida.

Espeso y caliente, el vapor se escapaba del curanto y se extendía a ras de tierra. Comenzó de nuevo el ajetreo. Rápidamente, artezas, fuentes y lapas se llenaron de chapaleles, milcaos y chorizos; las papas, habas y arvejas quedaron sobre los mariscos. Entonces, rodeando el curanto, sentados en tablones de tique o en el suelo, cada uno comía lo que más le agradaba.

Tacas, choros, navajuelas, cholgas y machas mostraban sus carnes rosadas. Las conchas ofrecían su nácar de mil colores, pero todos anhelaban el cuerpo, y las yemas de los dedos se abrían paso entre las valvas; tiritando salía el jugoso cuerpo-sexo, untuoso y resbaladizo.

—A estos hay que agarrarlos de las mechas— dijo don Ciriaco, mostrando un choro negro y peludo; luego, con toda parsimonia, lo revolcó en el plato con peure y, levantando la cara al cielo, abrió la boca y lo saboreó, haciendo sonar el paladar.

Ofreció en seguida un vaso de vino, que todos bebieron con agrado. El vino avivó los ánimos y la conversación subió de tono. De pronto, el galope de un caballo atrajo la atención.

—Buenas tardes — gritó alguien desde el tranquero.

Era don Sixto Bahamonde.

—¿Cómo están por aquí?

—Bien, don Sixto, abájese — contestó don Ciriaco, saliéndole al encuentro.

Leonila retaba a los perros, que ladraban al forastero. Amarró don Sixto su caballo y entró; al llegar junto al curanto, saludó con una venia y se sentó en el sitio que le indicaron.

—¿Cómo sigue doña Encaña?

—Regular, don; parece que hay algo de mejoría desde que se está medicinando con la machi Nao-neres.

—Dios quiera que así sea, don Sixto.

—Gracias, Evaristo. De todos modos parece que iré a Ancud a hablar con el machi Sartores.

—Dicen que es muy buen méico, ese sí que puede mejorarla, don Sixto — intervino Asunción.

—Esta es la Chofi — dijo don Ciriaco, mostrando a su hija Sofía, que en ese momento volvía de la cocina.

—¡Ahjá!

—Sí, don Sixto; entiendo que ha venido a buscarla.

—Sí, a eso vengo, don Ciriaco; como su contestación fué satisfactoria . . .

—Está bien, don Sixto, usted sabe que los tiempos se han puesto malos y este arreglo será un alivio para nosotros.

—Bueno, saldremos mañana temprano — dijo don Sixto, dirigiéndose a la muchacha.

—¿Desensillamos el alazán, entonces?

—No, don Ciriaco, voy a Dalcahue esta tarde y de ahí a Mocopulli; mañana temprano vendré por Sofía.

—Perfectamente, perfectamente, don Sixto; pero primero se servirá algo con nosotros . . .

Momentos después don Sixto Bahamonde subió a su alazán y tomó el camino que conducía a Dalcahue.

Todos se pararon para verlo alejarse. Solamente Coña, la madre de Leonila, no se levantó del suelo; más tarde, cuando quiso hacerlo, no pudo. Don Ci-

riaco, que la observaba, corrió a ayudarla; algo le dijo al oído, mientras la levantaba, pues doña Coiña rió maliciosamente y, tomando aire de seriedad, le contestó:

—Nó, nó, Ciriaco, es que se me ha hecho cachi.

—Bueno con la señora ésta — dijo don Ciriaco, riendo de buena gana.

Comenzaba a obscurecer cuando entraron a la casa, donde permanecieron hasta muy tarde, en animada charla.

Sofía estaba atareada en los preparativos del viaje; Leonila y Amalia le ayudaban.

—¿Así que Sofía se va mañana? — preguntó Claudina a su concuñada.

—Sí, Claudina — contestó Asunción.

—Si fuera mi hija no la dejaría ir, **Chuncho**.

—Usté sabe Claudina que estamos tan necesitados y ya vendrá el invierno y sus días malos . . . si a veces no hay ni qué echar a la olla, y entonces nadie lo socorre a uno.

—¿De qué se trata? — preguntó don Evaristo, acercándose a las dos mujeres.

—Ná, hombre; la **Chuncho** que está afligida por el viaje de Sofía.

—¡Qué se le va a hacer!, si eso es conveniente— argumentó don Evaristo, por decir algo.

Sofía, Leonila y Amalia regresaron al salón, dedicándose a servir y atender con toda solicitud.

Era ya muy tarde cuando los invitados se retiraron.

¡PAHUELDUN!

Doña Asunción no podía dormir, el viaje de su hija la había desvelado. El golpe de un hacha, que retumbaba en las paredes de casa, cada vez más fuerte y continuado, terminó por exasperarla.

—¿Sientes cómo hacean, Ciriaco? — preguntó a su marido.

—Sí... debe ser algún leñador — contestó éste, entre dormido.

—Nó, ¿qué no te das cuenta la hora que es?, nadie sale a trabajar tan de alba... Ciriaco, debe ser ese maldito Thrauco.

—No creas esas tonterías, mujer.

—Sí, ¿tonterías?... ¿y la Cañe?, ¿no ves, cómo anda toda torcida ahora?

—Cosas de gente que quiere ocultar algo, mujer.

Como una contestación a la incredulidad de don Ciriaco, se agolparon en la pieza crujidos de quinches y gemidos de bestias espantadas.

4.—Huipampa, tierra de sonámbulos.

—¿No ves, Ciriaco?, ¿no ves?; el Thrauco anda suelto, allégame el rosario, hombre de Dios; está en esa repisa . . . ¡apúrate! . . .

Don Ciriaco pasó el rosario a su mujer, ésta se persignó con él y se puso a rezar entre dientes:

—Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo . . . Como era en un principio, ahora y siempre . . .

*

* *

La acción excitante de los mariscos produjo su efecto en las hermanas Ampuero; Sofía y Leonila, que dormían juntas aquella noche, despertaron sobresaltadas. Un piño de animales pasaba atropellándose por el angosto camino que daba a un costado de la casa. El roce de los cuerpos de las bestias, sus bramidos y relinchos despertaron en ellas el terror y la angustia. Sin embargo, el sueño las venció y las sumió de nuevo en la inconsciencia.

Amalia no despertó a estos ruidos, pero pasó casi toda la noche sobresaltada. Al amanecer, la atormentó en forma angustiada una terrible pesadilla.

Se vió transportada a un callejón de quiscales; no se daba cuenta si iba en carreta o a caballo, pero sí, de que avanzaba con cierta rapidez. De pronto salió a su encuentro un clérigo con la sotana arremangada. Sintió que la cogía de las muñecas y le retorció los brazos, hasta hacerla caer; hizo un esfuerzo supremo por soltarse, pero el sacerdote, aferrándose a sus hombros, se le echó encima. Amalia quiso gritar y no pudo. El barro del camino se había transformado en un tupido pajonal. Sobre ella

estaba el sacerdote, temblábanle los labios y sus ojos enormes danzaban desorbitados, el cuerpo gelatinoso, semejante al de una jibia, se adhería a sus carnes; manos velludas le acariciaban el vientre y le recorrían las piernas'

—¡Sofía! . . . ¡Sofía! . . . —gritó Leonila, remediando a su prima—. ¡La Amalia no está

—¿No está? — preguntó Sofía, sentándose bruscamente y mirando la cama desocupada.

Se levantaron alarmadas y se dirigieron a la ventana que daba al huerto. Leonila limpió rápidamente el vidrio, que se había empavonado con su respiración, y pudo distinguir a Amalia cerca de un manzano, completamente desnuda e inmóvil.

—¡Por Dios, Sofía! . . . ¡Mira! . . .

—Hacia tiempo que no le pasaba esto — dijo Sofía.

—¡Pero si está pithrán, chica!

—Pero Leonila, ¿no sabías que la Amalia es sonámbula?

—¡Ah! . . . ¿Si? . . . ¡Ahora se le va a pasar!

Medio se vistió Leonila y salió al huerto, llevando un zapato en la mano. Cuando estuvo al lado de su prima, levantó el zapato y le pegó en la boca con la suela.

Bruscamente despertó Amalia; miró asustada, palpó el aire como buscando algo y luego cayó pesadamente al suelo, en un estado de semi-inconsciencia, Leonila la arropó con un chal y trató de levantarla. Amalia la quedó mirando espantada, se levantó tambaleante y echó a correr llorando. Cogió un madero torcido que había en un extremo del huerto y comenzó a gritar:

—¡Pahueldún! . . . ¡pahueldún! . . . ¡pahueldún! . . . ¡pahueldún! . . . ¡cusma! . . . ¡hueño!to! . . . ¡inquethral! . . . ¡hueño!to! . . . ¡hueño!to! . . .

Aullaron lastimeramente los perros y cacarearon las gallinas asustadas.

Don Ciriaco, que en ese momento entraba al huerto, corrió hacia donde estaba su hija y, quitándole el madero que tenía en las manos, comenzó a destrozarlo, maldiciéndolo.

Ahora daba la razón a su mujer, tenía que ser el **Thrauco** el que hacheaba en la noche.

“Pero él sabría ajustarle cuentas a aquella fiura maléfica. Habría de despedazarlo; colocaría los pedazos en un “yole” que colgaría del coillín, para chamuscarlo durante doce noches, en fogatas de sargazo. Por último lo quemaría y prepararía los ungüentos que sirven de contra a sus maleficios”.

Don Ciriaco, ofuscado, golpeaba y golpeaba. Por cada golpe que recibía el madero. Amalia hacía una mueca de dolor. La savia manaba en gruesas gotas sanguinolentas.

—¡Pahueldún! . . . ¡pahueldún! . . . — gritó don Ciriaco, cuando hubo despedazado completamente el madero. Se arrodilló sobre las astillas, invocó al Altísimo y conjuró al Espíritu del Mal.

Junto al fogón recién encendido, arrojada en chales y ponchos, sentaron a Amalia. Leonila corrió a la playa por un balde de agua de mar para las friegas . . .

—Soporta el dolor, hija, sabes que es necesario para conjurar el maleficio de esa fiura.

—Sí, mamá, sobe fuerte no más.

—Tendrás que ir a Dalcahue, Ciriaco, a donde la comadre Coiña; hace falta pelo de perro negro para

completar el remedio de Amalia y allá puedes conseguir.

—Me voy en seguida Chuncho

Aun dormía Coiña, cuando llegó don Ciriaco; soñolienta y desaliñada abrió la ventana.

—¡Ah!, era usted compadre . . . — dijo sorprendida.

—Sí, Coiña; traigo un duam para usted.

—Bien, don Ciriaco, espere que voy a abrirle.

Ya dentro de la casa, don Ciriaco le explicó lo que le había sucedido a Amalia. Coiña escuchó embelesada el relato y preguntó en qué podía serle útil.

—Necesitamos pelo de perro negro, y nos acordamos del Calafate . . .

—¡Claro pú, compadre! . . . si también sé cómo se prepara el unguento ese, y me parece lo mejor para hacerle unas fletas.

Calafate; al oír su nombre, se había acercado, meneando la cola,

—¡Echate!— ordenó imperiosamente Coiña.

El perro obedeció; tomó ella, entonces, las tijeras y le cortó unos pelos de los testículos y otros de alrededor del ano, hizo con ellos un paquete y lo entregó a don Ciriaco.

—¡Gracias, Coiña, gracias! — dijo éste, disponiéndose a partir.

—Espere, compadre, lleve también este escapulario, me lo dió una machi de Diañ. Me dijo que tenía dentro los ojos de un chivato, sacados cuando estaba ayuntado a una chiva negra . . . y me aseguró que era la contra más poderosa para esa fiura.

—Gracias, comadre, lo llevaré y se lo pondremos a la niña.

—Tiene que hacerle bien no más, yo le tengo mucha fe.

—Bueno, perdone la molestia, comadre. Hasta luego, pueda ser que esto le haga bien.

—¡Que Dios lo acompañe!

*
* *

En casa de don Ciriaco las mujeres seguían atendiendo a la enferma. En medio del fogón, las astillas del palhuedún destilaban su savia, que era recibida en la lapa en que se preparaba el remedio.

—Tranquila, hijita — decía doña Asunción, al notar la inquietud de Amalia.— Ya luego llegará tu padre y te daremos un remedio que te aliviará.

Amalia se tapó la cara con la sabanilla, la aspereza del tejido le produjo una sensación de agradable realidad. Sintió merodear por sus mejillas el aire tibio de la mañana y se sumió en un sopor de dicha, dicha enmarañada y misteriosa que la poseía toda vez que imaginaba la posible realización de un mal pensamiento. Este sopor fué invadiendo sus entrañas como una ponzoña, se agolpó a sus párpados y se transformó en sueño.

Apenas se durmió, vió a un hombre que se acercaba sigilosamente a su cama. Este hombre, sin que ella pudiera evitarlo, se acostó a su lado y empezó a acariciarla; un hormigueo placentero recorrió su cuerpo, y sus piernas experimentaron la misma sensación que cuando montaba un caballo en pelo; el jadeo tibio del macho la envolvía, proporcionándole un placer dolido y enervante. Las manos de aquel hombre eran las mismas manos velludas del

sacerdote de su sueño anterior; sí, eran las mismas, las sintió sobre sus hombros, su espalda, y en su vientre . . . De pronto vió abrirse la ventana de la pieza; la borrasca encabritada pisoteaba los árboles del huerto, dos lanzas de fuego cruzaron el espacio . . . el hombre ya no estaba a su lado. Desde la ventana le sonreía un monstruo horripilante, la contempló por algunos segundos y luego se marchó; tras él se hizo la obscuridad y persistió el trueno en su afán estridente de guerrero fatuo.

—¡Fiura! . . .

—¡Huelli! . . .

—¡Cusma! . . .

—¡Pompón del monte! . . . ¡pompón del monte! . . . — articulaba Amalia entre sueños.

—¿El Thrauco, hijita? — preguntó alarmada doña Asunción.

Amalia despertó, se sentó en la cama y miró a todos lados, gritando nerviosamente:

—¡Huelliii! . . . ¡huelliiii! . . .

—¿Qué pasa, mujer? — preguntó don Ciriaco, que llegaba en ese momento.

—Debe ser esa fiura que anda otra vez por aquí — contestó doña Asunción.

—Colócale este escapulario, ¡pronto, mujer! . . .

Estaba don Ciriaco en la cocina, cuando sintió pisadas de animales que entraban al huerto. No atinó a hacer nada, se limitó a persignarse, permaneciendo inmóvil, alhelado; luego avivó maquinalmente el fuego y se puso a orar entre dientes.

Volvió a sentir el ruido y, armándose de valor, salió con un hacha en la mano.

—Buenos días, don Ciriaco — dijo don Sixto Bahamonde, saliendo del caedizo.

—Buenos días — respondió don Ciriaco, sin poder reponerse de la sorpresa.

—¿Está lista Sofía?

—No, don Sixto, estamos con enfermo; si gusta pasa, mientras se arregla la chica . . .

Don Sixto entró a la casa y Sofía le sirvió desayuno; momentos después salían ambos en dirección a Quicaví.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VI

EL COCHE OMINGO

Las primeras luces de la madrugada mostraban sus transparencias al mar, danzando lentamente sobre las aguas tranquilas.

El cura Genaro Chacón salió de la casa de don Sixto Bahamonde, desató su caballo, que estaba amarrado junto a la puerta, y con agilidad subió a él.

Pausado y largo era el galope del *Coché Omingo*, lanzaba lejos la arena húmeda que se adhería a los cascos. Poco a poco se alejaron de la mente de don Genaro los pegajosos lamentos de doña Encaña, poco a poco se apoderó de él la satisfacción que sentía siempre al poder ejercer sus oficios sacerdotales en los últimos trances de la vida de sus feligreses. ¡Con qué insistencia les aconsejaba entonces!:

—¡Temor a Dios, hija mía! . . . ¡Temor a Dios, hijo mío! . . . Sobre todo temor . . . siempre temor.

Hay que temer a Dios, ¡temerle más que amarlo!—
repetía insistente.

Luego meditaba:

“Se han cometido tantos crímenes por amor . . . por demasiado amor a Dios: sí, tantos crímenes, crímenes tan grandes . . . Guerras Santas . . . Inquisiciones . . . ¿Cómo se puede amar de tal manera? ¡Nadie sabe cómo amar a Dios, mas todos saben cómo deben temerle!

Y en sus sermones también vociferaba:

—“Sí, hijos míos, millones se han hecho criminales por querer a Dios omnipotente y todopoderoso, pero nadie se ha manchado las manos por temerle; por eso os repito, hijos míos: ¡temed a Dios!” . . .

El Coché Omingo detuvo su galope cerca del pórtico de la iglesia y continuó al tranco hasta el portón de la casa de don Genaro. Desmontó éste, quitó las riendas al animal y, palmoteándolo cariñosamente, lo llevó hasta la pesebrera. Después de darle su ración de avena, se dirigió a la capilla y, arrodillándose en el confesionario, oró largo rato . . .

Relinchos del Coché Omingo sacaron bruscamente de su meditación a don Genaro. Dió término a sus oraciones y fué a imponerse de lo que ocurría.

Encontró a su caballo con las orejas erguidas, mirando en dirección a la casimita. El sacerdote se acercó a la tapia del corral y vió una potranca torquilla que rastrojeaba mañosamente el pasto de la callejuela, agobiada por el peso de dos grandes sacos de carbón. Regresó don Genaro a la pesebrera y, acercándose al potro, le habló bajito:

—No es para ti, Coché Omingo, déjala . . . ¡pobrecita!

El Coché Omingo movió la cola y volvió a levantar las orejás, sin hacer caso de lo que le decían, ni de la nueva ración de avena que le proporcionaba su amo.

Tres golpes fuertes retumbaron en la pesebrera, don Genaro miró hacia el portón y vió a la potranca parada en dos patas, tratando de derribar los tablones. Rápidamente cogió un palo de escoba y se dirigió hacia allá.

—¡Ah, yegua!, ¡ah, yegua! — gritaba, dándole de garrotazos en el hocico.

La potranca se alejó lentamente, moviendo la cola con insistencia.

El Coché Omingo la contemplaba ansioso y, cuando la vió alejarse, dió un fuerte relincho, lanzando patadas al aire.

—¡Miren la facinerosa y desvergonzada, inquietándome al caballo! ¡Apenas sostiene sus huesos y pretende derribar el portón; ¡habrase visto!, ¡habrase visto! . . . — repetía don Genaro. Y, como sintiera aún pasos de la intrusa, volvió al portón y tuvo que salir a la calle para ahuyentarla . . .

Sexo . . . hé ahí el alma.

Segunda parte

I

EL CHALILO

En cuanto comenzó la vaciante, Sofía Ampuero se dirigió a la playa. Corrió largo rato por la arena fangosa, hasta dar alcance a un grupo de marisqueras que iban por el camino de Rucalhue, en dirección a los corrales. Corría enterrándose en la arena, que desprendía un vaho fétido; el fango cubría los dedos de sus pies cortos y anchos, pies de hembra, buscadores del equilibrio, en el resbaladizo suelo gredoso y salobre de la costa.

Lentamente bajaba la marea, los huapis y los corrales iban quedando en seco; delgados chorros de agua indicaban la presencia de navajuelas. Las mujeres prepararon su paldes y canastos, se arremangaron los vestidos, y las que llevaban rebozo, se los ataron a la cintura.

Sofía Ampuero se detuvo y, volviéndose, contempló atentamente Quicaví; para distinguir mejor puso la mano a guisa de visera . . .

—¡Achichí! ¡Achichí! — exclamó de pronto, apretando las piernas y encogiéndose.

—¿Qué pasa, niña? — preguntó una de las marisqueras.

—¡Si esta condená'e navajuela me meó hasta arriba! — Y, tomando la punta de su rebozo, Sofía secó algunas gotas de agua que resbalaban dichasas por sus muslos tibios.

El grupo de marisqueras quiso espantar su curiosidad volviendo la cara a otro lado y mirándola de reojo.

—Están meando alto hoy, ¡las malvadas! Junten las piernas...

Las mujeres rieron maliciosamente.

Distribuidas por el arenal, aisladas o en pequeños grupos, comenzaron a mariscar, introduciendo sus paldes junto a cada chisguete denunciador del molusco. Cerca de ellas, algunos muchachos, diseminados por peñascos y rocas, se afanaban en recolectar caracoles, locos y otros mariscos. Botes cargados de sargazo y lamilla abandonaban la playa.

Cuando empezó la creciente, ya las marisqueras tenían llenos sus canastos; dentro de ellos las navajuelas, boqueando espumarajos de epiléptico, mostraban sus lenguas rosadas. Las mujeres ordenaban sus vestidos y se arreglaban los cabellos, sujetándolos en moños, con largas horquillas de carey, o trenzándolos.

—¡Miren!, ¡miren!

—¿Qué pasa, mujer?

—Juegan a la chaya cerca de la casimita — contestó Sofía, indicando el lugar.

Junto a la iglesia había un grupo de mujeres jóvenes y, cerca de la casimita, varios muchachos, armados de tarros y baldes, parecían desafiarlas.

Poco entusiasmaba ese juego a las marisqueras; sin embargo, como les quedaba a la pasada, se aproximaron a la algarabía del chalilo. Detenidas frente al grupo, miraron divertidas a las mujeres que jugaban; corríales el agua desde las trenzas hasta las pantorrillas, jadeaban de cansancio y los vestidos empapados las desnudaban, adhiriéndose a los muslos, a las espaldas, a los senos y a los traseiros . . .

Como se hacía tarde, las marisqueras continuaron caminando, sin preocuparse del bullicio, que las perseguía como un quiltro festivo.

Pasaron frente a la plazoleta del pueblo, hablando maliciosamente; no cabe duda de que se referían a sus maridos:

—Se ponen tan lesos a veces . . . — decía una de las más jóvenes.

—Con todo, ¿lo tanteas tú en las noches?

—¡Catay! . . . ¡las preguntas que haces! Como si vos no hicieras lo mismo, ¡condená!

—Una se acostumbra a la maña.

—Así es, niña — confirmó sentenciosamente otra — En la maña, se parece una a las bestias.

Las más ancianas no tomaban parte en la conversación, caminaban lentamente, fumando sus pitillos liados en hojas de maqui. De vez en cuando, se detenían a descansar o a secarse los gruesos goterones salinos que caían incesantes de los "yoles" de junquillo, equilibrados hábilmente sobre sus cabezas . . .

Uno tras otro cayeron los tarros de agua sobre la espalda de Sofía Ampuero, mojándola completamente.

—¡Achichí! . . . ¡achichí!, ¡bribones!, ¡muchachos de los diablos!

5.—Huipampa, tierra de sonámbulos.

La moza dejó caer el canasto de navajuelas y corrió tras los mozalbetes; logró coger a uno de ellos y comenzó a darle de puñetazos. A los gritos del muchacho, salió de una cantina Chafeo Canipani, quien corrió decidido a defenderlo.

Sofía no tuvo tiempo de huir, Canipani la cogió de la cintura y se la echó a la espalda. En vano gritaba y amenazaba, tratando de zafarse de su aprehensor, mientras los muchachos en coro repetían:
—¡Al pozo, Chafeo! ¡al pozo! . . . ¡Al pozo con ella, para que se enfríe!

Canipani llegó con ella hasta el pozo y la dejó caer bruscamente.

Sofía salió de allí medio aturdida, suspirando y arreglándose los vestidos. Chafeo y los muchachos la seguían burlescos, esquivando sus peñascazos.

*
* *

Sigilosamente llegó Sofía a la casa de don Sixto Bahamonde, y entró por la puerta del huerto, no quería ser sorprendida con las ropas mojadas.

—¿Qué diría don Sixto si me viera así? — pensaba.

Llegaba ya a su pieza, cuando los gritos de doña Encarnación la hicieron detenerse.

—¡“Me queman! ¡me queman!”.

Estos gritos sobrecogieron de tal manera a Sofía, que corrió a la pieza de la enferma, sin esperar a cambiarse de ropa.

Doña Encarnación estaba boca abajo en la cama, y don Sixto la sujetaba, mientras la machi Naoneres le aplicaba un cuero de gato negro a la espalda. El gato agonizaba aún sobre una mesa . . .

—¡Me queman!, ¡me queman! — volvió a gritar doña Encarnación.

Sus gritos no inmutaron a la machi, que en ese momento estiraba parte del cuero, que se había recogido con el calor.

—Ahora no puede fallar, el gato era negro como pellomeñ cuantimás que era entero; estaba con toda la fuerza.

—Dios quiera que así sea.

—Pierda cuidado, don Sixto.

La enferma se había calmado, sus gemidos eran apenas perceptibles. El cuero estaba frío ya y no le succionaba la espalda como cuando recién se lo colocaron.

De pronto se oyeron otros gritos.

—“¡Sáquenme de aquí!”

—“¡Sáquenme de aquí, por Dios!”

Era Epifanio, a quien su padre tenía encerrado.

—Iré a verlo — dijo Sofía, aprovechando la oportunidad para salir de la pieza.

—Para otra cura, ni el niño ni Sofía deben estar en casa — ordenó la machi.

—Así se hará, Peocha — contestó don Sixto.

Momentos después, Pedrosa Naoneres, tomando el pulso a la enferma, comenzó a mascullar una oración cabalística. Cuando hubo terminado de orar, descubrió las huesudas espaldas de doña Encarnación y retiró con todo cuidado el cuero del felino. Sobre la espalda de la enferma quedó como tatuado el contorno del cuero.

El gato que hasta ese momento no había dado señales de vida, abrió los ojos, maulló iracundo, tuvo un tiritón, y cayó de la mesa. Una vez en el suelo, dió algunos pasos vacilantes, volvió a maullar y, antes de que don Sixto saliera de su asombro,

se le fué encima. El pobre animal no tenía fuerzas y sólo logró enterrarle sus garras en las manos.

Don Sixto, que había permanecido inmóvil, lanzó un grito de terror. La machi trató de ayudarlo, pero las garras se habían incrustado de tal manera que no pudo desprenderlas; tomó entonces el cuchillo con que había desollado al animal, y le cortó las patas, que sangraron apenas.

La Naoneres se fué, llevándose el cuerpo del gato. Se acercó a la playa y, cogiéndolo de la cola, lo lanzó al mar.

El animal se mantuvo unos instantes sobre las olas, en violentos saltos desesperados... sus maullidos amenazantes fueron sombras gangrenosas echadas a lo largo del camino que recorrió la machi.

II

EPIFANIO

Sofía Ampuero bostezó, estiró los brazos perezosamente y retiró con todo cuidado sus robustos muslos, cuyas tibiezas rozaban el cuerpo de Epifanio. Después de colocarse el refajo de lana lacre, trajo la obscuridad hasta que sus manos tropezaron con los fósforos, y encendió el mechero que manejaba sobre el baúl; la luz iluminó sus pantorrillas, transformándolas en dos anchas dagas de fuego.

—¿Duermes, Epifanio? — preguntó con cautela.

Este no contestó, ella salió de la pieza.

Sin embargo, el muchacho no estaba dormido. Había visto su carne y el vaivén de su cuerpo; había escuchado su respiración y también el crujir de los maderos bajo sus pies descalzos. Y esto había hecho nacer en él una rara, indefinida sensación, que lo atormentaba como los pellones al potro que

se ensilla por primera vez. Tenía ante sí un mundo nuevo y lo escudriñaba afanoso. Sus pupilas se agrandaron y, desde su imaginación, remontaron atropellándose las sensaciones, y lo arrastraron en desbocado tropel por los campos de lo ignoto.

El ruido que produjo un tranquero al abrirse y las pisadas de caballos lo volvieron en sí. Afuera, algunas personas conversaban en voz baja; hasta él llegaba el murmullo, sin que lograra entender lo que decían.

Momentos después, Sofía estaba nuevamente a su lado.

—¿Dónde fuiste, Sofía?

—Fuí a ver a tu mamá.

—¡Ah! . . . ¿Que está más mal?

—Nó, niño, como todos los días.

—¿Sentiste abrir el tranquero?

—Sí, sí lo sentí, ¡ni sorda que fuera! . . . con todo lo que chirrió.

—¿Quién era?

—La Peocha.

—¿Esa bruja? . . . ¿por qué viene a esta hora?

—Nó, Epifanio, si la Peocha no es bruja, ella es machi y trae las medicinas para tu mamá; la Peocha es la mejor méica de estos lados.

—Y si no hace brujerías, ¿por qué mató el gato y le dijo a mi papá que me encerrara? ¡Lo que es a mí no me vuelven a encerrar!

*

* *

—Despierta, chico, que vamos a los molinos; ya está listo el café, y están embarcando las urupas de trigo.

—Yo no voy, Sofía, no me gusta andar en lancha.

—Dijo don Sixto que tenías que ir.

—¡No quiero ir! . . ¡no quiero y no quiero!

—¡Chist!, no hables tan fuerte que ahí está tu padre.

Toda clase de argumentos tuvo que usar Sofía para convencer al muchacho.

Cuando ambos llegaron al muelle, los hombres descargaban los dornajos estacionados en la playa, depositando las rechonchas bolsas de trigo en el lanchón. Todos miraron sorprendidos a Sofía; no habían pensado que ella también iría a los molinos, sobre todo sabiendo que tendrían que pasar la noche en Diañ; ahí, donde había que dormir a la intemperie, entre lanchas y botes, entre el ir y venir de molinderos que trajinan toda la noche; donde los puntareninos, compadrones y chascudos, luciendo pañuelos blancos, botas y bombachas, suelen hacer de las suyas.

Sofía, sin cuidarse de los hombres, conversaba con Epifanio, esperando el momento de embarcarse.

El mar estaba tranquilo, apenas se escuchaba el ruido de las olas en la playa. La marea de esa mañana había inundado los enrajes de las casas próximas al mar y sus moradores se habían visto obligados a salir de ellas. Este percance avivó, en parte, la monotonía del puerto de Quicaví. Junto al muelle, sujeto por gruesas betas de quilineja, se balanceaba suave y lento el lanchón de Juan de Dios Triviño.

De pronto, Sofía se sintió cogida por la cintura, un cosquilleo recorrió su cuerpo. Junto a ella, Chafeo Canipani mordíase los labios saboreando un deseo. Lo miró extrañada y complacida; una sonri-

sa pegajosa se dibujó en las comisuras de su boca, boca de labios carnosos y rosados, maduros de vida . . . y de sexo. Aun quiso resistir pero, al darse cuenta que la trasladaba a la embarcación, lo dejó hacer.

Rápidamente la embarcó Canipani, las tibiezas de la hembra lamían sus entrañas . . .

Apenas la soltaron, meneó Sofía las caderas y acomodó su vestido.

—Te sacudes como thrinthre después del curame — observó Chafeo.

Los cargadores rieron con picardía. Ella, haciéndose la desentendida, se recostó sobre las bolsas de trigo que se amontonaban, como cerdos enfermos, en la popa del lanchón; la salobre brisa del sur le besó las mejillas, se metió luego en los sobrados de las casas, de ahí saltó a los cerros y trepó por ellos, en continuo cuchicheo con el matorral.

Se ultimaban diligentemente los preparativos del viaje; se afianzaron velas y trinquetillas, se cambiaron algunos toletes y el sacho fué reforzado y amarrado a la beta de quilineja.

—¿Estamos listos, muchachos? — preguntó don Sixto desde la playa.

Sofía se enderezó sobresaltada y habló a Epifanio, que lloriqueaba desde que subió a la embarcación.

—Todo está en orden, don Sixto, lo esperábamos a usted no más — contestó Juan de Dios Triviño.

—Parece que el sur está bueno afuera, ¿no?

—Está bastante bueno, don Sixto, y si alcanzamos a doblar la punta de Tenaún antes que comience la creciente, llegaremos con el sol alto a los molinos.

—Dicen que cuando sopla este sur se bota desde Lin-Lin cada chimpol que da miedo — observó Canipaní.

—No hay que preocuparse de eso, Chafeo, el lanchón es bueno pa la bolina — dijo Triviño, de mal humor.

Ocuparon sus puestos los bogadores, y se hicieron a la mar.

—Con tal que no venga travesía y tengamos que pasar todo el día virando . . .

—No créa, don Sixto, este sur va a durar lo menos quince días; esta mañana la nube amaneció desde el Corcovado hasta Huequi y la brisa soplabá también desde Chana, no hay cuidado de que cambie el tiempo.

—¿Qué dices vos, Chafeo?

—Yo creo lo mismo que Triviño, don Sixto. Esta mañana sentí clarito la reventazón de la marejada en la punta de Raihué, y dicen los mechuquinos que cuando el camahueto ciego, que tienen los meulinos en esa punta, se enfurece, en vez de malear el tiempo, se compone por una luna entera . . .

Triviño ordenó desplegar las velas, el viento las fué hinchando poco a poco; los remos, innecesarios ya, se abalizaron a estribor. Sigilosa y veloz se deslizó la embarcación; su quilla de daga partía las olas, que se retorcían como lombrices gigantescas, buscando la playa; allí cantaban su lúgubre sonata y se iban, dejando espumarajos amarillentos sobre la arena blanda.

Las gaviotas huían asustadas, las patrancas se zambullían presurosas; sólo los cuervos permanecían indiferentes, monótonos salían sus graznidos y sus alas abiertas daban sombra fúnebre a las rocas,

transformando la playa en un cortejo interminable. De trecho en trecho, afloraban bancos de arena, indicando un bajo peligroso. Desde los pajizos techos ribereños se escapaba el humo, semejando cabbelleras extraviadas, desgrednadas por el viento; por los senderos que bordean los cerros se veía bajar a las marisqueras, equilibrando sus canastos sobre la cabeza.

*
* * *

—Mira, Chafeo, alcanza la redoma que está ahí debajo del banquillo. Un traguito de aguardiente no cae mal, está penetrante el surazo.

—Allá va, don Sixto.

El vientre redondo y verdoso de la botella se llenó de pequeñas burbujas. El licor se revolcaba desesperado y furioso . . . don Sixto lo calmó; posó sus grandes manos huesudas sobre el cuello y colocó el gollete junto a sus labios. Todos escucharon el sedoso glu-glu que cantó el líquido al deslizarse por las asperezas de la garganta.

—Bien dijo la Chabela . . . quema la garganta el agua ésta, es achivatada . . . ¡está más fuerte que el diablo!

—Así es buena, don Sixto. Cuanto más quema el buche, más calor da — argumentó Canipani, relamiéndose.

—A ver, ¿qué te parece a ti, Juan de Dios? ¡Anda, échale un trago.

—¡Caramba que la tenías seca, compadre!

—No te impacientes, Chafeo, ya sabes que cuando llueve todos se mojan . . .

Gruesos goterones de aguardiente se enredaron en los bigotes cobrizos de Juan de Dios Triviño.

La redoma pasó de boca en boca . . . y, al parecer, cada uno se quedó rumiando un recuerdo, mientras masticaba tabaco o clavaba los ojos en las rollizas pantorrillas de Sofía Ampuero.

*
* * *

De pronto arreció el surazo; las olas que corrían tras la proa de la embarcación iban creciendo paulatinamente, silbaba el viento en el aparejo mojado y, a cada vaivén, la botavara sumergiábase en el agua. Crujía el mástil, y el lanchón gemía como un ser humano.

Don Sixto y sus hombres, sin despreocuparse de las maniobras, bebían para espantar el frío y acumular coraje.

—Prepárate, Chafeo, que vamos cerca de Tablacura y sabes que es de ahí de donde se botan los chimpances más traicioneros.

—Asina sucede a veces, don Sixto, pero a mí no me asustan.

—No hay que confiarse; dicen que un surazo como éste rompió la chalupa de los Antúnez, y precisamente aquí.

—Fué cuando andaban las estrelleras de las Villegas, y armaron una gritería de los diablos.

—¡Y no era para menos! . . .

—Fué puro alboroto, total no les sucedió nada.

—¡Suena demasiado el palo de mesana! . . . — dijo don Sixto preocupado.

Una ráfaga había sacudido violentamente la embarcación, estremeciéndola.

Sofía y Epifanio permanecían inmóviles entre los sacos y urupas. El miedo los había acercado, segu-

ramente por aquella fuerza que nos empuja a ser colectivos, que nos retorna a lo animal, y nos vuelca a la especie. Esta fuerza, producida por el dolor, el placer o la belleza, no es otra cosa que temor de no ser . . . y deseo de ser.

*
* *

Al dar la vuelta la punta de Palqui, salió a su encuentro una fiesta de velas, mástiles, banderillas y cordeles; orquesta de cadenas, anclas y chumaceiras; griterío de niños y mujeres; vozarrones de hombres de mar, y ronquido de truenos moribundos.

Avergonzada, con el agua hasta las rodillas, Sofía avanzó hacia Diañ, con Epifanio a cheque; tras ella, los hombres del lanchón dejaron caer burlescas carcajadas aguardentosas. Fetidez de macho y de hembra, hedor a sexo exudado, subiendo de la playa barrosa, la envolvió. De trecho en trecho tropezaba con jibias descompuestas, que mostraban sus tentáculos destrozados; otras recién varadas, se arrastraban sobre la lamilla y sargazos.

Don Sixto ordenó descargar la embarcación. Tambaleándose caminaron los hombres con los pesados sacos de trigo al hombro, dirigiéndose a los molinos. En uno de ellos, Sofía encendió fuego y se puso a limpiar unas sierras para la comida.

Chafeo Canipani y Juan de Dios Triviño se ocuparon de los preparativos para la molienda; limpiaron las piedras de los molinos, afianzaron las tarabillas y por último, vaciaron las urupas de trigo en las tolvas. Una vez llenas las represas, largaron el agua que, saliendo por la bocATOMA, se deslizó por el inclinado chifle de madera.

Vertiginosas giraron las paletas del rodezno. Al compás de la chillona danza de rodezno, piedras y tarabillas, caían los dorados granos y pasaban por el orificio de la piedra superior, semejando un desfile de hormigas, hormigas que los pesados discos de piedra transformaban en blanco polvo de harina . . .

Don Sixto y sus hombres, sentados alrededor del fogón, saboreaban el sabroso caldillo servido por Sofía. El viento, que se colaba por las hendiduras de la casucha, traía el ruido apagado de follajes y las carcajadas de muchachas molinderas.

—Sírvese, don Sixto, una buena guargüerada de este mostéque de Diañ, para pasar el frío . . . y para las penas.

—Bueno, Juan de Dios, ¡salud!

—¡Salud, don Sixto!

—Que siga la vuelta, terminando en la cocinera —pidió Chafeo.

El licor despertó la alegría, el tabaco excitó la esperanza; se animó la conversación, y la risa salió contagiosa.

Los mozos turnábanse en el cuidado de la mollienda. Algunos atisbaban a las muchachas detrás de los matorrales.

—Ahí vienen unas nada feas, Chafeo, hagámosles el cruce por el molino de Luciano — dijo Pascual Carimonei.

—¿Y si nos va mal?, son cuatro . . . y macizas.
—¡No seas gallina, Chafeo!, te estoy desconociendo.

—Es que no me gusta gastar pólvora en gallinazos. Y para mí, que són quenacanas.

—Mejor pú; dicen que son muy buenas p'al caliente y el zapateo . . . ¡Ah!, pero ya no hay

caso, atravesaron por el puente envaralado, seguro que nos han oído, las condenás.

—Así debe ser, Pascual, a lo mejor al sentirnos se les ha helado la chacra.

—Al que se le ha helado es a vos, ¡pedazo de cangrejo!

—Lo de cangrejo te cae mejor a ti, que siempre andas con tu cochodoma al lado — contestó Canipani, acompañando sus palabras de una carcajada burlona y buscando salida entre las matas de rral.

*

* * *

—Todos los molinos están buenos, parece que los han picado recién; no hace falta tanta vigilancia, don Sixto — dijo Carimonei al volver de su ronda.

—Dicen que en estos últimos días no se ha aforrado ninguno — aseveró Canipani.

—Si a veces es el molino el malo, otras veces es el trigo húmedo el que aforra las piedras — contestó don Sixto.

—Vayan a ver la lancha, entonces — ordenó Triviño, que se había recostado cerca del fogón.

—Vamos, Chafeo, antes que la beta quede a medio.

—Bueno, Pascual, vamos.

Salieron nuevamente del molino. En la playa encontraron un grupo de hombres, eran puntareninos, no cabía duda; sólo ellos podían lucir esa indumentaria; boina, chaqueta de cuero y blanco pañuelo al cuello.

Canipani dejó que Carimonei siguiera su camino, y se detuvo cerca de ellos. Escuchó parte de la

Cart

conversación y observó con envidia a estos hombres.

Punta Arenas, la ciudad lejana, helada como el corazón de sus habitantes, apareció en la mente de Canipani, deslumbrante y pomposa; accesible solamente a los afortunados y a los aventureros audaces. Luego imaginó la pampa, esa inmensidad de tierra plana, amortajada de nieve y pisoteada por rebaños interminables; ante sus ojos, cientos, miles, millones de ovejas pasaron atropellándose . . . más atrás, manadas de avestruces y guanacos, buscando el camino a lo infinito . . .

—“Sí, él, Chafeo Canipani, aunque nadie lo creyera, era también audaz y corajudo; un día cualquiera emprendería el viaje a Punta Arenas. En el muelle de Quicaví, las mujeres jóvenes, los parientes y las amigas lamentarían su partida, y cuando él subiera al barco, le harían maiche con sus pañuelos blancos. El Golfo de Penas no lo asustaba; él, duro pescador, no se marearía como los huasos, que pasan el Golfo moribundos. Recorrería Magallanes, Tierra del Fuego, la Patagonia Argentina, Río Gallegos, San Julián y Santa Cruz, Conocería todo . . . ciudades, campos, frigoríficos y estancias. Viviría la vida de los ovejeros, audaz y solitaria; en su puesto perdido entre la nieve, escucharía las tormentas junto a sus cuzcos ovejeros, cruzaría las pampas en su matungo y definiría las reyertas a filo de cuchillo. Luego volvería a Punta Arenas; recorrería todos los rincones de la ciudad de los Braun y Blanchard y los Menéndez Behety; visitaría “El Gato Negro” de la calle Balmaceda, “La Flor del Llano” y otros quilombos, de los cuales había oído hablar con gran entusiasmo . . . Sí, aunque tuviera que gastar la paga de

un año de esquila, él iría ahí . . . ahí donde los hombres adinerados, con su facón a la cintura, comparean entre la multitud ebria y bullanguera, y sentiría también en su cuello los brazos sedosos de las mujeres malas. Sí, viviría esa vida endiablada y obsesionante; remolino de mujeres perdidas, hombres lujuriosos y agresivos, licor, música y puñales ensangrentados, bajo las noches blancas de Punta Arenas . . . Y después regresaría muy otro; repleto de billetes el ancho "tirador", de pañuelo volado, boina inclinada y bombachas orientales . . . llamaría la atención de las mozas de Quicaví, que lo invitarían a sus casas; y él iría con su fonógrafo Víctor, para enseñarles a bailar Chimi, Guanestepe y Fostro. Para San Juan y en las fiestas de Cabildo bailarían tango y, acaso se lo pedían, también podría cantarlo. Entonces sí que sería agasajado y atendido por las madres con hijas casaderas; y hasta la Callolla lo invitaría, como hacía en otro tiempo, antes que tuviera al cura Chacón . . ."

Cuando Carimonei regresaba del lanchón, todavía estaba Canipani apoyado en la roca, con una mano en la mejilla.

—Sí, claro, te quedaste ahí urdiendo diabluras y me dejaste solo, ¿te crees que el sacho es muy liviano? . . . yo no he podido arrastrarlo. ¡Anda!, ayúdame sino quieres que después tengamos que mojarnos hasta la cintura.

Canipani lo siguió sin contestar, con presencia de sonámbulo; resistiéndose aún a abandonar su agradable ensoñación.

*

* *

Durante mucho rato, la noche acumuló sombras, luego las echó a correr en piños de fantasmas velludos; algunos olfatearon el matorral y otros se escondieron veloces detrás de las rocas. Con la noche, se agrandó el silencio; dentro de él giraba el bulli-cio de los molinos, dilatándose en un largo cilindro, que corría vertiginoso hasta tropezar con su eco . . . y juntos, eco y ruido, se quedaban aullando en los cerros, extasiados en su propia adoración

—Sofía, sácame de aquí, tengo sueño y frío. ¡Entra tanto viento por las rendijas!

—Bueno, Epifanio, bueno; pero espérate y no sigas llorando, que si te oye tu papá te va a hacer bailar a lazos.

—¿Quién se ha muerto aquí? ¿Por qué tanto lloriqueo?

Sofía, asustada, se acercó a Epifanio y lo tomó en brazos en el preciso momento en que entraba don Sixto, tambaleándose. El molino se pasó al vaho de licor del recién llegado; en la semi obscuridad, los ojos vidriosos de don Sixto destellaron ira.

—Quiero hacer hombre a este cangrejo, que no debe ser hijo mío — gangoseó el padre de Epifanio.

—No, don Sixto, ¡por Dios!, no le pegue, que lo ha dejado tan débil el mareo de esta mañana.

Don Sixto no la escuchaba, avanzaba iracundo . . . de pronto tropezó y cayó de bruces.

Sofía aprovechó esta circunstancia para salir de la casucha con Epifanio. Furioso se levantó don Sixto.

Después de esconder a Epifanio detrás de unas matas de matahues, corrió Sofía a solicitar amparo a los hombres del lanchón, pero fué inútil; todos

estaban bebidos, y las carcajadas de los borrachos ahogaron sus súplicas. Don Sixto, olvidado ya de Epifanio, la cogió por los brazos y, blasfemando groserías vinosas, la estrechaba . . .

Una luna pequeña, que asomó entre los matorrales, alumbró las nalgas duras y cobrizas de Sofía Ampuero; don Sixto la tenía ahora de la cintura y quemaba sus labios en las mejillas de la muchacha, nuevas carcajadas ahogaron sus lamentos.

Epifanio, acurrucado en su escondrijo, lloraba de rabia e impotencia. Después de un prolongado silencio, escuchó pasos; Sofía apareció con los vestidos desabrochados y el pelo en desorden, lloraba débilmente . . . Juntos caminaron en silencio, la arena crujía lamentos bajo sus plantas. Una bauda salió asustada de unas matas de *poes*, dejando caer sus gritos fatídicos, como granadas podridas; Sofía se sobrecogió de tal manera que echó a correr desatinada, arrastrando a Epifanio.

Se refugiaron en la casucha del molino más próximo . . . Con sacos y mantas acomodaron una cama, Epifanio se acostó, y pronto se quedó completamente dormido.

—Y pensar que su madre sigue peor . . . ¡Tánto como lo quiere la pobrecita!— exclamó Sofía, contemplándolo compasivamente y moviendo la cabeza. Afloró en ella la ternura, y sintió deseos de acariciarlo.

De pronto, el muchacho se revolcó desesperadamente, se sentó, cogió un saco que le servía de almohada y lo puso sobre su cabeza; se le hincharon los ojos y la cara se le puso roja, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo . . . entonces, con un movimiento brusco, lanzó lejos el saco, gritando:

—¡Suéltala!, ¡Suéltala! . . .

Soñaba con su madre: la veía atrapada por un pulpo enorme, entre cuyos tentáculos ella se mantenía tranquila, inmutable; sin hacer ningún movimiento por desligarse. En ese momento una araña descendió del techo y se posó sobre el cuerpo gelatinoso del animal, que se contrajo y aflojó los tentáculos; su madre entonces, soltando una carcajada histérica, se levantó del suelo, reventó la araña con el pie y empezó a trepar por el delgado hilo que ésta había dejado. El pulpo subió tras ella, la alcanzó con uno de sus brazos y descendió lentamente, balanceándose en el hilo; una vez en el suelo, la arrastró de las trenzas hasta llegar a la puerta de la casucha . . . Fué al ver esto, que Epifanio gritó:

—“¡Suéltala!, ¡Suéltala! . . .”

A los gritos, el pulpo aligeró el movimiento de sus tentáculos y, sin soltar a su víctima, se alejó a grandes saltos por un camino angosto, recto y pulimentado . . . el muchacho los perdió de vista; ante él se echaba el camino, en forma de una larga lengua de buey.

Cuando Sofía lo vió más tranquilo, lo dejó solo. Sin embargo, Epifanio continuaba soñando;

“Un tupido enjambre de abejas salía precisamente del mismo punto del camino en que había desaparecido el pulpo con su madre. Avanzaban una tras otra y, a medida que se acercaban, tomaban forma de barrilitos, los que iban creciendo gradualmente, y al llegar junto a él, eran verdaderas montañas cilíndricas, que amenazaban aplastarlo. Tras ellos, el camino se enrollaba como una alfombra”.

Sudoroso, desfallecido, despertó Epifanio. Las figuras fantásticas del sueño, arropadas en sombras, lo acosaban aún. Lloró desesperado, a través de sus

lágrimas, estas figuras se volvieron vidriosas, movedizas, y sólo entonces comenzaron a alejarse.

*
* *

La luz del día fué penetrando lentamente por las hendidjas del molino, sorprendiendo a Epifanio sentado sobre las mantas, sobrecogido y tembloroso aún. Sus ojos dolidos, llorosos y soñolientos tropezaron con el bulto de Sofía y don Sixto, que dormían profundamente. Los observó extrañado.

Abrazado a la muchacha, su padre resoplaba bajo las mantas, como un lobo; sus ronquidos de vaho aguardentoso acompañaban el movimiento de los cuerpos.

El muchacho salió de la casucha refunfuñando.....

Ajetreo de lanchas que llegan y parten, cargadas de trigo o harina, da vida a la tranquila playa. Uno a uno son acomodados los sacos de harina en el lanchón de Triviño. En el último molino, don Sixto Bahamonde discute la paga de la molienda.

—Está usted equivocado, Don, en el molino de abajo se molieron nada más que cinco chiguas de trigo, de manera que yo debo pagarle sólo tres almudes por esa molienda; y en el molino del puente envaralado no se alcanzó a moler más que una chigua, porque salía la harina peor que frangollo.

—Bueno, págume tres rayas más y no perdamos el tiempo.

—Así se arregla, yo tengo más prisa que usted— contestó don Sixto.



Estaba obscureciendo cuando el lanchón llegó a Quicaví. Desde la ribera los perros lanzaban ladridos, que caían como pedruscos cerca de la embarcación.

Don Sixto distinguió desde lejos la silueta de un caballo a la puerta de su casa. Cierta inquietud se apoderó de él y lo hizo desembarcar rápidamente.

—Aquél parece el caballo de don Genaro, Chafeo.

—Claro que es, la pará lo dice; conozco a la lengua al Coché Omingo.

—¿Habrá empeorado mi mujer?

—Pueda que no, don Sixto, usted sabe que el señor cura sale siempre por las tardes a echar su paseito . . .

Don Sixto Bahamonde entró derecho al dormitorio y encontró a don Genaro conversando con la machi Naoneres.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes le dé Dios, don Sixto — contestó el cura.

Don Sixto se acercó a la enferma y preguntó, dirigiéndose a la machi:

—¿Cómo sigue?

—Parece un poquito más aliviada, recién le di una tomita calmante. Como usted ve, se quedó dormida y eso le hace bien.

—¿Pasamos al salón, don Genaro?

—Será mejor, Sixto; conviene que doña Encarnación duerma tranquila.

Cuando estuvieron lejos de la enferma, la machi dijo sentenciosamente:

—Si mañana doña Encaña no pasa mejor día, me parece que tendrá que ir a Ancud, don Sixto Sartores es el único que podrá aliviarla; él conoce bien esta enfermedad, se que ha mejorado a varias personas.

—¡Ya me imaginaba esto!, por eso adelanté el viaje a Diañ . . .

III

A N C U D

Doña Encarnación siguió mal; la única esperanza era la intervención del machi Sartóres, en quien todos tenían confianza. Don Sixto no quería recurrir a él, pero al fin se vió obligado a hacerlo.

Cuando doña Callolla tuvo conocimiento de que don Sixto iría a Ancud, le rogó que llevara a su sobrina Rosalía, que iba a continuar sus estudios en la Escuela Profesional de ese pueblo. Un año antes se habían puesto de acuerdo con su hermana Juliana sobre este asunto y ahora se presentaba la ocasión. Gustoso aceptó don Sixto.

*

* *

—¿Es éste el camino del Caicumeo? — preguntó Chalia Ojeda.

—Sí . . . — contestó don Sixto Bahamonde, torciendo bruscamente las riendas de su alazán.

—¿Para el sur queda Castro?

—Sí . . . queda p'al sur.

—Es ancho el camino, ¿no? Bien me dijo tía Callolla . . .

Don Sixto iba preocupado. De cuando en cuando levantaba la vista al cielo, aun quedaban estrellas; algunas nubes se dirigían con lentitud hacia el norte.

Chalía no preguntó nada más; siguió callada, dejando a su caballo libre para elegir la huella.

Galoparon lentamente, algunos perros soñolientos les ladraban sin salir al camino . . . perezosos. Fango reseco, cuarteado . . . fango gelatinoso . . . fango pútrido . . . tosca dura y resbaladiza . . . pedruscos filudos . . . arena húmeda y pasto seco pisaron muchas veces los cascos de los caballos. El día fué pesado, triste; de vez en cuando, los rayos del sol bajaban al camino, bebían en los charcos y luego se iban . . .

La noche inmensa cayó de nuevo sobre ellos, nuevas estrellas adornaron el cielo y otros perros soñolientos engulleron el silencio con sus ladridos. Abrió la luna su bata de nubes negras y salpicó llovizna de plata. Se tendió la pampa; la huella del Caicumeo había desaparecido sin que los viajeros se dieran cuenta.

—¡Nos hemos extraviado, chica!

—¿Si, don Sixto?, ¡por Dios! . . .

—¿A ver?, vamos por aquí . . .

El pasto tenía rocío de luciérnagas; en grupos, avanzaban las zarzas al costado de los caballos; delante de ellos dormía la sombra. Se estiraron las riendas, campanillearon las espuelas, temblaron los ijarse y se abrió la sombra para dejar paso al galope de las bestias; junto a los cascos salpicaba la luz.

El caserío de Ancud dormitaba aún sobre sus dos colinas. Cinco campanadas cayeron desde la torre de la Catedral, ahuyentando a las nubes soñolientas y a una bandada de jotes que había pernoctado allí.

El eco del galope se estrellaba contra las paredes de las casas, rastrojeaba junto a ellas y se iba golpeando de puerta en puerta, como un mendigo infatigable. De vez en cuando, don Sixto tosía o hacía sonar sus espuelas para recordar su presencia a Chalía; ésta lo observaba con curiosidad, pero sin salir del mutismo en que había caído.

Frente a la plaza se detuvieron y don Sixto desmontó.

—¡Tan temprano ustedes por aquí! — exclamó doña Juliana Ojeda, que salió a recibirlos.

—¡Por Dios, niña, qué crecida estás! . . . ¡y qué guapa!

Chalía la saludó sonriendo.

—¿Cómo quedó Callolla, chica?

—Está bien, tía, le mandó muchos recuerdos.

—Dentren, dentren por aquí — dijo doña Juliana, indicando la puerta.

Pasaron a una sala espaciosa, oscura y desaseada. Un largo silencio, interrumpido por ligeros carraspeos de don Sixto, llenó la pieza.

—Hemos tenido una desgracia en el pueblo — dijo de repente doña Juliana, como para justificar aquel silencio.

—¿Qué ha pasado, doña Jullí?

—Fijese que ayer se nos murió el santo padre Aniceto, el Vicario.

—Que en paz descanse y Dios lo tenga en el reino de los cielos — contestó don Sixto, santi-
guándose compungido.

La beata se cubrió la cara con el manto y dejó caer una lágrima. Hubo una larga pausa.

—Hemos sabido por acá que su mujer está muy enferma, don Sixto.

—Sí, doña Julli, la pobre ha sufrido mucho en este último tiempo . . . Precisamente, he venido a ver al machi Sartores.

—¿Viene a buscarlo, entonces?!

—Sí; si nos ponemos de acuerdo, pienso regresar esta misma tarde a Quicaví con él. La Encaña tiene mucha fe en ese hombre, cree que es el único que la puede mejorar.

—¡Dios quiera que le resulte, don Sixto!

Chalía observaba los detalles de la pieza, manteniéndose ajena a la conversación.

Don Sixto no aceptó quedarse al desayuno, pues necesitaba hablar cuanto antes con el machi Sartores. A penas él se fué, doña Julli llevó a Chalía a la cocina.

—Vamos a tomar ligero el café — dijo — la misa empezará luego y no quiero llegar atrasada.

Empezó el doblar de las campanas. Para la beata, aquel sonido arrastraba toda la tristeza de la tierra.

*

* *

—¿Es aquí donde vive don Sartores?

—Sí . . . sí, señor, aquí vive, pero no se ha levantado todavía.

—¿Quién busca? — preguntó el machi.

—Es don Sixto Bahamonde, de Quicaví.

—Que pase, dígale que pase.

Minutos después entraba Sartores a la sala, donde esperaba don Sixto; saludó afectuosamente y se apresuró a ofrecer sus servicios.

Explicó don Sixto el objeto de su visita y, a requerimiento del machi, detalló el estado de la enferma. Discutieron luego el precio del viaje, los días que demoraría el tratamiento y otros detalles.

—¿Cuándo podemos partir, entonces? — preguntó don Sixto.

—Si usted lo desea, ahora mismo.

—Entonces saldremos esta tarde.

—Bien, don Sixto, mientras tanto prepararé algunas medicinas . . . ¡Ah!, se me olvidaba, acostumbro a pedir la mitad del dinero adelantado, para evitar dificultades.

—Por eso no hay inconveniente, aquí tiene. ¡Cuente, don Sartores! . . .

—Tá bien, don Sixto, ¡gracias!

IV

LUJURIA DEL COCHE OMINGO

—¡Quedó en la troya!

—No, está quemando la raya.

—No vengas con maulas, Nemo. A los maulosos yo los parto de un quiñe — dijo Epifanio Bahamonde encolerizado, mientras escupía la huaraca de su trompo de luma.

En el centro de un círculo trazado en la tierra gredosa del patio de la escuela, salpicados de barro, varios trompos esperaban el golpe que los rescataría.

—¡Cancha, que allá va esta clavá!

Silbó la huaraca en el aire y se clavó el trompo cerca de los otros, sin tocar a ninguno; giró con cierta velocidad y luego se detuvo, quedando dentro de la troya.

Una gran carcajada salió del círculo de muchachos.

—¡Este sí que será un quiñazo! — aseguró Nemo.

Mordiose el labio inferior y, echando el brazo atrás, lanzó con todas sus fuerzas el trompo, que salió como peñascazo y fué a dar, con huaraca y todo, contra la pared de la escuela. Esta vez la carcajada de los muchachos fué más estrepitosa aún.

Se sucedieron varias jugadas, hasta que uno de los trompos cayó sobre el montón que estaba en la troya y los dispersó violentamente; cada muchacho corrió en busca del suyo. Y continuó el juego, con renovado entusiasmo.

De vez en cuando, algunos curiosos se acercaban al grupo de niños; luego se iban, encaminándose al pórtico de la iglesia o a la plazoleta, donde la mayoría de los habitantes del pueblo esperaba con inquietud a los jugadores de linao que venían de Dalcahue.

Don Genaro, impaciente, miraba su reloj; él había auspiciado el encuentro con los dalcahuinos, y la tardanza de éstos lo molestaba.

—De todos modos iré a la plazoleta — decía para sí. — Por lo demás, don Fidel me habría avisado si se hubiera presentado alguna dificultad.

Terminaba de hacerse estas conjeturas, cuando divisó un grupo de jinetes. Observó un instante y alcanzó a distinguir al padre Fidel, párroco de Dalcahue.

Los jinetes entraron al patio de la escuela, desmontaron ágilmente y cada uno se ocupó de acomodar su cabalgadura en el sitio más adecuado.

Los niños recogieron apresuradamente sus trompos y corrieron a la cancha donde se jugaría linao.

El cura Fidel Garay, después de impartir instrucciones a sus hombres, se dirigió a la casimita, con dos de ellos. Allí los esperaba don Genaro Chacón.

—¡Bienvenidos!, ¡bienvenidos! — les gritó desde la puerta.

—Gracias, padre Chacón, gracias! — contestaron los forasteros.

—Desmóntense y pasen a descansar un momento.

—No se moleste, padre; hemos venido nada más que a saludarlo, y nos alegramos de verlo bueno.

—¡Gracias!, pero por aquí las visitas acostumbran pasar a la casa . . .

—El padre Fidel puede hacerlo, mientras nosotros nos preparamos — contestó uno de los acompañantes.

—Como gusten entonces, también es cierto que hay que arreglar la cancha . . .

Desmontó don Fidel y amarró su caballo a una de las estacas del tranquero.

—¡Qué hermosa potrancia trae!

—Está bonita, don Genaro, no se puede negar.

—¡Buenos deben estar los pastos en Dalcabue!

—No están malos, ¿y por aquí?

—Regular no más, regular; estos últimos años ha cundido tanto la chéptica que ha echado a perder los potreros . . . Parece de paso la baya, ¿no?

—Sí, don Genaro, y me costó un triunfo adiestrarla; no me la vaya a ojear no más . . .

Rió el padre Chacón, de buena gana. Se acercó luego a un pequeño barril, quitó el espiche, dió vuelta a la llave y llenó dos vasos.

—Sírvase, don Fidel, es chicha de la maja de este año.

—¡Ah!, ¡debe estar muy rica!

—¡Salud!

—¡Salud!

—Está nueva todavía.

—Parece de manzana dulce.

—No, es de pura camuesa, padre Fidel. La manzana dulce da una chicha muy simple.

—Tiene razón, don Genaro — contestó el cura Garay, mientras degustaba el líquido . . .

—Parece que llegamos muy tarde, don Genaro.

—En realidad, está un poco avanzada la hora, pero no tanto.

—Quisiera apurar a los jugadores; podríamos ir juntos a la cancha.

—Perdóneme, don Fidel, pero yo no puedo ir todavía; en un ratito más, estaré ahí.

—Bien, entonces yo me voy adelante.

El cura Chacón lo acompañó hasta la puerta, volvió en seguida a la sala y apuró, uno tras otro, dos panzudos vasos de chicha. Luego se asomó a la ventana, el padre Fidel iba llegando a la plazoleta; una sonrisa de satisfacción asomó a sus labios. Apuró otro vaso de chicha y salió al patio. Sigiloso entró a la pesebrera y, acercándose al Coché Omingo, le habló en la misma oreja:

—¡Ahí está!, ¡ahí está, Coché Omingo! . . .

El potro, como si comprendiera la intención de su amo, se revolvió nervioso y golpeó en el suelo repetidas veces; robustos retumbaron los golpes en la pared de la iglesia.

—¡Chist!, ¡chist!, no te atolondres; con paciencia y calma, tendrás el cuerpo y tendrás el alma — y el cura palmoteó al animal.

—¡Chist!, ¡chist!, tranquilito — le dijo, a la vez que lo sacaba de la pesebrera.

Cuando llegaron al patio, le quitó el bozal y lo dejó suelto. Como una estatua se presentó la potrancia, tenía erguidas las orejas y movía pausadamente la cola. El cura miró en todas direcciones, se dirigió al tranquero y sacó, una a una, las estacas. El Coché Omingo lo observaba impaciente.

Don Genaro palmoteó a la baya, para aguacharla. Le quitó la manea y, tirándola de las riendas, la introdujo en el patio. Una vez dentro le aflojó la cincha, y aún no alcanzaba a sacarle la montura, cuando se desparramó sobre su cabeza un largo y goteante relincho.

—¡Chist! . . . ¡chist!, ¡quieto!

Pero el Coché Omingo no le oía ya.

—¡Chist!, ¡chist!, ¡Coché Omingo! — repitió don Genaro.

El Coché Omingo le mostró sus blancos dientes, dió un soberbio relincho y, sin hacer caso del látigo con que lo amenazaba, mordió la grupa de la potrancia. Levantó ésta las patas traseras y se arrinconó en uno de los extremos del patio. El Coché Omingo, sin dejar de mostrar los dientes, se acercó a ella, codicioso.

Retumbaron los golpes de los cascos en las paredes y se llenó de relinchos el pórtico de la iglesia . . . Cuajarones de vaho de sexo rastrojearon los tejados de la casimita. Las bestias, desesperadas, entrelazaron sus músculos elásticos y temblorosos . . .

El cura Chacón atisbaba desde un extremo del patio, retorciéndose las manos. Después de un rato, apoyándose en la pared, se arrodilló con lentitud, se tapó la cara con ambas manos y curvó la espalda hasta topar el suelo con la frente.

Temblorosos, los ijares de las bestias se amontonaban en sus ojos. María Magdalena le cubrió las espaldas con sus trenzas espesas. El deseo cayó sobre él en cascada de monedas amarillentas, husmeó todos los rincones del patio y luego se echó junto a los cascos de las bestias, y ahí se quedó como un pellejo remojado.

V

EL LINAO

Don Fidel llegó a la plazoleta.

Los jugadores, convenientemente alineados, mostraban sus pechos y espaldas desnudos; el sol les arrancaba destellos de bronce bruñido. Los jefes organizaron los bandos y, después de recibir algunas instrucciones, cada jugador ocupó su puesto; los más fuertes en el centro de la cancha y los más astutos y ágiles, en los costados. Las puertas eran dos estacas de luma clavadas en los extremos de la cancha, a una distancia de siete metros.

El padre Fidel siguió atentamente los preparativos y, tan pronto como los jugadores estuvieron dispuestos, les entregó una pelota del tamaño de una manzana, y se inició la partida.

Un jugador cogió la pelota, la apretó contra su pecho y corrió con ella al campo de los quicavinos; uno de éstos se le fué a los pies, derribándolo. Cha-

feo Canipani, que cuidaba la puerta, se tiró sobre ellos y les arrebató la pelota, lanzándola al centro de la cancha. De ahí la tomó otro de los jugadores de Quicaví, el que corrió con destreza en dirección a las varas dalcabuinas; estaba por llegar a ellas, cuando dos robustos brazos se arrollaron como cu-lebras a sus piernas, y de sus manos se escapó la pelota. Volvió ésta nuevamente a la puerta de Chafeo, quien, buscando uno de los costados de la cancha, se deslizó entre los jugadores, esquivándolos con habilidad.

—¡Viva el tecuto! . . . ¡viva el tecuto!

—¡A la raya, Chafeo! . . . ¡A la rayaaaa!

Al ver el peligro, uno de los jugadores de Dalcabue se lanzó sobre él, se le colgó de los hombros y ambos cayeron al suelo; sobre ellos se tiraron otros. Chafeo, sin soltar la pelota, logró escurrirse y corrió veloz hasta pasar entre las varas de los dalcabuinos, marcó así la primera raya del partido.

Don Genaro, que llegaba en ese momento, fué el primero en aplaudir la hazaña; todos los asistentes lo acompañaron entusiasmados. Don Fidel Garay también aplaudía, sonriente.

Chafeo Canipani era el jugador más peligroso para el equipo visitante; ya había atravesado dos veces sus varas, sin que nadie pudiera contenerlo.

El juego continuaba cada vez más movido. De aquí y allá, salían como flechas los más veloces, esperanzados en alcanzar las varas enemigas; de pronto caían, enredados en sí mismos, envueltos en su propia velocidad . . . gemidos profundos brotaban de la tierra verdosa, húmeda de transpiración.

Los quicavinos obtuvieron otra raya; el público, exaltado, prolongó el aplauso en vivas y aclamaciones.

El juego se tornó aún más brusco, brutal. Grupos de jugadores se revolcaban en la pampa; sobre ellos, desafiantes, intrépidos, se lanzaban otros . . . y otros. De una de esas mazorcas de omóplatos, de entre ese montón de cuerpos jadeantes y sudorosos, se desprendió Santiago Arroyo. Corrió, corrió zigzagando, sin que nadie lograra alcanzarlo.

—¡Corre, chico!, ¡corre! — gritaba el cura Garay, animándolo.

Chafeo esperaba intranquilo junto a la puerta; cuando llegó a su lado, se lanzó sobre él, rodaron por el suelo. Sin embargo, Arroyo logró zafarse y, arrastrándose, cruzó las varas enemigas, marcando la primera raya para Dalcabue.

—¡Bien, Chanchao!, ¡muy bien!, ¡muy bien! — gritaba alborozado don Fidel.

Chafeo hizo una mueca, tomó la pelota del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas al lado enemigo. La pelota se elevó y, cuando empezaba a descender, se abrió la lona que le servía de forro y se desprendió de ella una larga tira de huiro . . .

Con este incidente se dió término al partido de Linao.

Los visitantes fueron agasajados en la cantina de doña Chabela Díaz, donde se les había preparado una comida.

Obscurecía ya, cuando los deportistas dalcabuinos montaron sus caballos y emprendieron el regreso.

Iban pensativos . . . no porque hubieran perdido, de haber ganado, siempre habrían ido lo mismo; cabizbajos, silenciosos, vacíos

—¿Qué pasa, Chanchao? — preguntaron, al ver que éste se detenía bruscamente.

—¡Miren!, ¡miren! — contestó, indicando con el dedo.

Del corredor de la casa de don Sixto Bahamonde, salía un perro, arrastrando el trasero. El perro llegó hasta el centro del camino, allí se revolcó en el polvo y, tendido de espalda, comenzó a aullar. Santiago Arroyo lo contemplaba horrorizado . . . uno de los jinetes intentó ahuyentarlo, pero el caballo retrocedió encabritándose.

—“Oooooooooúuuuuuuuuu”.

—“Oooooooooúuuuuuuu”.

Filudos, penetrantes, salían los aullidos.

El padre Fidel se acercó al perro y, mirándolo fijamente, hizo la señal de la cruz. Apenas el sacerdote lo hubo hecho, el perro estiró el hocico como un lobo, se levantó del suelo y se alejó del camino con el rabo entre las piernas; avanzó moviendo la cabeza a ambos lados, como si fuera recogiendo sus aullidos.

El cura se acercó a la puerta de la casa, desmontó y golpeó varias veces; como no le abrían, empujó y entró.

—Parece que don Fidel conoce bien la casa.

—¡No ves que es la casa de don Sixto Bahamonde!

—No sabía que vivía aquí . . .

—Dicen que su mujer está muy enferma, seguro que no pasa de esta noche . . . por eso que el perro maldito salió anunciando difunto.

El padre Fidel encendió un fósforo y caminó despacio, hasta entrar a una gran sala alumbrada por una lámpara a parafina. Era el dormitorio de doña Encaña; cerca del lecho, Epifanio lloraba desconsoladamente; al ver al padre Fidel, llamó:

—¡Sofía!, ¡Sofía!

—¿Que está peor doña Encaña? — preguntó el cura a Sofía, cuando ésta llegó a la pieza.

Ella le explicó que, desde la partida de don Sixto, la enferma había empeorado y que no hallaba qué hacer.

Don Fidel, después de dar algunos consejos y acariciar a Epifanio, se despidió, deseando alivio a la enferma.

*
* * *

La yegua de don Fidel caminaba perezosa; movía las orejas y la cola indicando su disgusto por las asperezas del camino. El sacerdote estaba extraño de este comportamiento, y continuamente espoleaba los ijares resentidos de la bestia.

Era bastante tarde cuando llegaron a Tenaún. Al parecer todos los pobladores dormían ya; los caminos y las callejuelas del villorrio estaban solitarios. Algunos perros marcaban con sus ladridos el límite del huerto de sus amos. La sombra se desprendía de las paredes de las casas y se echaba sobre los jinetes; cuando éstos galoparon por el callejón de quiscales, se escondió tras un cerco, y ahí se quedó dormida

—¡Adiós, padre Fidel!

Sorprendidos miraron hacia el lugar de donde salió la voz.

—¿Quién sería?

—¿Cómo me habrá conocido en la obscuridad?

—Parecía la voz de don Sixto Bahamonde, don Fidel.

—Dijera que iban dos personas.

—¿Quién va? — gritó Santiago Arroyo.
Nadie contestó.

—Era don Sixto, no más; lo conocí en la voz.

—A lo mejor tienes razón, hijo; puede haber sido él, porque andaba en Ancud.

Los talones del cura volvieron a clavarse en los ijares de la yegua, que aligeró el paso. Un misterio profundo se agazapó, como sombra pastosa, bajo las mantas de los jinetes. De vez en cuando, algún relincho de los caballos los volvía a la realidad y los hacía respirar bocanadas de aliento de bestia.

Después de cruzar el río San Juan, comenzó a caer una tenue llovizna. El grupo marchaba aún silencioso; cada cual rumiaba sus pensamientos, simples y sencillos como sus vidas.

*

* *

La playa, echada bajo el galope de los caballos, mostraba sus arenas plumizas . . .

—¡Qué ladeada viene esa embarcación!

—Debe traer mucha carga, señor cura — contestó uno de los hombres.

—Parece la "Lora"; la goleta de Juan de Dios Triviño.

—¿La conoces, Chanchao?

—Sí, la vide cuando la estaban construyendo.

—¿La hizo Juan de Dios?

—Claro, pues, ¿no sabe que él ha hecho casi todas las embarcaciones de estos lados? Y ésta es la mejor, y la más grande.

—¿Y por qué le habrá puesto ese nombre?

—Porque es muy crujidora, dicen . . .

—¡Bah!, ahí está Evaristo — dijo de pronto el cura, dirigiéndose al pajonal.

—¡Buenos días, señor cura!

—¿Cómo le va, Evaristo? ¡Tan temprano trabajando! Y tú, Leonila, ¿qué dices?

—Nada, padrecito — contestó la muchacha, sin mirarlo.

—¿Por qué te avergüenzas, hija?

—Es así su modo, padre, ende chica ha sido así.

—No se preocupe, Evaristo, lo hago por embromar. Ya es tiempo de que la mande a confesarse, no se la ve nunca por la iglesia.

—No es falta de amor a Dios, es que en el campo hay siempre tanto que hacer; pero un día de éstos voy a mandarla.

—Bueno, bueno, ¡que no se le olvide!

—¿Vió a Sofía por Quicaví, señor cura?

—¡Ah!, ¡la chica que está en casa de don Sixto Bahamonde? Sí, la ví; estaba lo más bien.

—Usté se encontraría con don Sixto por el camino . . .

—Alguien nos habló anoche en el camino de Peldeco, y supusimos que sería él; pero como estaba tan obscuro no lo pudimos ver.

—Sí, don Fidel, tiene que haber sido él no más. Venía de Ancud con el machi Sartores. Dicen que doña Encaña está muy mal.

—Así es, hijo; anoche la ví y en realidad está mal.

Leonila pasaba distraídamente la mano por el lomo de la Caulli. El sol apareció entre los arbus-tos, sus rayos enfermizos atravesaban la delgada llovizna, produciendo una tibieza malsana, pesada y sofocante.

—¡Caramba!, me han dejado muy atrás — dijo el cura, despidiéndose; y se alejó al galope.

La baya corría flojamente; don Fidel inclinaba la cabeza para protegerse del viento. Un grupo de perros le salió al paso, persiguiéndolo hasta que, cansados de ladrar, se detuvieron junto a un arroyo; allí descubrieron una jibia, que las aves marinas habían comido en parte; olfatearon recelosos aquella gelatina descompuesta, y se alejaron jugueteando.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

VI

EL CHALLANCO

En cuanto salió el padre Garay de casa de don Sixto, la machi Naoneres entró a la pieza de la enferma.

—¿Por qué se escondió cuando entró el padrecito? — le preguntó Sofía.

—Fuí a preparar los remedios, niña — contestó la machi, mostrando una taza.

—¿Qué remedios son esos? — preguntó Epifanio.

—Es cucuy con flor de piedra y piedra de besar. Es una bebida alimenticia, mejor que caldo de gallina; se llama agua de aliento. Verá que le va a hacer bien a su mamá.

—¡Désela luego, entonces!

Se arrodilló la machi junto a la cama y suministró la toma a la enferma, cucharada a cucharada.

Después que la hubo tomado, doña Encaña abrió los ojos, cosa que no había hecho desde el día anterior.

Sofía, Epifanio y la Naoneres sonrieron aliviados; habían pasado toda la noche en vela, esperando por momentos la muerte de la enferma . . .

Estaba amaneciendo, cuando sintieron golpes en el portón. Luego escucharon la voz de don Sixto, que hacía callar a los perros. Sofía salió corriendo a abrir.

—¿Cómo ha pasado la Encaña?

—Sigue peor, don Sixto.

Don Sixto llevó a Sartores al dormitorio de la enferma. Saludaron a la machi Naoneres y se sentaron cerca de la cama.

Sartores cogió la taza en que la Peocha había preparado el remedio.

—Muy bien está — dijo, examinando las yerbas. Condujo luego a la machi a un rincón de la pieza y le hizo algunas preguntas. Después se quitó la mantá, pidió agua tibia y lavó las manos de la enferma; examinó detenidamente las yemas de los dedos y se quedó pensativo. No habló una sola palabra en el resto de la mañana. A medio día don Sixto lo invitó a comer algo.

—¿Cómo la encuentra? — preguntó una vez fuera de la habitación de la enferma.

—¡No hay nada que hacer!; lo único sería consultar el challanco esta misma noche. Bueno, siempre que la enferma resista hasta esa hora; puede tocar la desgracia que la vaciante de la tarde la empeore y se nos vaya antes. De eso yo no puedo dar seguridad ninguna; el pulso está muy débil y tiene caídas las alas del corazón.

—Haga como mejor le parezca, Sartores: me entrego a sus manos, todo lo que usted haga por salvarla estará bien.

—Muy bien, don Sixto, haré todo lo posible. Enviaré también un mensaje a la Mayoría, pidiendo reunión. Soy amigo de don Sandalio Bórquez, que es el presidente del Consejo de la Cueva; él es el único que puede suspender la sentencia de este llanazgo.

—¿Y cómo lo hacemos, Sartores? He sabido que la Mayoría está en Payos, cerca de Quellón; no se a quién mandar tan lejos.

Sonrió enigmático el machi, diciéndole:

—Ni Sofía ni el chico deberán saber absolutamente nada de lo que vamos a hacer esta noche. Es un secreto que debe quedar entre usted y yo. Estas son cosas muy delicadas y una imprudencia puede pagarse cara.

—Así se hará.

—Por de pronto, desocupe una pieza y coloque en ella una mesa redonda. Haga traer dos litros de aguardiente, un lavatorio blanco con agua de Thraiguén, unos seis pancitos de alcanfor, cien hojas de papel de fumar y unas ramas de laurel. Me deja todo en la pieza, porque yo voy a salir al obscurer.

Don Sixto anotó cuidadosamente las indicaciones. — “Seguro que Sartores iba a solicitar los servicios de la Voladora para enviar el mensaje a la Mayoría de Payos; no había duda, todos los elementos que pedía eran los indicados para este fin. Y la Voladora, esa mujer misteriosa y diabólica, que arroja sus intestinos para volar y recorre distancias enormes en cumplimiento de misiones hechiceras, partiría esa noche desde su propia y lim-

pieza casa". — Esto lo intranquilizaba — "pero había que consentir; las circunstancias lo exigían . . ."

La enferma se agravó a medida que avanzaba la tarde. En sus escasos momentos de lucidez, rogaba a Sofía que cuidara de su hijo

Entrada la noche, volvió Sartores. Bajo su poncho de castilla, un bulto resaltaba exageradamente. Entró a la pieza convenida para el machitún; allí estaba todo, tal como lo había dispuesto. Dejó sobre la mesa el paquete que traía oculto y salió, cerrando cuidadosamente la puerta.

*

* *

Doce campanadas graves resonaron en la pieza donde el machi preparaba el challanco.

Con gran solemnidad, Sartores empezó a musitar el romance, invocación de la magia negra para conseguir la ayuda sobrenatural. Su rima en auténtico veliche acentuaba la sensación de misterio de aquella oración cabalística.

Densa humareda de alcanfor y laurel llenaba la pieza, preñando el ambiente de extravagantes fantasías.

El machi abrió la ventana, y un batir de alas hendió el aire, formando un remolino de humo y de papel picado. El compás del romance, ora suave y cadencioso, ora violento y amenazador, continuó, interrumpido por los gritos fatídicos de la Voladora.

En cuanto el machi terminó la invocación, hizo entrar a don Sixto. Ceremoniosamente levantó un paño de bayetilla roja, bajo el cual había tres esferas de vidrio. Tomó el lavatorio que contenía el

agua de Thraiguén, colocó dentro las esferas y pronunció algunas palabras. Luego habló a don Sixto:

—Se ha hecho ya una parte del trabajo. No ha sido fácil; éstas son cosas que sólo se hacen en casa de familia por circunstancias muy especiales. Ahora nos queda ver el resultado del challanco; es demoroso, pero es lo único que puede indicarnos quién es el autor de este llancazo.

—Eso es lo que me interesa saber: quién es el facineroso que está matando a mi pobre mujer, para ajustarle cuentas.

El machi sacó una varillita negra muy pulimentada, y revolvió con ella las esferas que estaban dentro del lavatorio. De cuando en cuando, las observaba, manifestando que aún no se veía nada; e invitaba a don Sixto a beber aguardiente. Así, entre trago y trago, pasaron las horas.

Al llegar el día, don Sixto se sentía vencido por el sueño y el aguardiente. En ese momento el machi dijo que el challanco comenzaba a denunciar la figura del malhechor . . . Se acercó don Sixto, tambaleándose, y observó las esferas.

—No distingo nada, Sartores.

—¿Verdad que no ve nada?

—Absolutamente nada.

—Observe bien, mire cerrando el ojo izquierdo . . . ¿Ve ahora?; son dos hombres y una mujer.

—Sí, ahora sí que veo; pero no distingo quiénes son.

—Yo sí, don Sixto. Veo muy bien quiénes son esos infames . . . y pensar que uno los ve tan orondos . . .

Con
de
de
chi

—¿Y quiénes son?, ¡hijos del diablo! . . . que no los pueda distinguir . . .

—No puedo comunicárselo, don Sixto, me va en ello la vida. Esto tiene que resolverlo el Consejo de la Cueva, y si usted se comprometiera a pagar las costas . . .

Golpearon nerviosamente a la puerta. Don Sixto miró al machi y éste le ordenó abrir; antes de hacerlo, preguntó malhumorado:

—¿Quién es?

—Soy yo — contestó Sofía — ¡Abra pronto, don Sixto!

—¿Qué quieres, mujer?

—Doña Encaña ha empeorado, y lo llama.

Corrió don Sixto a la pieza de la enferma . . . Encontró muerta a su mujer; se la había llevado la vaciante, como temía Sartores. Los sollozos de Epifanio se quebraban, inundando los vacíos pasillos, por donde luego deambuló el alma de su madre.

Sin atinar qué hacer, don Sixto se arrodilló al lado de la cama.

De los labios de Sofía brotó la oración . . .

VII

EL THRAUCO

Aquel día Leonila madrugó más que de costumbre, enyugó a su Cauilli con el Cordillera y los condujo al tranquero que daba acceso al camino. Ahí la esperaba don Evaristo con la carreta, y juntos salieron en dirección a la playa.

Leonila, atenta a todos los movimientos, se equilibraba dificultosamente sobre la carreta. Ligero deslizábase el horcón de mañío sobre la arena cubierta de lamilla podrida . . .

—Ciriaco no se imaginará nunca lo temprano que llegaremos con la paja.

—¿Cree que llegaremos muy temprano, papá?

—¡Claro, niña!

Pronto estuvieron en el pajonal; llenaron rápidamente la carreta y partieron.

Leonila guiaba los animales con la picana. Avanzaban con lentitud, la paja estaba mojada y su peso

hundía el horcón en el fango. A intervalos se detenían, para dar descanso a los brutos; jadeaban éstos y caía su baba, espumosa y elástica, chorreándoles las patas delanteras.

Cuando llegaron a la casa de don Ciriaco, nadie salió a recibirlos, a pesar del ruido de la carreta y de los gritos de don Evaristo:

—“¡Hay gentee? ¡Vengan abrir!”

Por fin apareció Amalia cerca del chiquero, frunció el ceño y los miró como si fueran extraños. Cogió del suelo una varilla y comenzó azotar al pahueldún que colgaba del quincho.

Lentamente comenzó a caer la varilla sobre el madero retorcido, aumentó después su celeridad; ahora Amalia golpeaba furiosa, jadeante . . . Junto al campanario se revolcaban y robustecían los golpes, para volver a los oídos recalcando su existencia.

Leonila y don Evaristo la miraban con lástima.

—¡Huellí! ¡Fiura! — gritaba Amalia a cada instante.

—¡Pobre chica! — exclamó doña Claudina, que llegaba en ese momento.

Don Evaristo se volvió, sorprendido de que hubiera llegado tan luego su mujer.

De repente Amalia cayó al suelo. Leonila y su madre corrieron a levantarla y la llevaron a la casa. La muchacha iba como muerta.

—¡Ciriacoóooo!, ¡Ciriacoóooo! — gritaba don Evaristo. — ¡Dónde se habrá metido este hombre?

—Salió — contestó doña Asunción, que venía corriendo.

—Parece que la chica sigue peor, Chuncho.

—Así no más es, Evaristo. Y, para colmo, la ha salido un pede. Le hemos hecho toda clase de reme-

dios, pero cuando esa fiura se aposenta en el cuerpo, ninguna cosa hace bien.

—Y, ¿a dónde fué Ciriaco?

—Anda en Dalcahue, nos dijeron que el machi timo que nos queda por ver. ¡No sé qué haremos Sartores estaba ahí y ha ido a consultarlo. Es lo último él no mejora a la niña!

—Ahí viene tío Ciriaco — dijo Leonila.

—Parece que me he demorado mucho — gritó don Ciriaco desde el portón.

—Me costó bastante hablar con Sartores, pero al fin logré hacerlo — dijo, entrando a la casa.

—¿Te dió algún remedio para la Amalia? Mírala como está otra vez.

Al sentir a su padre, Amalia se enderezó.

—¡Cuidado, chica! ¿Para qué te levantas?

—Si ya pasó, papá; estoy bien.

—El machi me dijo que este mal no era de cuidado.

—¿Y vendrá a verla?

—Dijo que vendría mañana; hoy no lo hizo por estar ocupado con don Fidel, tú sabes que el padre está enfermón.

—Ojalá que venga, esta chica me tiene tan tranquila.

—Dicen que da muy buenos remedios — agregó doña Claudina.

—Si son tan buenos como los que le dió a la mujer de don Sixto . . .

—No pienses mal, Evaristo; la finá Encaña fué enfermiza ende chica.

—Yo también creo que es buen méico. Y es conocido en toda la Isla; no conviene hablar mal d'él, uno puede recibir algún daño cuando menos piense — refunfuñó don Ciriaco.

—¿Cómo dijiste, Ciriaco?

—Digo que de un hombre como Sartores no conviene hablar mal, ¡sepa Dios los secretos que él tiene! . . . y tú sabes lo que es un mal tirado.

—A mí no me vienen con mal tirado ni llancazos. Ese es un facineroso como todos los de su ralea.

—¡Jesús, María! ¡Las cosas que dices! — exclamó su mujer, persignándose.

—Pues a mí me dió unos consejos que me parecen muy acertados . . .

—Veamos, ¿qué fué lo que te dijo?

—Ya que te empeñas, te lo diré. Pero es necesario que estemos solos.

Salieron ambos de la cocina y pasaron a una gran sala, cerrando cuidadosamente la puerta. Leonila, que acompañaba a Amalia en la habitación contigua, escuchaba la conversación, sin comprenderla; sólo al oír su nombre, pudo darse cuenta de lo que se trataba.

—“Me recalcó que era indispensable que no hubiera probado hombre alguno, y de Leonila no podemos dudar, Evaristo.

—Estoy seguro, Ciriaco, de que nada le ha pasado a mi hija, pero te ruego que ni siquiera intentes hacerle tal proposición; por lo demás yo no creo en eso.

—¡Hazlo por Amalia, Evaristo! Podíamos hablar con Claudina, si quieres . . .

—¿Cómo es posible que creas en eso? ¡Yo no permitiré que se haga semejante cosa!

—Bueno, hermano, pero no olvides que Amalia es mi hija y que debo intentarlo todo”.

Los hombres volvieron a la cocina, y en seguida se dirigieron al campanario; a pesar de la llovizna

tupida y mojadora, los hermanos estuvieron todo el día arreglándole el techo. Hábilmente cambiaban la paja podrida por nueva, amarrándola a los maderos con fuertes y flexibles hebras de voqui negro. Leonila y Amalia ayudaban también; ellas afianzaron las estacas sueltas y limpiaron el piso del **campanario**.

A media tarde, la violencia de la lluvia y el viento los obligó a abandonar el trabajo.

Leonila, que había llamado varias veces a su Caulli, quiso ir a buscarla.

—¿Que estás loca, muchacha? ¿No ves cómo llueve? . . . Ya vendrá esa mañosa — dijo don Evaristo.

—¿No se habrá desbarrancado, papá?

—¿Cómo si no supieras lo golosa que es!, debe estar comiendo en el **quilanto** de la loma.

—¿Sí?, a lo mejor está empantanada en esas tembladeras de la quebrada.

—No la creas tan torpe — le contestó su padre.

Entraron a la cocina, doña Asunción preparaba una **chuchoca**; de cuando en cuando, sacaba de una **chunga** puñados de manteca y los agregaba a la masa de papas que estaba amuñando.

Leonila limpió el palo **chuchoquero**, lo envolvió en la masa y empezó a asarla. Sentada al lado del fuego, raspaba las partes quemadas de la **chuchoca**, hacía girar el palo sobre los horcones y corría las brasas de un extremo a otro, para apurar su cocimiento.

Quando la **chuchoca** estuvo lista, don Evaristo la sacó del fuego y la colocó en una arteza, donde doña Asunción procedió a cortarla en trozos, salían éstos semejando puños almidonados. Entonces, se sirvió el café

—Es hora de irnos, Evaristo — dijo doña Claudina, cuando ya comenzaba a obscurecer.

—En realidad; esta lluvia no tiene trazas de amainar, y de todas maneras tenemos que llegar a casa.

—¿Para qué se van?

—No puedo quedarme, Ciriaco; tú sabes que mi casa está sola.

—Entonces que se quede la Leonila.

—Si ella quiere, puede quedarse, así acompañará a la Amalia. Pero mañana me la mandan temprano . . .

Don Evaristo encendió un hachón y salió de la casa.

—No olvides de llevar la yunta — gritó aún a Leonila.

Doña Claudina lo seguía, en silencio.

*
* * *

Leonila pasó toda la noche desvelada; recordaba la conversación de su padre con el tío Ciriaco, a veces le pesaba haberla escuchado. Pero ella se atrevería a hacer eso por su prima; después de todo, no sería tan difícil vencer al Thrauco.

Ruido de pisadas de animales la sacó de este pensamiento; recordó a su Cauilli y volvió a inquietarse por ella.

Amalia, que dormía con Leonila, estiró los brazos, se sentó en la cama y miró a todos lados, como buscando algo.

—¿Qué tienes, Amalia?

—Fíjate que estaba con don Fidel; lo ví tan delgado que me llegó a dar miedo, tenía los labios negros y dos lagunas en la cara.

—No te entiendo, Amalia.

—Sí, así era.

Leonila la miró fijamente y vió, con sorpresa, que Amalia hablaba dormida.

*
* *

Aun no aclaraba bien cuando Leonila salió en busca de su vaca, por el camino que conducía al rastrojo; ahí recorrió todos los rincones. Del rastrojo se encaminó al roce y trepó a un árbol, escudriñando detenidamente el matorral.

Cansada de andar, se sentó sobre un tronco de avellano y se quedó meditando . . .

Un ruido la hizo incorporarse, corrió creyendo que era su Caulli, pero no vió nada. El ruido se repitió en otra dirección, y en otra, y otra, sin que pudiera ver quién lo producía; desesperada se lanzó a través del matorral.

De repente se sintió atrapada por un pantano. Leonila jadeaba, el barro descompuesto succionaba sus pantorrillas y la envolvía en su fetidez. Sobre su cabeza se repitió el ruido que tanto había perseguido . . . Una repugnante figura humana, se movía entre las ramas de un viejo canelo.

Crejó soñar, sin embargo, aquella figura horrible, espantosamente horrible, estaba ahí; pequeño, vestido de quilineja, dejando entrever sus deformes piernas . . .

—“¡El Thrauco! . . . ¡El Thraucooo!”

Resonó el grito bajo el matorral. Soñoliento rodó el eco por el despeñadero, y se echó a sus pies.

Una brocha diabólica pintó de espanto el rostro de Leonila. Y el mismo espanto la sacó de allí, dejando en el pantano el glu-glu de sus pisadas.

Tras ella iba el Thrauco. Le sentía el aliento, aliento tibio de macho en celo, que hormigueaba en su cuello. El matorral se espesó; las zarzas la arañaban y le desgarraban los vestidos. De nuevo el cansancio la fué cogiendo entre sus tentáculos, ya no podía más, quiso gritar y la voz se anudó en su garganta. Como una mole se desplomó su energía, y la desesperación la arrojó con su sombra de espaldas . . .

Junto a ella estaba el Thrauco. Se miraron, Leonila no veía ahora un ser repugnante, era un ser misterioso que la dominaba; la atraían, por sobre todo, sus ojos de un azul intenso. Jamás había experimentado tal inquietud; como una ponzoña el deseo trajinaba su cuerpo . . . temblorosa cayó sobre la yerba húmeda. Una daga candente le abría las entrañas, ardieron sus carnes como zarzales, y gemidos de macho y hembra rasguñaron el suelo.

Amorosa y suave pasó la brisa costeña, acariciándolos . . . y se fué, vestida de sexo, a restregarse contra el vientre de los cerros.

Leonila abrió los ojos y escuchó las palabras de su padre: "Estoy seguro, Ciriaco, que nada le ha pasado a mi hija". Hizo entonces un supremo esfuerzo; se puso de pie, se subió las polleras hasta la cintura y comenzó a hacer cruces en el aire.

—Bien, muchacha, ¡así se hace!; ojalá no más que no sea demasiado tarde y esa fiura siga rondando por estos lados.

Leonila dejó caer bruscamente sus faldas, y su mirada tropezó con los ojos azules del machi Sartores, que la contemplaba burlón.

Se alejó de allí a topetones; difícilmente encontraba el equilibrio su cuerpo de mujer vencida. De trecho en trecho, bramaba la Caulli, que caminaba

a su lado. La tristeza y la desesperanza empujaron al llanto; con él se tonificó la vida y se irguió la muerte.

*

* *

Una perra montañesa lamió, toda la tarde, el pasto ensangrentado; aullaba como si hubiera muerto su amo, revolcándose desesperadamente. Más tarde avanzó como un penitente, arrastrando el trasero y gimiendo; buscaba, desorientada, la cueva de los truenos.

*La verdad és una superstición
y la superstición fué una
verdad.*

Tercera parte

I

JUEZ AGRIMENSOR

—Vengo a felicitarlo por su nombramiento, don Olegario.

—Gracias, don Genaro.

—¿Cuándo comenzará la mensura de los terrenos?

—Mañana mismo; quiero aprovechar las vacaciones, como se trata de un trabajo que me tomará mucho tiempo, y en el que seguramente tropezaré con algunas dificultades.

—¡Dios quiera que no sea así, señor preceptor!

—¡Ojalá!, pero siempre se encuentra uno con gente que no entiende o que no le conviene entender.

—Así es, don Olegario. . . Y, yo quería pedirle un favor.

—Diga no más, señor cura; si en algo puedo servirlo, estoy a sus órdenes.

—Como usted sabe, don Olegario, después de la muerte de doña Encarnación, Epifanio Bahamonde

quedó a mi cuidado; ahora está hecho un hombre y quisiera se ocupara; tal vez usted pudiera tomarlo como ayudante.

—Precisamente necesito uno, anoche no más estaba pensando en eso.

—No creí que andaría con tanta suerte, don Olegario.

—Dígale entonces que se presente aquí mañana temprano, adviértale que saldremos del pueblo por unos quince días y que se consiga un machete o un hacha para el roce.

—Muchas gracias, don Olegario, la diligencia me ha resultado mejor de lo que esperaba. ¡Adiós!, y que le vaya bien en su trabajo.

—¡Gracias, señor cura!

*

* *

—Usted me dijo que sus tierras llegaban hasta ese coigüe, señor Mansilla.

—Nó, señor; usted se ha equivocado, yo le dije muy clarito que mis tierras llegaban hasta aquellas chilcas grandes que se ven en la loma.

—Mire, según sus escrituras le corresponden veinte cuadras y, hasta esas chilcas, hay dos cuadras más.

—Así será, don Villarroel, pero desde el año del terremoto que yo siembro esas tierras; las he rozado y limpiado y, si había dueños, ¿por qué no reclamaron antes?

—Bueno, Mansilla; yo no vengo a quitarle nada a usted, le hago ver únicamente la ilegalidad de esa parte de su posesión. Ahora, para afirmar su argumento, presentará usted algunos testigos y solicitaremos al Supremo Gobierno la concesión de esas

tierras. Mientras tanto le entrego sólo hasta el coi-güe, tal como rezan sus escrituras; el resto puede seguir sembrándolo, pero no olvide que es propiedad fiscal.

—De acuerdo, señor preceptor, ya sabía que a la larga usted me encontraría la razón.

—No soy yo, quien le dará la razón, será el Supremo Gobierno, cuando conteste su solicitud.

.....

—No permito a nadie en mis tierras, yo también se medirlas, y sólo ocupo las que me pertenecen, señor preceptor.

—Tengo autorización del Gobierno para rectificar, ver y entregar escrituras válidas a todos los propietarios de esta comuna. Yo no vengo a quitar tierras a nadie; por el contrario, haré que le sean respetadas, siempre que usted tenga derechos legales sobre ellas. Lo conozco desde hace años, señor Montaña, y creo que no me obligará a emplear la fuerza pública para esto . . .

—A ver, niños, por aquí pueden empezar a medir. Pongan el primer jalón — ordenó el preceptor, sin tomar en cuenta los argumentos del señor Montaña.

Los hombres comenzaron a moverse; Epifanio extendió la huincha y los otros siguieron la línea indicada por el Juez Agrimensor.

—Aquí están mis papeles, señor Juez.

El preceptor leyó las escrituras y luego advirtió:

—Son treinta las cuadras que se mencionan aquí, señor Montaña.

—Así será, señor, yo no sé leer . . .

—Acompañeme a ver los deslindes

.....

Días después volvió don Olegario a casa del señor Montaña, quien lo recibió malhumorado.

—Esas cuadras de terreno, sobre las que tenía mis dudas, eran tuyas, señor Montaña; así lo establece el informe de la Oficina de Tierras de Ancud.

—Siempre tendré que agradecerle, señor Juez, por el favor que me ha hecho, de consultar esa pertenencia.

—No tiene nada que agradecerme, era mi obligación.

—De todas maneras, ¡gracias, don Olegario! . . . Sin tener mayores dificultades, don Olegario siguió entregando terrenos. Ni él mismo supo cuántas cuadras restituyó al Gobierno y cuántas fueron devueltas a sus verdaderos dueños. Infatigablemente recorrió los predios, rectificando medidas y levantando croquis. Epifanio, su más cercano colaborador, lo observaba atentamente, demostrando competencia en el trabajo. Cuando hubo terminado la medición, regresó a Quicaví.

Mucho tiempo ocupó en el arreglo de legajos y croquis, para enviarlos al Ministerio de Tierras. Este trabajo lo absorbió completamente, olvidando su cotidiano bregar en la labor educacional.

Luego vinieron días sin objeto, sin variantes en el recto transcurrir del tiempo . . . nubes cruzando el espacio . . . chubascos que caen golosos sobre las charcas . . . largos rosarios de truenos, tras la filuda daga del relámpago, que hace sangrar el cielo . . . brisas cariñosas y suaves . . . borrascas tumultuosas, amasadas por dioses gigantescos y malignos . . . labriegos indiferentes, caminando a tientas por los callejones estrechos y resbaladizos . . . mujeres envueltas con negras percalas . . . ancianos arrastrando su esperanza, como si fuera una perra muerta . . .

II

CHALIA OJEDA

Chalía Ojeda volvió a Quicaví transformada; no era ya la niña que don Sixto Bahamonde había llevado a Ancud.

Sus modales desenvueltos habían producido en don Olegario Villarroel un estado de ánimo especial. Llamaba su atención la marcada deferencia que la muchacha tenía para él y empezó a observar todas sus actitudes, logrando conocerla en pocos días. Se le grabó su andar de cadencias costeñas, el timbre de su voz, la suavidad de su mirada, y la expresión intencionada de su cara, cuando le sonreía.

—Nada espero de ella — pensaba don Olegario — y sin embargo, la siento resbalarse dentro de mí, sin que tal vez se de cuenta.

Chalía Ojeda se sentía contenta en Quicaví, siempre hacía lo que mejor le parecía y tenía toda la

9.—Huipampa, tierra de sonámbulos.

estimación de su tía Callolla. En cambio, en Ancud los días transcurrían lentos y pesados; sólo salía para ir a la Escuela Profesional o a la iglesia, y en casa de su tía Juliana la vida no tenía nada de agradable. Si soportó la estada al lado de la beata Julli, fué sólo por complacer a doña Callolla. Ahora, en su terruño, saboreaba el perfume de ulmos y muermos, respirando anchura de mar y tierra . . .

—¿Qué desea, Epifanio?

—Vengo a consultarlo, don Olegario; si usted no tuviera inconveniente . . .

—Pase adelante.

—Mire, don Olegario . . . yo . . . usted sabe que, desde que se murió mi madre, no tengo nadie con quien hablar de mis cosas.

—¿Qué le pasa, Epifanio?

—Se trata . . . de la Chalía, don Olegario.

—¿Si?, ¿y qué hay con la Chalía? Diga no más, Epifanio.

—Mire, señor, la verdad es que, desde que ella llegó de Ancud, no tengo un día de tranquilidad. Cuando estoy cerca de ella me sobrecoge un temor inexplicable y me quedo contemplándola como un estúpido . . . No se qué hacer, ¿qué me aconseja usted?

—En realidad, Epifanio, no se qué decirle; por lo demás no veo por qué se preocupa tanto.

—Pero, señor, es que han pasado otras cosas . . . Fíjese que hace unos días ella se empecinó en acompañarme a Tenaún, como la tía Callolla le dijo que saliera a distraerse . . . Dos veces tuve que sacarla del bote en mis brazos, todavía me quema su cuerpo . . . recuerdo que cuando la . . .

—¡No siga, Epifanio!

—¡Perdón, don Olegario!, no se enoje, nunca más lo molestaré. Veo que usted no me entiende; yo tampoco me entiendo, ni quiero entenderme . . . Bueno, me voy, señor.

—Buenas noches, Epifanio.

Don Olegario se quedó pensando:

—“En realidad, no valía la pena entenderse; ¿qué objeto tendría la vida si uno se entendiera? En tal caso se tendría resuelta la causa del existir; se viviría pasando por un camino al cual nada habría que corregir ni agregar. ¡Bienaventurados los ignorantes de sí mismos!” — ¡Bienaventurados!— repitió don Olegario, sorprendiéndose de su propia voz.

III

EL CABILDO

Aquella mañana, muy temprano, el padre Genaro recibió la visita de don Sixto Bahamonde; tenían que discutir algunos detalles referentes al Cabildo de San Francisco de Asís.

Don Sixto entregó a don Genaro una copia de la planilla del Cabildo, deferencia que éste agradeció; leyó el texto en su presencia:

FIESTA DE SAN FRANCISCO DE ASIS

PLANILLA

Los que suscriben, feligreses de la Parroquia de Quicaví, de la Diócesis de San Carlos de Ancud; con licencia de la autoridad eclesiástica, han contraído la promesa de celebrar en el presente año

las festividades de San Francisco de Asís, Santo Patrono de la Iglesia, con una misa solemne que se efectuará el cuatro de Octubre en la iglesia mencionada, en memoria y honra de su nombre.

Forman la Congregación del presente año:

Supremo . . . Don Sixto Bahamonde.

Suplente . . . Don Patricio Coñocar.

Gobernador . . . Don Pedro José Muñoz.

Primer Alcalde . . . Don Pascual Carimonei.

Segundo Alcalde . . . Don Sebastián Cárdenas.

Primer Ayudante . . . Don Silvestre Montaña.

Segundo Ayudante . . . Don Epifanio Bahamonde.

Suprema . . . Doña Rosario Montaña.

Primera Princesa . . . Doña Dina Antúnez.

Segunda Princesa . . . Doña Juana de la Cruz.

Para constancia, responsabilidad, gastos y demás pormenores que demandare el presente compromiso firman los suscritos.

Quicaví, 24 de Junio de 1904.

—¿Y a cuántos pesos alcanzó la suscripción, don Sixto?; me dijeron que fué mucha gente a la reunión de anoche.

—Así es, don Genaro, pero no crea que dejaron mucho. Ciento veintitrés pesos, con ochenta centavos, dió el total; se entiende que fuera de las cuotas de Cabildo, que es cosa muy aparte.

—No está mal, don Sixto; eso indica que aún se acuerdan de Dios aquí.

*
* *

El 26 de Septiembre comenzó en Quicaví la novena de San Francisco. Desde muy temprano, los vecinos suspendieron sus labores para asistir a ella.

Doña Callolla Ojeda era la encargada del ornato de la iglesia. Chalia, aprovechando sus conocimientos, confeccionó una túnica para la imagen. Hasta el mismo párroco quedó gratamente sorprendido cuando el trabajo estuvo terminado. La túnica era de raso y estaba bordada con sedas vistosas y profusión de trencillas y pespuntes; el cordón, tejido con diminutas chaquiras blancas, resultó toda una novedad en Quicaví.

Cuando el sacristán inició el repique, doña Callolla se apresuró a cambiar las vestiduras de la imagen. Pudo cerciorarse entonces de que el busto era de tela de buque, rellena de aserrín, y que sólo la cabeza y las manos eran de madera; este detalle la impresionó desagradablemente. Terminaba de arreglar al Santo, cuando sonó la salva anunciando el comienzo de la novena.

Sofía Ampuero, Chalia y otras jóvenes comenzaron a encender las velas, y el templo se llenó de fieles.

El cura, acompañado por los dos fiscales y el patrón de la imagen, inició el himno de San Francisco:

—“Si eres nuestro amparo y guía
para con Dios soberano”

y todos los asistentes:

—“Dadnos, Francisco, la mano
para imitar vuestra vida”.

Un acordeón y una flauta acompañaban el canto. Música y voces formaron una confusión de on-

das monótonas, que inundó con su quejumbre la iglesia y la plazoleta, subió a los cerros y, por último, se precipitó a una quebrada . . .

Al término del rosario, don Genaro hizo breves amonestaciones a sus feligreses, quienes se acercaron al altar de la imagen, para admirarla. Todos alababan la prolijidad de Chalia y ponderaban la túnica; algunas ancianas humildes besaban sus bordes, implorando la gracia del Santo.

*
* *

Era el día 3 de Octubre. Un vientecillo suave y fresco inflaba las velas de las lanchas que atravesaban los canales en dirección a Quicaví.

Antes de medio día, lanchas, botes, chalupas y bongos de todas dimensiones llenaban la playa; y aun continuaban llegando otros llenos de pasajeros, cuyas blusas, chales, mantas y vestidos, de colores llamativos, hacían de estas embarcaciones verdaderos jardines movedizos.

Caminando por estrechos senderos, bajaban al caserío grupos de personas vestidas de fiesta. Algunas mujeres se detenían junto a los arroyuelos, para lavarse los pies y ponerse los zapatos, que traían empaquetados o sujetos por los cordones.

.....

—¡Hala, niños!, ¡hala!; ¡a ver si encallamos en el arenal! — gritaba el timonel de un lanchón.

—¡Bah!, ya dimos fondo, ¡y hemos quedado tan lejos!

—Bueno, de algún modo habrá que desembarcar.

—¡Arremangarse, niños! . . . y bajar a chequear a las mujeres.

—¡No corcovées, niña! — dijo uno, al sentir que la hembra se encogía quisquillosa sobre su espalda.

Ríen todos . . . la mujer, ruborizada, lo abraza para afirmarse.

Entre risas y dichos, continúa el desembarco . . .

Empezaba el ajetreo en la iglesia y la casimita; iban llegando perniles ahumados, corderos, gallinas, patos, gansos y pavos, presente de los feligreses a don Genaro. Mujeres sudorosas conducían panzudos canastos de voqui o junquillo con las menestras para la comida de esa noche y el gran almuerzo del día siguiente; por todas partes había sacos de papas, urupas de harina, pipas y damajuanas. En esta rústica feria, el misticismo de los isleños confundía todo: succulentas comidas, ansias de borrachera y ansias de Dios . . .

La iglesia se abrió a las dos de la tarde: inmediatamente comenzó el desfile de los que iban a pagar mandas. A pedido de algunos feligreses, don Genaro rezaba responsos en memoria de los difuntos. Y en un rincón, las acompañantes daban los últimos retoques al arco, bajo el cual irían las Princesas del Cabildo, en la procesión.

Chalía Ojeda, una de las acompañantes, era la más interesada en la mejor presentación del arco, en cuya parte más alta resaltaban unos espejitos, sujetos con cintas de colores. Micaela Antúnez miraba este trabajo con indiferencia: "ella, que conocía, no solamente Ancud, sino también Puerto Montt, y que había estudiado en el Colegio de las monjas

Carmelitas, no debía alternar ya con esa gente; sólo por el hecho de que Pascual Carimonei, su novio, tomaba parte en la fiesta y era nada menos que el Primer Alcalde de aquel Cabildo, había aceptado ser acompañante" . . .

Terminados los responsos, don Genaro se dedicó a organizar la procesión; a una señal del patrón de la imagen, partió el cortejo cabildante hacia la Cruz Alta.

Encabezaba la procesión una banda de músicos, y don Genaro dirigía el responsorio de San Francisco, cantando en alta voz. De cuando en cuando, las salvas ahogaban el sonido de las campanas, que habían sido echadas a vuelo.

De regreso de la Cruz Alta, dieron tres vueltas alrededor de la iglesia, en memoria de las tres coronas de María Santísima. Los fieles entonaban himnos sagrados, cuyas melodías arrancaban los músicos penosamente a sus instrumentos. Después la procesión entró nuevamente a la iglesia.

Terminada esta ceremonia, los fieles se esparcieron por el pueblo; unos en busca de alojamiento y otros en dirección a sus lanchas o carpas, en las cuales pasarían la noche.

Tanto en la plazuela del pueblo como en la playa, se habían instalado fondas; en ellas se escuchaba el murmullo de las conversaciones, el ruido de las fritangas y el punteo de las guitarras . . . y en una que otra, un fonógrafo rasguñaba algún disco cuyano.

Más tarde fué llegando la alegría. Vertiginosa salía por los espiches de las pipas, se escapaba a borbotones de los golletes de las damajuanas y danzaba locamente entre las cuerdas de las vihuelas.

*
* *

Al primer canto del gallo, don Sixto abandonó el lecho y empezó a vestirse cuidadosamente. Varias veces perdió la paciencia y echó a los diablos aquella pechera blanca, tan almidonada, que doña Callolla había aplanchado con todo primor. Pero era necesario resignarse; después de todo, aquella prenda sólo se usaba una o dos veces al año y, por otra parte, ¡le daba un aspecto tan distinguido aquel endiablado pedazo de género! . . . Al fin salió el Supremo de casa de doña Callolla, donde se hospedaba para facilitar sus trajines relacionados con el Cabildo. Tieso como un maniquí atravesó la plazuela del pueblo, por la que ya transitaban numerosas personas; don Olegario Villarroel lo miró pasar con una sonrisa de lástima.

En el pórtico de la capilla conversaban seis hombres armados; eran los artilleros que, encabezados por don Ciriaco Oyarzún, taconeaban sus escopetas para dar las primeras salvas de saludo a San Francisco de Asís. Masticaban los papeles, los introducían en los cañones y, a un solo compás, dejaban caer las baquetas, aprensando con ahinco pólvora y papel. Don Ciriaco, experimentado en la materia, revisaba cuidadosamente las armas y daba algunas instrucciones:

—Taconeen fuerte, niños. ¡La primera salva debe ser la más estruendosa y uniforme! ¡Más fuerte esas baquetas! . . .

—¡Buenos días, don Ciriaco! — saludó súbitamente el preceptor.

—Buenos días, don Olegario!, ¿cómo está usted?

—Para servirlo, ¿y su familia?

—Regular, señor, ¡muchas gracias!

—¿Qué dicen los preparativos del Cabildo?

—Como ve, nosotros ya estamos listos . . . y, a propósito, llega usted muy a tiempo, don Olegario, porque nos va a sacar de una duda.

—Diga no más, ¿en qué puedo servirles?

—Resulta que doña Callolla nos ha entregado estos "Ecos de Lourdes" para los tacos. ¿No cometeremos un sacrilegio usando este papel?

—¿Y eso es lo que lo preocupa?

—¿Cómo no me ha de preocupar, señor preceptor! . . . Mire usted estas hojas: el Niño Jesús de Praga, el Cristo de Limpias, la Virgen del Carmelo . . . ¿y cree que es posible mascar estas estampas, llenarlas de escupos y todavía taconearlas con la baqueta? . . . ¡No se en qué estaría pensando esta señora cuando nos envió el papel!

—¡Vaya!, yo me acabo de echar a la boca a Santa Teresita del Niño Jesús — manifestó uno de los tiradores.

—¿Ve, don Olegario?, ¿qué hacemos ahora? ¡Por Dios!

—Mire, don Ciriaco, estimo que el usar ese papel no es ningún sacrilegio; verdad que no parece adecuado, pero recuerde que las estampas religiosas, las medallas y los escapularios no tienen otro objeto que acercarnos a Dios, son los medios de que disponemos para no olvidarnos de El. Además en el papel sólo están las imágenes y no los santos, y hay que tomar en cuenta que sin ese taco la escopeta no produciría estampido y, en este caso, el estampido es el que lleva las almas de los feligreses hasta Dios . . .

Iba a continuar el preceptor, pero fué interrumpido por la banda de músicos, que apareció acompañando al Supremo.

—¡Que Dios nos perdone!, ¡carguemos no más, muchachos! — ordenó don Ciriaco y, volviéndose:

—¡Usté se equivocó de profesión, don Olegario! ¿Por qué no se hizo sacerdote, mejor?

El preceptor no alcanzó a contestar porque el cortejo llegó frente a ellos.

Inmediatamente detrás de la banda marchaba don Sixto, llevando con arrogancia el estandarte de San Francisco de Asís.

Los artilleros tomaron apostura militar, encendieron las mechas de sus escopetas, y el estampido retumbó en el espacio. Por algunos minutos, los tiradores desaparecieron entre el humo de la pólvora, luego formaron tras el Cabildo.

Don Olegario contempló con amargura el paso del cortejo y regresó lentamente a su casa.

.....

—¡Sacerdote, yo!, ¿de dónde sacaría eso don Ciriaco? — se decía don Olegario, recorriendo a grandes zancadas su habitación. Bueno, varias personas me han manifestado ya lo mismo, y sólo ahora se me ocurre pensar en ello. Pero, ¡es absurdo!, no cabe duda que lo es. La enseñanza religiosa parte de la verdad y, por cualquier camino que tome, tiene que llegar a ella; de su verdad nadie puede extraviarse, y si alguien lo hace, comete un sacrilegio, sacrilegio que Dios difícilmente perdona; en cambio mi enseñanza, parte de la duda, camina por la duda, y siempre va dejando la duda; yo busco la verdad y dejo la desesperanza, la inseguridad, la intranquilidad, que es lo único capaz de empujar al hombre hacia su propia búsqueda . . .

Olegario Villarroel estaba en vena de seguir estas consideraciones, pero su mujer lo sacó brusca-mente de ellas:

—Mira, Olegario, toda la gente entró ya a la iglesia y nosotros todavía estamos lo más tranquilos en casa.

—Bueno, mujer, ya voy; por otra parte, creo que hago poca falta ahí.

—El Supremo te invitó personalmente para todos los actos y sería un desaire no asistir.

—Bueno, vamos.

.....

La misa terminó cerca de las once de la mañana y las campanas fueron echadas nuevamente a vuelo, para avisar a los fieles que luego partiría la procesión solemne.

Juan de Dios Triviño, patrón de la imagen, ayudado por cuatro devotos, tomó las andas de San Francisco. Detrás se formó el Cabildo con toda su corte y, a continuación, el párroco, rodeado de monaguillos, y los fiscales de las capillas vecinas. Otras andas y el grueso del público cerraban la procesión.

Todos los habitantes de Quicaví iban allí, y todas las casas estaban cerradas. Sólo la cantina de doña Chabela Díaz permanecía abierta; dentro de ella, algunos mozos bebían despreocupados. Muchas devotas contuvieron el aliento al divisar aquel puñado de infieles que no respetaba tan solemne acto, y la sorpresa subió de grado cuando descubrieron en el grupo a Pascual Carimonei, Primer Alcalde del Cabildo.

—¿Y cómo es que a ese muchachó no lo han borrado de la planilla, comadre Callolla?; si desde

que volvió de Punta Arenas no cree ni en María Santísima — dijo una de las Hijas de María.

—El no ha querido borrarse y dice que va a sacar su Supremía el año que le toque, ¡el muy bribón!

—Lo hace por bellaquear, comadrita. Si estuviera comprendida en el Cabildo, a ninguno de esos mozos que vuelven de Punta Arenas lo admitiría.

—Todos no son iguales, comadre — contestó doña Callolla. — Algunos son mejores que los que no se han movido de aquí. Ahí tiene a Patricio Coñocar; mírelo como lleva una punta del estandar-te, al lado de don Sixto.

—¡Catay!, ¡ese es otro que bien baila! Va tan caribajito porque tiene al lado a Sofía Ampuero.

—Así será — contestó doña Callolla, disgustada.

Habían llegado a la Cruz Alta, y el sonido de una campanilla indicó que se iba a impartir la bendición. Entre la multitud de cabezas inclinadas, se destacaban los respingados moños de las acompañantes, sujetos con laboreadas horquillas y peinetas.

.....

Quando las andas de San Francisco de Asís llegaron al pórtico de la iglesia, los cargadores volvieron la imagen hacia el público; se acercaron dos monaguillos provistos de banderas y, a una señal de Juan de Dios Triviño, empezaron a agitarlas ceremoniosamente a ras del suelo. Los feligreses contemplaban devotamente, entonando los últimos versos del himno:

—“Vuestro nacimiento santo
causó en Dios tanta alegría,
tanto al mundo de contento
como al infierno de espanto
y pues el cielo, por tanto,
con un pesebre os convida.

—Dadnos, Francisco, la mano
para imitar vuestra vida”.

Don Ciriaco ordenó siete descargas seguidas, para cerrar la ceremonia.

Antes de echarse a la boca el último taco de papel, Cirilo Pérez se quedó mirando la hoja, sorprendido; era una estampa de San Francisco de Asís. Estuvo indeciso, pero recordó los argumentos del preceptor y masticó apresuradamente.

Cuando los artilleros estuvieron listos, don Ciriaco ordenó la descarga. El estampido lúgubre y siniestro lo sobrecogió.

—¡Diantre! ¡Carajo! ¡Puchas! — exclamó Cirilo Pérez, retorciéndose de dolor.

—¿Qué le ha pasado, hombre?, ¡por Dios!, ¿se lastimó? — preguntaba don Ciriaco, acercándose.

—¡Nó, si no es nada! — decía Cirilo a sus compañeros, que lo rodeaban llenos de curiosidad.

—¿Qué ha pasado por aquí? — preguntó don Olegario, abriéndose paso entre la gente que rodeaba al grupo de tiradores.

—Cirilo está herido — contestó uno.

—No es nada, don Olegario.

—Sí, siempre no es nada para tí... Ya ve lo que ha pasado por seguir sus consejos, don Olegario — dijo don Ciriaco.

—Tenía idea que algo iba a suceder en esta descarga, ¡si hasta a San Francisco lo metí en el taco!

—¿No ves, Cirilo?; es un castigo de Dios, ¡patentito! — exclamó don Ciriaco.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa?

—Ha ocurrido una desgracia, don Genaro . . .

Apenas el cura se enteró de lo que había pasado, se arrodilló y se puso a rezar. Después de algunos minutos se levantó y, dirigiéndose a los fieles, dijo:

—Esto no es castigo de Dios, hijos míos; es un milagro de San Francisco de Asís . . . ¡Y han de reventar así todas las escopetas del mundo que quieran profanar la memoria de los santos!

Los que escuchaban se arrodillaron y rezaron fervorosamente, para desagraviar a San Francisco.

Don Genaro, satisfecho del efecto que habían producido sus palabras, se dirigió a la casimita, donde lo esperaba el Cabildo para el almuerzo que se ofrecía en su honor.

*
* * *

Don Sixto, como Supremo de la fiesta, debía iniciar el baile en casa de doña Callolla. Apenas empezó el rasgueo de las guitarras, se levantó y ofreció el brazo a Chalia Ojeda.

Entre el palmoteo de la cueca se escuchaban los versos:

“Una niña en la playa
me dió un chorito,
me dijo que era bueno
pero asadito . . .
pero asadito, ¡ay sí!
¡ayayay, chica tan diabla!
me dió un chorito fresco

La cueca y los bailes se repetían en las fondas y en las casas de Quicaví. La chicha y el vino piño exaltaban los ánimos, despertando el deseo y avivando el recuerdo.

La fonda más animada era la de Sofía Ampuero; allí se sucedían los bailes sin interrupción, y mozos y mozas exteriorizaban bulliciosamente su alegría. De casa de doña Callolla habían llegado los cabildantes, y hasta don Genaro le hizo su visita.

Epifanio Bahamonde, después de recorrer casi todas las fondas, se encaminó a la de Sofía. Había bebido bastante y el licor lo hacía entonar canciones picarescas. Lo seguía un grupo de curiosos, que lo rodeó al llegar a la fonda; el muchacho no se preocupaba de ellos y, en cuanto afinó su guitarra, cantó:

—De mi casa yo he salido,
he salido dando vueltas,
por no cantar en la esquina,
vengo a cantar en la puerta.

Pascual Carimonei contestó, de adentro:

—¿Quién es ese que anda afuera
que no entra por adentro,
a contar sus soledades
y a llorar su sentimiento?

Epifanio afinó la voz:

—Abre tu puerta compadre,
abre por amor a Dios.
Traigo una mujer de peligro,
¡de peligro está por Dios!

Carimonei, demostrando admiración, punteó la vihuela débilmente y dijo:

—¡Sálveme, Santa María!
¡Sálveme, Santa San Gil!
Este es un hombre de lejos,
que aquí le vengo a servir.

Epifanio, fingiendo enojo e impaciencia, engruesa la voz y, entrando a la fonda, entona:

—Abre tu puerta compadre,
haz que suene la tranquila,
para que entre mi gente
a bailar la seguidilla.

Ríe el grupo que rodeaba a Epifanio, y después de un momento, escucha su voz, acompañada de dos guitarras:

—“¡Ay! la sirilla me pides,
¡Ay! la sirilla me das
Si son unas amarillas,
Otras verdes serán”.

“¡Ay! la sirilla me pides,
¡Ay! la sirilla me das” . . . continúan los
acordes que los bailarines remedan con el zapato . . .

—“Relín tirano
como paso el invierno
paso el verano”.

. . . Toda la noche duró la fiesta y la alegría.

*

* *

Apenas amaneció las embarcaciones comenzaron a salir de Quicaví.

Abrazos, agitar de pañuelos, risas y promesas se repetían a medida que los lanchones se alejaban de la playa, apretujados de gente trasnochada.

Quicaví se quedó triste; con sus caminos y callejones abandonados y cubiertos de desperdicios. El cansancio cayó sobre sus habitantes, y del sobrado de las casas salió el silencio, con sus zapatos de lana.

IV

EL SERMON DE DON GENARO

El Domingo siguiente a la fiesta del Cabildo, doña Callolla Ojeda y don Sixto Bahamonde salían juntos de la iglesia, cuando repentinamente se les acercó Sofía Ampuero.

—¿Cómo está, doña Callolla? — saludó, mirándolos maliciosamente.

—Bien, Sofía, lo más bien. ¡Gracias!

—¡Así se ve! — dijo Sofía, entre dientes; luego en voz alta:

—¡Me alegro que esté bien! — y, haciendo un desprecio, se alejó.

Don Sixto observó disimuladamente los con-
toneos de Sofía.

Apesadumbrada caminó doña Callolla hasta su casa; inútilmente trataba don Sixto de distraerla.

.....

Sentado en el sofá del salón, don Sixto Bahamonde contemplaba a la dueña de casa, que regaba las plantas del pasadizo. Ella miraba de vez en cuando hacia el salón y observaba la figura del hombre, que aun mantenía su apostura juvenil, realizada aquella tarde por la indumentaria dominiguera.

Don Sixto se dió cuenta de esto y, acercándose a ella, fingió tristeza y dejó escapar varios suspiros, que salieron envueltos en pena, perseguidos por la palabra:

—Callolla, hace tiempo que abrigó el deseo de conversar con usted acerca de mi vida solitaria y sin rumbo; pero hasta ahora no me había atrevido, seguramente porque aún me acompañaban los recuerdos de la finá; esos recuerdos ya se han alejado completamente de mi memoria. Estos días que he pasado en su casa me afirman en la idea de lo que voy a decirle.

—Me preocupa usted, don Sixto; por favor, diga de qué se trata.

—Callolla, es usted la mujer indicada, ¡la única que puede llenar mi vida!

—¿Yo, don Sixto?, ¿pero es posible que usted haya pensado en mí? ¡No puede ser! . . . una mujer de mi edad, ¡cuando hay tantas mujeres jóvenes que lo aceptarían gustosas!

—Nó, Callolla, usted es la única persona que puede hacer llevadera mi vida; yo soy un hombre que ha pasado por todo, le advierto que lo he pensado mucho y he llegado siempre a esta conclusión. ¿Qué haría yo con una mujer joven?; en cambio usted, una señora de respeto, llenaría mi casa con su sola presencia, y así la veo en mi pensamiento y en mis sueños.

—No puede ser, don Sixto, no debe pensar en mí, porque yo no puedo ser otra cosa que su amiga. Además yo creo que nunca podré vivir con nadie, me he acostumbrado tanto a vivir sola; me sería imposible aceptar en mi vida otros deseos que no sean los míos.

Entraron al salón, el arrebol pintaba su último reflejo en la ventana y, sentada junto a ella, doña Callolla lloró en silencio . . . A don Sixto no lo preocupó su llanto, pero se había quedado triste con tan inesperada negativa.

—Que ella no se entere de esto — dijo doña Callolla, al sentir los pasos de Chalía.

—¡Qué oscuro está aquí, tía Callolla!

—Me duele un poco la cabeza y no había querido encender la luz; si quieres puedes traer ahora la lámpara.

—Bueno, tía, ya la traigo.

En cuanto la muchacha se alejó, doña Callolla volvió a hablar:

—Siento mucho, don Sixto, no poder aceptar su ofrecimiento; algún día sabrá por qué . . .

Chalía la interrumpió:

—El tubo está trizado, tía Callolla.

—¡Tánto que te he dicho que no saques la horquilla que le tengo colocada!

—¡Si no se la he sacado, tía!, ¿que no ve que está ahí?

—¡Ah!, ¿entonces, por qué se quebraría?

—Quizás lo habrán golpeado . . .

—Bueno, ya está quebrado. ¡Qué le vamos a hacer!

Golpearon y Chalía corrió a abrir.

—¡Es Epifanio, tía! — gritó desde la puerta.

—Que entre.

—¿A qué vendrá este muchacho? — se preguntó don Sixto, molesto.

—Vengo de parte de don Genaro; manda decir que no vendrá hoy; parece que se encuentra un poco enfermo porque temprano me mandó en busca de la machi Naoneres.

—¿Si?

—Sí, doña Callolla, y me dijo que tal vez tendría que acompañarlo a Ancud uno de estos días; seguramente que la machi le recomendó que viera a Sartores.

Doña Callolla se angustió, un escalofrío recorrió su cuerpo; nadie se dió cuenta de ello, sin embargo, se abochornó como si hubiera sido sorprendida.

Epifanio se retiró, y ella lo acompañó hasta la puerta para disimular su turbación.

*

* *

Don Sixto se acostó muy tarde aquella noche; la contestación negativa de doña Callolla lo tenía sumamente preocupado y triste. Se estaba quedando dormido cuando sintió que alguien se deslizaba por el pasadizo, saltó de la cama y se asomó, justamente en el momento en que entraban a la pieza de doña Callolla . . . Se acercó en puntillas y se quedó pegado a la puerta, escuchando:

—¡Qué hermoso estuvo el sermón de hoy! — hablaba doña Callolla, en voz baja.

—¡Gracias por la lisonja! — contestó una voz de hombre, que no era desconocida de don Sixto. Luego la conversación bajó de tono, y ya no pudo escuchar más.

Volvió a su pieza arrastrando los pies y se acostó lentamente, tratando de desechar la dolidá presunción que lo asaltaba . . . y se durmió sin rezar sus oraciones de costumbre.

Al día siguiente, don Sixto trató de recordar los detalles de lo sucedido, en la noche, pero cierta neblina le obscurecía la mente y no podía coordinar bien sus pensamientos; en realidad no estaba preparado para aquella sorpresa. De todas maneras, tomó la resolución de no permanecer un día más en esa casa.

—¿Se va, don Sixto? — preguntó doña Callolla, al ver que éste ensillaba su caballo.

—Sí, Callolla, tengo que ver mis siembras; ya llevo muchos días sin ocuparme de ellas. Ayer no tuve ocasión de avisarle, perdóneme.

—No tome como un desaire mi contestación de anoche, don Sixto.

—Nó, Callolla, si yo comprendo; y ahora comprendo mejor.

—Ya está preparado el desayuno, tía — gritó Chalía desde la cocina.

—¿Se servirá una taza de café, don Sixto?

—Bueno, Callolla, ¡gracias!

Pasaron al comedor, y cada uno sorbía la bebida caliente, sumido en sus propios pensamientos.

—Los muchachos deben estar con hambre, Chalía. ¿Pusiste las cuchipoñes a cocer? — dijo repentinamente doña Callolla.

—Sí, tía, hace rato, ya que están hirviendo.

Salió Chalía del comedor, mirando halagada a don Sixto, que la contemplaba de reojo. Doña Callolla captó esta mirada y, de inmediato, se apoderó de ella una idea; apoyó la cabeza en las ma-

nos y se quedó pensativa. Don Sixto la observaba con curiosidad . . .

—¿Cómo dice, don Sixto?

—No he dicho nada, Callolla; pero si es por decir algo, diría que Chalía está hecha ya una mujer . . . ¡y qué guapa!

—Así es, justamente pensaba en eso. Se me ha puesto una idea, pero no vale la pena; a lo mejor es una locura. En fin . . . no se . . .

—Diga no más, Callolla, no melindrée conmigo.

—Sí, claro que podría ser, me parece . . . — habló, más para sí que para don Sixto.

—¿Qué quiere decir usted? — preguntó él, intrigado.

—Sí, Chalía es una muchacha tranquila, trabajadora y buena . . . y usted todavía está joven.

—¡Pero, Callolla!, créame que no entiendo nada.

—Ya entenderá; estaba pensando que Chalía sería de su agrado y conveniencia.

—Comprendo, Callolla, pero vea usted, Chalía es demasiado joven, casi una niña . . . en fin, eso lo dirá el destino.

—Después de todo, don Sixto, no me parece difícil que sea como lo he pensado.

—Bueno, Callolla, ya veremos; ahora me voy porque se me hace tarde.

—¡A ver, Chalía! — gritó doña Callolla, mientras acompañaba a don Sixto por el pasadizo.

Apareció Chalía, traía rojas las mejillas y le lagrimeaban los ojos.

—¿Qué te pasa, niña?

—¡Nada, tía!, es que estaba soplando el fuego, y esos canelos son tan humeadores.

—Te llamaba para que te despidieras de don Sixto.

—Sí, **Chalía**, no me quería ir sin despedirme de usted.

—¡Ah!, ¡que le vaya bien, don Sixto!

—Gracias, **Chalía**. ¡Adiós!

—¡Adiós! — contestó la muchacha y se volvió a la cocina.

Doña **Callolla** acompañó a don Sixto hasta el patio.

—Piénselo bien, don Sixto; para mí sería un gran honor . . . y para ella también. Esta muchacha no tiene a nadie fuera de mí, y comprendo que no seré de larga vida.

—No diga eso, usted todavía es joven.

—Así parece, pero la enfermedad del corazón nunca me ha dejado de molestar; es herencia, mi mamá, que en paz descanse, sufría también de este mal, y fué el que se la llevó.

—¡Ojalá que nunca llegue ese día, **Callolla**!

—¡Gracias, Sixto! Ahora, apúrese, que la marea crece y luego se pondrá peligroso el vado.

—Bueno, ¡adiós entonces!

Don Sixto se alejó, y cruzó la plazuela del pueblo perseguido por el bullicio de unos gansos.

DOÑA CALLOLLA ASEGURA ALOJAMIENTO PARA SU CADAVER

—¿Qué te parece, Elisa? . . .

—A mí me parece que convendría; el terreno no es chico, y ya es tiempo de que pensemos en tener algo nuestro.

—Bueno, trataré de conversar nuevamente con don Sixto sobre el asunto, a ver si llegamos a un acuerdo definitivo — y Olegario Villarroel se paseaba a largos trancos, con las manos atrás, planeando la compra del predio.

El terreno en cuestión le convenía, no sólo por la utilidad inmediata que de él obtendría, sembrándolo, sino por la inversión que haría y que, a la postre, vendría a ser un ahorro efectivo.

Ese mismo día el preceptor encontró, como de costumbre, a don Sixto en casa de doña Callolla;

lo vió de muy buen humor y creyó llegada la oportunidad de proponerle el negocio . . .

—A pesar de no convenirme, lo haré por ser usted; se que de él sacaré mucho provecho, sobre todo si lo siembra pronto.

—Es lo que hemos pensado hacer, don Sixto, y como usted viene a menudo al pueblo, un día de éstos lo encontrará sembrado.

—Pero piense bien, señor preceptor; fíjese que usted tiene un sueldo de ciento cincuenta pesos no más y le será muy difícil abonarme cincuenta mensuales. Yo me conformo con que me dé veinticinco; me doy cuenta de lo que son siete hijos, y las privaciones que tendrían que pasar para abonar una cuota más subida.

—Tiene razón, don Sixto, pero yo quisiera quedar luego libre de este compromiso; por lo demás he conseguido algunas mercaderías a crédito, en el despacho de don Benedicto Antúnez.

—¿Que le fió don Benedicto?

—Sí, don Sixto.

—Ha andado con mucha suerte, don Olegario, Antúnez es de esos que no le fían un cigarrillo ni a San Antonio. Por lo demás, tenga la seguridad de que esas tierras le responderán y hágase cargo de ellas cuando guste.

—¡Gracias, don Sixto!, era la contestación que yo esperaba de usted. Esta compra me significa un gran sacrificio, pero al fin podré sembrar en lo propio y no me sucederá como otros años. Usted sabe que siempre he tenido que sembrar en terrenos distintos; algunos propietarios apenas me dejaban cosechar; en cuanto tenía limpio y arreglado el suelo, me lo quitaban. Todos los años me sucedía lo mismo, y los beneficiados eran siempre los propie-

tarios, que se quedaban con las limpias y el terreno preparado.

—A usted le pasaba lo mismo que me sucede a mí, señor preceptor — dijo don Genaro, que había escuchado el trato de la compraventa.

—¿Por qué dice eso, don Genaro?

—¡Claro!, usted ha preparado siembras para otros, poniendo todo su interés en ello e incluso innovando los métodos, y aun no ha cosechado para usted lo que debiera.

—¿Y usted, señor cura?

—Yo, don Olegario, pongo el mismo interés en lograr el perdón de las almas; tengo la certidumbre de que lo he conseguido para muchas y, sin embargo, nada se aún de mi perdón.

—Parece que usted se conoce mejor de lo que me había imaginado, señor cura, y eso aumenta mis respetos para el hombre; así se podría perdonar hasta su error premeditado.

—¿Mi error dice, don Olegario?

—Sí, para mí aquellas personas que pasan la vida predicando lo que su propia razón no les permite aceptar, necesitan ser perdonadas.

—Este es un asunto delicado, señor preceptor.

—Para usted, es delicado todo lo que tiene que ver con la razón. ¿No es así?

—A mí me da lo mismo; se que hay razones, que sin serlas, determinan un actuar que, en muchos casos, se hace perseverante, logrando así existir como razón indiscutida.

—Me parece, señor cura, que está diciendo una gran verdad; estaría de acuerdo con usted, siempre que esa razón existente sea mantenida por ignorancia de su falsedad, y no por falsa ignorancia.

—No entiendo lo que me quiere decir, don Olegario; mis años no me permiten argumentar con la facilidad con que usted lo hace.

—He ahí una humildad agresiva, ¿ve usted, don Genaro? Es eso lo que no comprendo, esa humildad con coraza y espada; tras ella se agrupará siempre un ejército de imbéciles, que la concebirá pura, alba, buena, misericordiosa . . .

—¡Siempre llegamos a este mismo punto, señor preceptor!

—Así es, don Genaro; pero ahora he llegado a ello sin que tenga refutación.

Don Genaro no contestó, clavó su mirada en el infinito, tratando de hilvanar una contestación categórica.

Don Sixto, a pesar de ocultar el interés que tenía en la venta del predio, aprovechó esta pausa para hablar del negocio.

—Entonces quedamos convenidos así, don Olegario.

—Sí, don Sixto, si usted no tiene inconveniente podemos redactar la escritura de compraventa mañana mismo.

—¡Muy bien!

Doña Callolla entró al salón, en el momento que don Olegario se retiraba.

—Ustedes perdonarán, pero hay tanto que hacer en una casa, que muchas veces una tiene que pasar por desatenta.

—No se preocupe, señora, somos nosotros los que nos hemos tomado la libertad de quedarnos aquí hasta tan tarde — contestó don Genaro.

—¡Claro, pues! . . . — nada más alcanzó a decir don Sixto, porque en ese momento doña Callolla,

poniéndose la mano sobre el corazón, dejó escapar un gemido y cayó sobre el sofá.

Enterada de lo ocurrido, Chalía corrió a la sala, llevando un vaso de agua.

—¡Quién se iba a imaginar esto, don Sixto!

—¡Tan bien que estaba la Callolla; jamás la oía quejarse!

—Así sucede siempre, casi podría decirse que la quejumbre es una medicina; he visto a tanta gente gemir día a día, y pasan años sin enfermarse.

—Tiene razón, don Genaro . . .

—Estas enfermedades del corazón son muy delicadas — comentó la machi Naoneres, que recién había llegado, llamada oportunamente por Chalía.

—Estas méicas, siempre andan asustando a la gente que tiene algún enfermo, y total para nada sirven; nunca sacan de apuro, ¿no es así, don Genaro?

—Mire, don Sixto, no hay que desconfiar, la Peocha tiene muy buenos aciertos; claro es que con doña Encaña nada pudo hacer, pero ¡qué quiere!, su enfermedad ya no tenía remedio.

Chalía corría de un lado a otro, ayudando a la machi.

*

* *

—“¡Me gusta tanto el pueblo de Castro, padre!, es tan bonito!, lo prefiero a cualquier otro pueblo o lugar de la tierra, y siempre que he podido salir he ido allá. ¡Qué bonita es la bahía!, ¡sus aguas son tan tranquilas y verdes! . . . ¿Se ha dado cuenta usted de que el mar no se agita nunca ahí?, sus olas pequeñas parecen peinar los sargazales . . . ¡ahí sí que ha puesto la mano Dios!” . . .

11.—Huipampa, tierra de sonámbulos.

Grandes gotas de sudor inundaron la frente blanca y ancha de doña Callolla, cogió la mano del sacerdote y se sentó bruscamente.

—No crea que estoy loca por lo que acabo de decir, señor cura; todo lo que he dicho es para que usted comprenda la razón de lo que voy a solicitarle. He pensado muchas veces a quién podría pedir este servicio, y veo que usted es el único que puede hacérmelo.

—Diga no más, Callolla, ya sabe que estoy para servirla.

—Mi gran deseo es que me entierren en Castro; ahí donde descansan ellos . . .

—Pero, no veo por qué piensa tan prematuramente en eso.

—Es que yo sé cómo me siento y quisiera tener la seguridad de que se cumplirá mi deseo.

—Bueno, Callolla, puede estar tranquila, ¡le aseguro que se hará como usted lo desea!

—¡Gracias, don Genaro, gracias! ¡Hice bien en pensar en usted!

*

* *

—Ya está todo preparado — dijo Epifanio, llamando a la puerta de la casimita.

—¡Voy, hombre! — contestó el padre Chacón. Sin embargo, demoró bastante y, cuando ya iba saliendo, apareció don Sixto.

—Lo esperaba — dijo el sacerdote al verlo. Pase no más, que aun es temprano.

Entró don Sixto a la casimita. Epifanio se acercó a la puerta y trató de escuchar la conversación . .

—“De Dalcahue lo mandaré a Ancud y yo seguiré a Castro por el camino del Astillero.

—¡Ah! Bien, don Genaro.

—En cuanto arregle el asunto de doña Callolla, hablaré con don Rosendo Maldonado sobre la hipoteca de sus tierras; creo que puede estar tranquilo al respecto, porque no me vendré sin conseguir, por lo menos, un nuevo plazo.

—Le quedaré tan agradecido . . . ¡Que Dios lo acompañe, don Genaro!

—¡Gracias, don Sixto! . . .”

Recién salía el sol, cuando don Genaro y Epifanio partieron de Quicaví. El Coché Omingo avanzaba con la cabeza levantada, sacudiéndola de trecho en trecho y agitando la cola. Epifanio iba detrás; una tristeza amarga y sin motivo apretaba su garganta. Don Genaro también demostraba tristeza. De cuando en cuando, el mampato de Epifanio agachaba la cabeza y olfateaba el suelo . . .

—¡El diablo está peliando con su mujer! . . .

—¡Por qué, Epifanio?

—¡No ve que está lloviendo con sol?

—¡Verdad, hombre!, no me había dado cuenta.

Gruesos goterones caían sobre los viajeros; caminaban sobre sus mantas como abejas transparentes y luego se despanzurraban contra el suelo.

—¡Alojaremos en Dalcahue? — preguntó Epifanio.

—Sí; tú te quedarás donde doña Coiña y yo iré a casa del párroco. Me esperarás en Dalcahue hasta que regrese de Castro, porque es mejor que vayas a Ancud en el Coché Omingo.

Epifanio se alegró de la proposición, estaba acostumbrado a montar el Coché Omingo, y para él no había bestia como esa.

Ya no llovía y el sol comenzaba a ocultarse, Epifanio detuvo su mampato y observó los matorrales; de entre ellos salió una vaca, detrás caminaba despreocupada una muchacha.

—¡Adiós, Leonila! — gritó don Genaro, al verla.

—¡Adiós, padrecito! — contestó la muchacha.

—Esta chica es hija de Coiña, en cuya casa alojarás.

—¡Ah!, ¿ésta es la chica que tiene don Evaristo? Sofía siempre se acordaba de ella.

.....

Estaba casi oscuro cuando llegaron a Dalcahue. Delgada caía ahora la llovizna, y de las ancas de las bestias levantábase un vaho sofocante.

Tal como habían dispuesto, don Genaro alojó en la casa Parroquial y Epifanio, en casa de doña Coiña, la viuda del farolero. Y al día siguiente, don Genaro siguió viaje a Castro.

VI

¡COMA MUCHO, SEÑOR CURA! . . .

Jesús María Carimonei llegó muy temprano a casa de don Olegario. Llevaba las lumas limpias y afiladas; listas para la faena del barbecho.

El preceptor lo esperaba ya; estaba impaciente por sembrar su terreno, y quería aprovechar el cuarto menguante.

Jesús María tenía reputación de buen lumero, en verdad conocía el oficio. Con el pellejo de cordero atado a la cintura y las lumas al hombro, se dirigió al rastrojo, acompañado de don Olegario.

Defectuosamente rectos fueron quedando los camellones que Carimonei araba. Jesús María enterraba las lumas con brío, y cada vez su vientre las empujaba con mayor fuerza; el preceptor levantaba las puntas valiéndose de un madero curvo, volcando así las champas que ellas arrancaban . . . y la

tierra, negra y húmeda, iba quedando expuesta a la lluvia y a los rayos del sol.

—No parecía tan duro y achampado el terreno.

—Eso creía yo también, Carimonei; pero ayer, cuando vine a picar, me di cuenta que la champa era gruesa.

—Tiene bastante guano, ¿no?

—¡Claro que tiene!, a este solo retazo le he echado más de diez carretadas de lamilla.

—Entonces la papa va a granar que es un gusto; el lamillado es lo mejor para la huichuña . . .

Sobre las champas, nudos de lombrices se revolcaban desesperados; los tiuques chillones saltaban de un camellón a otro, engulléndolas con glotonería.

—Parece don Genaro ese que viene allá, ¿no?

—Sí, es él; con don Sixto Bahamonde. Ayer le avisé que hoy iniciaría la siembra de papas, y deben venir a verla.

—Creía que el señor cura no regresaba todavía de Castro.

—Hace días que llegó; el que no ha vuelto aún es Epifanio . . .

—¿Qué dice la siembra, señor preceptor?

—Espero que resulte bien, don Genaro.

—Trabajada por Carimonei, no tiene por qué salir mal.

—¡Gracias, señor cura! — dijo el aludido.

—Hemos venido a verlo, don Olegario, y a la vez a conversar con Jesús María.

—Abí lo tienen ustedes; lo único que les pido es que no me lo vayan a conquistar ahora.

—Nó, don Olegario, ¿cómo puede imaginarse tal cosa? Antes de hablar con él quisiera saber cuánto

tiempo más lo ocupará usted, pues quiero contratarlo para un viaje.

—Me parecé que para fin de semana estará desocupado, don Sixto.

—Si es así, puedo ocuparlo la semana próxima —dijo don Sixto, y dirigiéndose a Carimonei:

—¿Estarías dispuesto a acompañarme en un viaje?

—Como siempre, don Sixto, ¡con todo gusto!
¿Y a dónde iremos?

—A Imeldeb.

—¿Va a Imeldeb, don Sixto?

—Sí, señor preceptor, ¿le extraña?

—No es que me extrañe, pero, a esa isla se va con un solo objeto, y supongo que usted no irá a lo mismo.

—Sí, a eso voy, y tengo entendido que nos irá bien; tenemos nuestros planes muy bien tirados y el viaje está resuelto, sólo nos faltaba un hombre y ya tengo a Jesús María.

El preceptor se quedó mirando a don Sixto y dejó escapar una sonrisa.

—Se que usted no cree en eso, señor preceptor, sin embargo, el señor cura no piensa igual.

—Sí, está bien, porque para él existen las posibilidades del milagro; así podría suceder que este primerizo de huichuñas produjera chalotas.

—Puede pensar lo que guste, señor preceptor; pero de todos modos iremos a Imeldeb en busca del entierro.

—¿En la goleta de Triviño?

—Sí, don Olegario, él también me acompaña.

—Bueno, haga como le parezca, pero no lo encuentre nada razonable.

—Cada cual tiene sus razones, don Olegario —manifestó don Genaro, acercándose más a ellos.

—Sí, señor cura, se que cada cual tiene su cordura, y se también que la suya es la más práctica: dejar hacer todo aquello que redunde en arrepentimiento.

—¡Usted me ofende!

—Puede ser, pero me fundo en hechos, señor cura. Lo he visto vender sal bendita para cargar escopetas, que la gente utiliza para disparar a los brujos; sus clientes están convencidos de la eficacia de la mercadería y, dígame, ¿usted también está convencido?

—Bueno, eso ya es otra cosa, don Olegario . . .

—Es lo mismo, señor cura; que usted estime las cosas y los hechos según su propia conveniencia, ¡eso es harina de otro costal! Y sepa usted, don Sixto, que en Imeldeb no hay tales entierros, y que esto lo sabe don Genaro mejor que yo.

— . . . ¿Qué le parece lo pícaros que son estos tiuques, don Olegario? — dijo don Genaro, indicando uno de ellos, en cuyo pico se retorció una lombriz.

—No me llama la atención; los hombres hacemos lo mismo y eso que estamos dotados para la compasión y la conmiseración, que, después de todo, no son otra cosa que un bagaje de hipocresía.

—¡Se referirá a algunos hombres!

—Nó, hablaba en general; todos, cual más, cual menos, nos capacitamos precisamente para arrebatarse; y, a mayor crueldad, mayor es el provecho . . . Después de todo hay que comer bien, y el que lo consigue tiene ganado el Cielo.

—Le advierto, señor preceptor, que yo no como mal y estoy lejos de tener esa seguridad.

—Pero eso no quita que lo que he dicho se ajuste a la más estricta lógica. Sostengo que para estar

cerca de las almas es necesario comer bien y, más aún, soy un convencido de que es la única manera de poder acercarse a ellas y, a la vez, de tener un buen corazón.

—Explíquese, señor preceptor, usted se enreda.

—Me parece que nó; es claro que es necesario decir las cosas con sencillez, como es muy claro también que los facinerosos, los ladrones, los criminales, los desalmados son, por lo general, hambrientos . . . pues entonces, ¡coma mucho, señor cura!, coma mucho, coma mucho . . . así estará con el mundo, pero . . . ¡que Dios lo perdone!

Don Sixto, que conversaba con Carimonei, preguntó en ese momento:

—¿De qué se habla?

—Filosofía . . . filosofía — contestó don Genaro, un tanto impaciente.

—Ya está todo arreglado para el viaje, señor cura, podemos regresar al pueblo, si usted quiere.

—Bueno, Sixto.

—¡Ah!, mire, don Olegario, quería pedirle que me adelantara una de las cuotas del terreno para la semana próxima, si le fuera posible.

—¡Cómo no, don Sixto!, puedo hacerlo, pues tengo algunos cobres por ahí.

—Bien; entonces mañana pasaré por su casa.

—Cuando guste.

—Será hasta mañana.

—Hasta mañana — contestó don Olegario.

Después que se fueron, el preceptor volvió al lado de Jesús María; a pesar de que la labor se hacía cada vez más pesada, trabajaron con ahinco hasta que estuvo completamente obscuro.

VII

LA BEATA JULIA

Doña Juliana Ojeda nunca tuvo otra preocupación que la pasión religiosa, desde que don Fidel Garay llegó a Ancud se entregaba más a ella, y por nada en el mundo habría dejado de asistir a alguna de las misas que él oficiaba. Naturalmente que en esto influía la conducta del sacerdote; éste la fué a saludar a su llegada y luego, en continuas visitas, llegó a ganar la confianza de esta mujer, que siempre había vivido aislada.

Una tarde, el padre Fidel llegó cojeando a casa de doña Juliana.

—¿Qué le pasa, padre? — preguntó asombrada — ¡En la mañana usted estaba bien!

—¡El frío, el frío, señora!; por lo demás, no es para alarmarse — contestó don Fidel, molesto. He venido a pedirle un favor más.

—Lo que usted guste. hable con toda confianza.

—Temo que sea mucha molestia para usted; se trata de alcanzar hasta la casa del machi Sartores en busca de unos remedios; yo no estoy en condiciones de ir ahora y, para un favor de esta naturaleza, sólo puedo recurrir a usted, como persona de toda mi confianza.

—No necesita preocuparse tanto por eso, para mí no será ningún sacrificio, padre.

—Sartores vive a la salida del pueblo, cerca del Morro; vaya a esta hora que no la verá nadie, porque es necesario que esto no se sepa. Dígale que va de mi parte y entréguele esta botellita, él ya sabe para qué es.

—Bueno, don Fidel, así lo haré; pierda usted cuidado, que nadie me verá.

Se arregló un poco la beata y salió, dejando en su casa al cura. Caminó buscando las sombras, y sólo se desprendió de ellas junto a la casa de Sartores.

—¿Quién es?

—Soy yo, don Sartores, ¡abra no más! Vengo de parte de don Fidel.

—¡Ya voy, señora! . . .

—¡Adelante!, ¿y por qué no vino él?, ¿que se siente mal?

—Así es . . . Aquí le manda este frasco.

—Mala suerte ha tenido el padre, está resultando difícil su caso . . . Pero, ¡pase usted!; tendrá que esperar un momento, el pelo de choclo necesita hervir mucho.

Doña Julli se sentó cerca del brasero y permaneció callada; se sentía molesta en casa del machi. Este cogió una callana, colocó en ella algunos gramos de sulfato de cobre y la puso al fuego; luego

de revolver la sal, la vació en el calderillo en que hervía el pelo de choclo, agregándole piedra alumbré y otros ingredientes.

Cuando el remedio estuvo listo, Sartores llenó la botella y se la entregó a doña Julli, quien salió apresuradamente para su casa.

En la puerta la esperaba el cura Garay, impaciente.

—Aquí está el remedio, padre Fidel, ¡Dios quiera que le haga bien!

—Así lo espero . . . ¡Muchísimas gracias, señora! Me voy inmediatamente, porque me siento muy mal.

Pero no pudo hacerlo, el dolor lo tenía cogido y era difícil deshacerse de él . . .

—¡No hay remedio, no hay remedio! — exclamó angustiado, apretándose la cabeza con las manos y haciendo esfuerzos para dominar su sufrimiento.

—No desespere, don Fidel, sólo Dios y María Santísima saben eso . . . ¡Por qué no se hace ver por el doctor?

—¡Doctor? ¡Nó, señora, nó! ¡Qué saben esos de la vejiga!

—¡De qué dice, don Fidel?

—Dije que los médicos nada saben de esta enfermedad; de todos modos me haré ver un día de estos . . .

*

* *

La mañana estaba helada, el frío penetraba hasta los huesos, tajeando la carne con una daga invisible. El viento pasaba lento, refunfuñando tristezas y miseria. Las campanas de la Parroquia de Ancud

se movían perezosas; sus tañidos formaban bandadas de aves grandes y torpes.

Se entreabrió la puerta de la iglesia y doña Julli atravesó la nave desierta, dirigiéndose a su reclinatorio . . .

Sonó la campanilla en manos del sacristán y doña Julli inclinó la cabeza, reverente; al levantarla de nuevo, vió que don Fidel permanecía aún con el cáliz en alto. Observó sorprendida; temblaban las manos del sacerdote . . . un estremecimiento recorrió su cuerpo, y se desplomó. Ella corrió al altar y, ayudada por el sacristán, logró sentarlo en las gradas.

El cuerpo de don Fidel se bañó en sudor; el frío acarició sus huesos y congeló su sangre; el aire se endurecía en su boca, como si fuera una masa de vidrio . . .

*
* *

—¿Vive aquí doña Juliana Ojeda?

—Sí, soy yo; ¿qué desea, joven?

—Vengo de Quicaví y le traigo una carta de su hermana.

—¡Ah!, ¡pase adelante! . . . ¿Cómo quedó la Callolla? . . . ¿y qué es de la Chalía?

—Su hermana está un poco enferma, señora.

—¡No diga, hijo!

—Sí, hace algunas semanas que está en cama.

—¿Y qué tiene?

—Mire, no sabría decirle; dicen que es una enfermedad del corazón, pero ella no demuestra estar enferma. A mí me mandaron a buscarle algunos remedios, donde el machi Sartores, y a la vez tengo

encargo de saber de don Fidel Garay; traigo una carta para él, de don Genaro Chacón.

—¿Para don Fidel?

—Sí, ¿sabe usted donde vive?

—Ya no vive aquí; el pobrecito estaba tan enfermo que tuvo que irse a Puerto Montt, puede que allá se mejore.

—¿En Quicaví no se sabía nada!

—Es que se fué la semana pasada no más.

—Quisiera ir en seguida donde Sartores . . .

—Lueguito después que tome algo se irá . . . ¡Y así que usted es Epifanio, el hijo de la finá Encaña!

—Sí.

—¿Y cómo está don Sixto?

—Me parece que está bien.

—¿Cómo?, ¿me parece? ¿Que no es su padre?

—Sí, pero no vivo con él desde que murió mi mamá.

—¡Ah, esta juventud de ahora tanta libertad que tiene! ¡Qué distinto se estilaba en mis tiempos!

Epifanio no contestó; miró hacia la calle y vió al Coché Omingo que, impaciente, golpeaba las piedras con las patas traseras.

.....

—Tiene que irse derecho por esta calle.

—¡Ah, ya!

—Explíqueme bien lo que tiene la Callolla, hijito, para que no se equivoque en los remedios.

—Sí, señora, recuerdo bien lo que me han dicho — dijo Epifanio, tomando la dirección indicada.

Habría andado una cuadra, cuando sintió que lo llamaban; era doña Julli. Volvió Epifanio, y la beata le entregó un paquete, diciéndole:

—Haga el favor de llevar esto a don Sartores; dígame que se lo dejó el padre Garay.

—Bien, señora.

.....

—¿Así que es el corazón el que le falla a doña Callolla?

—Sí, así dicen, don Sartores.

—Prepararé el mejor remedio para esa enfermedad; pero tendrá que esperar, joven.

—Bueno . . . ¡ah!, traigo también este paquete para usted, se lo mandó doña Julli.

—¿La beata come santos?

—Doña Juliana Ojeda, y me dijo que era cargo de don Fidel Garay, que se fué la semana pasada a Puerto Montt.

—¡Qué extraño!, ¿cómo no me dijo que se iba? . . . Bueno, luego veré lo que contiene — dijo el machi, dejando el paquete a un lado y saliendo de la pieza.

Pasado cierto tiempo, Sartores apareció con dos botellas y un sobre.

—Esta es la toma; cuando se termine, que le preparen otras dos botellas con las hierbas que indico en esta carta. Esto tiene que dejarlo pagado....

—¿Y cuánto es?

—Son noventa pesos, no más.

—Bien, aquí tiene.

Cuando Sartores quedó solo, cogió el paquete que le había entregado Epifanio, lo abrió y se encontró con un retrato de mujer, dentro de un marco dorado.

—“¡Ah! . . . ¡con que era ésta! — exclamó, frunciendo el ceño. — ¡Malloca infame!, ¡infame! . . .

ya te llevarán los siete mil diablos, ¡mujer cochina! — y la indignación se reflejaba en su rostro.

— ¡Ah!, también venía pelo... Ahora comprendo para qué me dejó esto” — se dijo sentenciosamente. — “Bueno, así se hará; ¡pierda cuidado, padre Fidel!”

Sacó la fotografía del marco, la clavó en la pared y le encendió dos velas. Enhebró una aguja con los cabellos que encontró en el paquete y se dirigió al patio.

Registró las malezas hasta que logró encontrar un sapo; entonces, sujetándolo diestramente, cosió con maestría la boca y el ano de su víctima, mientras le dirigía todos los insultos y maldiciones destinados a la mujer del retrato.

— ¡Ya reventarás, maldito . . . y contigo, esa malloca indigna! — exclamó, arrojándolo en un rincón.

VIII

LA SOTANA DEL PADRE FIDEL

Noche de Agosto, chubascosa; junto a la plaza de Ancud, cae la lluvia en voluminosos fardos transparentes; los pescadores afianzan sus botes con dificultad.

La Gobernación Marítima anuncia con cinco campanadas el próximo arribo de un barco. Algunas personas se acercan al muelle, observando el horizonte. Junto a las rocas, se revuelcan las olas, desesperadas . . .

—¡Otro barco! — gritó Fiño.

El guarda de la Gobernación corrió a verificar el anuncio, y volvió asegurando que así era; cerca de Punta de Agüi se veían las luces de otro barco, además del ya anunciado. Salió todo el personal y, unidos a la gente que estaba en el muelle, observaron, curiosos, el avance de los barcos.

Las luces de ambos se acercaron hasta juntarse y llamó la atención que no se saludaran . . . Esperaron ansiosos, pero las embarcaciones, después de estar muy próximas al muelle, pusieron proa a Quetalmahue.

—¡El Caleuche! — gritó repentinamente el guarda.

Un silencio de misterio se esparció como incienso; la gente cuchicheó, algunos se persignaron y otros se apresuraron a regresar a sus casas.

Lentamente fué aumentando la borrasca; relámpagos, truenos y chubascos se sucedieron, amenazadores . . . La gente se dispersó temerosa, cuidando de mantener sus faroles con las velas encendidas.

En la Gobernación Marítima cundió la inquietud, y se pasaron la noche en espera de noticias . . .

El amanecer trajo una nueva preocupación: la búsqueda de Fiño, que no llegó esa noche a su casa y que no aparecía por parte alguna. Curumilla, que era tal vez el amigo más cercano del desaparecido, contó que había visto pasar un bongo de vidrio, con dos managuás y un hombre, que no era otro que Fiño. Cuando fué llamado a declarar, ratificó ante el juez lo que había dicho:

—“Yo lo vi, usía . . . era él, con su gorro plomo y su chalina rayada, iba parado en la popa del bongo, y los dos managuás remaban como unos desesperados.

—¿Por qué no lo llamó usted?

—Quise hacerlo, usía, pero la voz no me salió.

—¿Qué color tenía ese bongo? — preguntó el Juez.

—¿Qué color iba tener, usía, cuando era de vidrio!

—¿De vidrio?

—Sí, usía, ¡por Diosito que lo vide bien!

—¿Lo juras, hombre?

—Lo juro, ¡por esta luz que me alumbra!, ¡que el taita Dios me castigue si no digo la verdad! . . .”

El Juez de Letras de Ancud no creía en estas historias, pero de todos modos hizo tomar nota de la declaración.

Circuló en el ambiente denso y contagioso misterio. Los comentarios sobre el Caleuche y el desaparecimiento de Fiño se enredaron de tal manera que, al fin, nadie sabía cómo habían sucedido los hechos.

De este ambiente de incertidumbre se aprovecharon los brujos, las machis, y también los sacerdotes; aumentó la venta de escapularios, medallas, estampas y amuletos, y contras para el mal tirado y los embrujamientos.

La beata Julli, que acostumbraba a vender o conchabiar escapularios, a los campesinos, agotó en pocos días los que tenía hechos. Recurrió entonces a la sotana que le dejara el padre Fidel antes de irse a Puerto Montt y confeccionó con ella escapularios y otras reliquias . . .

—“Aquí tiene un trocito de la sotana de San Antonio, que le alejará los males” — decía, entregando al creyente un jirón polvoriento de la sotana del cura Garay.

—“Este escapulario me lo enviaron de Tierra Santa, es muy milagroso; llévalo siempre en el seno, él te librará de todo mal, hija . . . y esta bolsita, que contiene reliquias de San Pedro, alejará al malo, si quiere perseguirte . . .”

Y así, de recomendación en recomendación, la beata fué conchabiando la sotana del padre Fidel.

*

* *

Toda la noche esperó Fiño a orillas de la playa de Guapilacui; noche larga, llena de intranquilidad, de tiniebla, de borrascas salobres, de lluvias continuas y heladas . . .

Al obscurecer del día siguiente, la tormenta se desencadenó con mayor furia; no había esperanza, aquel infierno de tiempo no permitiría la llegada de la goleta de los contrabandistas.

Cuando ya Fiño estaba decepcionado de la espera y dispuesto a volverse a Ancud, divisó a lo lejos el velamen de la embarcación; corrió a la playa y, en cuanto hizo la señal convenida, la goleta se detuvo y envió un bote en su busca; Fiño subió a él y, después de dura lucha, dieron alcance a la goleta, que hacía cortos virajes para mantenerse en su sitio.

Agilmente trepó Fiño por la escalera de cordel que colgaba de la borda. Ahí estaba su puesto, en alta mar; la tierra lo desesperaba, no sabía andar por las calles. — “Esas veredas de Dios se habían hecho seguramente para las mujeres y para los hombres gallinas . . .” lo que es a él, no le servían. Por muy viejo que estuviera, no le acomodaba la tierra; era marino desde que tuvo uso de razón, más bien dicho desde que nació. Es claro que nunca había navegado como contrabandista, pero, si no había otra forma de hacerlo, aunque hubiera sido de pirata, él se habría embarcado.

Atanasio Peranchiguai, dueño y piloto de la goleta, había hablado muy bien de Fiño a su tripulación, y todos lo esperaban deseosos de conocerlo. Sin embargo, sólo al día siguiente pudieron hablar

con él, pues el cansancio de los días de espera lo venció y se vió obligado a acostarse apenas estuvo a bordo . . .

Protegidos por la noche, descargaron en Castro casi todos los bultos que llevaban, y de ahí se dirigieron a **Tic-Toc**, de donde transportarían un cargamento de aceite y cueros de lobo.

Según su costumbre, Atanasio Peranchiguai se sentó sobre el rollo de cordeles que había en la popa de la goleta, y estaba ocupado en liar un cigarrillo, cuando pasó **Fiño**; llevaba éste los brazos descubiertos, dejando ver los tatuajes extravagantes que los adornaban. Peranchiguai observó con curiosidad estos tatuajes y, en cuanto **Fiño** se alejó, se sacó el jersey de lana azul para mirar los suyos: un ancla, trozos de cadena, una estrella, dos palmeras; más abajo, rayas cortas y, en medio de ellas, un velero . . . Acudieron los recuerdos: Guayaquil, Pernambuco, Manila . . . Manila, siempre perseguido por este nombre; allí tuvo que desembarcar aquella vez, y después vagar, vagar de puerto en puerto, ¡y por culpa de quién! . . . él no era pependenciero, pero se vió obligado a pelear, y lo hizo. Frente al filo del facón opuso el de su corvo . . .

—“Me he visto en cien entreveros, en Avellana y en la Boca, y he salido siempre cantando un tango, ¿sabés?”

—Como quieras, amigo, ¡métele si puedes!

—¿Si podés?, ¿si podés?; me he visto apaliando matungos . . .” y ardió su sangre y se desgració. Desde entonces tuvo que huir y esconderse, siempre esconderse . . . El ruido de una cadena ahuyentó sus recuerdos; la goleta fondeaba en el **Tic-Toc**.

IX

EL ENTIERRO

—¿Cómo ha seguido usted, doña Callolla?

—No me encuentro nada bien, don Sixto, y me alegra tanto que haya venido, pues deseaba hablarle.

—Diga no más, si es para servirle en algo, no habrá tropiezo.

—Me han dicho que irá a Imeldeb.

—Sí, así es, tenemos unos planes con Triviño; saldremos mañana.

—¡Dios quiera que les vaya bien!, pero . . . ¿le sería posible postergar un poco su viaje, don Sixto?

—¡Buenas tardes! — dijo don Genaro, antes de que don Sixto tuviera tiempo de contestar.

—¿Cómo sigue usted, Callolla?

—Mal, padre . . . mal; por eso he llamado a don Sixto, para rogarle que, si no ha cambiado de parecer con respecto a Chalia, se case antes de partir

a Imeldeb . . . Quiero tener la tranquilidad de saber que no he dejado sola a mi sobrina.

—¿Eso era lo que me quería pedir, Callolla?

—Sí, don Sixto; aunque tiene su viaje preparado, pero me siento tan mal que me temo no alcanzar a verlo otra vez.

—No diga eso, Callolla, confíe más en Dios . . .

—Sí, confío, padre, pero es así; a cada momento me siento peor, a pesar de que no parece.

Don Sixto miraba a la enferma, mientras su pensamiento estaba en Chalía, su futura mujer. Un acceso de tos atacó a doña Callolla, y sus labios adquirieron bruscamente un tinte violáceo . . .

—Bien, Callolla, postergaré el viaje — dijo con firmeza, don Sixto.

—Llame a Chalía, padre . . .

Cuando Chalía entró a la pieza, ya se había retirado don Sixto; se acercó a su tía que estaba sentada en la cama y se abrazó a ella.

—Que seas feliz, hija, que seas muy feliz . . .

Gruesas lágrimas rodaron por las rosadas mejillas de Chalía Ojeda.

*

* *

Era medio día cuando la "Lora" enfrentó la isla de Imeldeb; después de los preparativos de rigor desembarcaron sus tripulantes, dejándola bien anclada y con sus velámenes cuidadosamente atados.

Una vez que estuvieron en la playa, se dividieron en grupos para recorrer la isla, pues debían esperar la media noche para proceder a la búsqueda del entierro.

Sofía Ampuero, que era la única mujer de la expedición, se ocupó de la comida. Chafeo Canipani observaba burlescamente sus trajines; recién llegado de Punta Arenas, se había unido al grupo, ansioso de nuevas aventuras . . .

Don Sixto Bahamonde y Triviño, después de preparar los útiles para la excavación, revisaban el viejo plano que indicaba el lugar del entierro.

—Toda mi fe la he puesto en ésta — decía don Sixto, mostrando a Triviño una bola de fierro. Es hueca y contiene mercurio . . . ¡Me costó tanto que Sartores me la prestara!

—¡Ah!, ¿sí? . . . ¿y cómo se usa?

—Lo más sencillo; se deja caer al suelo y ella sola corre hasta donde se encuentra el tesoro; eso sí que hay que estar cerca de él y hacer la operación justamente a la media noche.

—¿Y esas varillas, don Sixto?

—También sirven para lo mismo, pero aparte de no saberlas usar bien, no creo mucho en ellas; por lo demás, parece que no las necesitaremos

La media noche los encontró precisamente en el lugar en que el plano ubicaba el entierro. Don Sixto dejó caer la esfera que Sartores le había prestado y, donde ésta se detuvo, se inició la excavación. Sofía Ampuero, de acuerdo al ritual, vestía con las polleras al revés . . . A medida que el foso se hacía más hondo, Sofía pasaba al lado de él, levantándose los vestidos y pronunciando ciertos sortilegios, que los excavadores escuchaban embobados.

Don Sixto y Triviño se ocupaban de animar a sus hombres, estimulándolos con aguardiente. Tan-

to cargaron la mano que, apenas empezada la labor, todos estaban ya medio curados . . .

—¡Una culebra! . . . ¡una culebra! — gritó uno de los excavadores, tirando la picota fuera del foso.

Helada transpiración cubrió la piel de los demás. Sofía, que era la encargada de ahuyentar a los espíritus, corrió a donde había caído la picota y, levantándose las polleras más arriba de la cintura, dió varias vueltas alrededor de la herramienta; en seguida se agachó y cogió la culebra, que no era otra cosa que una larga raíz.

—¡Mire en lo que se ha transformado! — exclamó, mostrándosela a don Sixto.

Este la contempló estupefacto y, desconfiado aún, no quiso tocarla . . .

—¡Aquí, niños! — gritó Chafeo, que era el más empeñoso en el trabajo. — ¿Sienten como suena?, es una paila . . . ¡escuchen! — dijo, golpeando fuertemente con la picota.

Don Sixto, que se había acercado, dió su asentimiento a la aseveración de Canipani, y la labor continuó con mayor entusiasmo . . .

—No se asusten ahora, niños; ya saben, cualquier cosa que vean no son más que visiones.

Apenas don Sixto terminó de decir esto, se sintió cogido por la espalda. No quiso llamar para no asustar a su gente y forcejeó . . . le era imposible zafarse; el miedo lo fué dominando, y se transformó en espanto, al ver que un bulto se le acercaba arrastrándose.

—¡Jesús María! — gritó con desesperación.

Inmediatamente comenzaron a caer terrones y piedras en la cabeza de los excavadores; dé un salto salieron todos del foso. Sofía se acercó al bulto que

se arrastraba hacia don Sixto y levantó sus polleras para ahuyentarlo, pero el fantasma se echó sobre ella; un grito aterró el espacio . . . Los excavadores huyeron hacia la playa.

Triviño logró reunirlos cerca del bongo.

—Faltan don Sixto, Chafeo y Sofía — dijo, después de mirar a todos los que lo rodeaban, y agregó. — ¡Habría que ir a buscarlos, cueste lo que cueste!

En ese momento apareció Sofía, desfalleciente y con los vestidos desgarrados, tuvieron que sujetarla para que no cayera . . .

Cuando Triviño y su gente volvieron al lugar de la excavación encontraron a don Sixto colgando, enganchado en un árbol, semi inconsciente; a sus pies, Chafeo Canipaní roncaba su borrachera, conservando entre las manos jirones de los vestidos de Sofía . . .

No amanecía aún, cuando la "Lora" levó anclas para alejarse de Imeldeb. En las retinas alucinadas de los tripulantes, pululaban aún las imágenes de su fantasía . . .

Cuando el primer rayo de luz hirió la cumbre del Corcovado, la "Lora" bordeaba Chelín.

—¿Duermes aún? — preguntó don Sixto, acercándose a Sofía.

—No duermo, pero estoy cansada, ¡no me moleste!

—¿Cansada de qué?, ¡tanto que ayudaste!

—Estoy cansada de todo, son todos una tropa de cobardes.

—¿Lo dices por mí también?

—¡Claro!, si usted fué el que lo echó todo a perder; se puso a mentar a los santos, sabiendo que el entierro tenía que correrse . . .

—¿Qué santos?

—¿No se acuerda que gritó: “¡Jesús!, ¡María!”, y al tiro empezaron a llover las piedras? . . .”

—¿Cómo no me voy a acordar!, pero yo no estaba invocando a la Virgen, ni a Cristo; yo llamaba a Jesús María Carimoneí.

—¡Ah!, entonces fué el entierro el que se equivocó . . .

—Eso no más ha sido, mujer; y pensar que ya se veía la paila . . . Pero tendré que volver.

—Vaya cuando quiera, lo que es yo no lo acompaño más.

En ese momento enfilaban hacia la punta de Aguantao, y pronto anclaron en Conchas Blancas, donde desembarcó Sofía. De ahí la “Lora” se dirigió a Castro . . .

X

ATANASIO PERÁNCHIGUAI

La "Lora" ancló en la playa de Ten-Ten y los marinos se apresuraron a desembarcar, pues pensaban ir esa misma noche a Castro; Triviño les había dicho que podían hacerlo, siempre que regresaran al día siguiente. Jesús María Carimonei iba a cargo del grupo.

La noche estaba como boca de lobo; los tripulantes de la "Lora" avanzaban a tientas por la playa, en dirección a Castro. Al llegar al camino del Tejar se detuvieron, indecisos entre seguir por él o tomar la línea férrea; resolvieron irse por esta última.

Chafeo, que caminaba adelante, se detuvo bruscamente.

—¿Qué pasa? — preguntaron sus compañeros.

—¿Qué es lo que hay ahí?, parece un cura . . .

Nó, no es un cura — dijo Canipani, avanzando con cautela. De pronto se puso a reír, murmurando, entre carcajada y carcajada:

—¡Claro, o un franciscano o una tinaja de grea!, ¡si ellos inventaron las tinajas y lo hicieron a su imagen y semejanza! . . .

—¡No te rías así de los curitas, Chafeo!, ¡te puede castigar Dios!

—¡No seas lesa, Carimonei!, Dios no se preocupa de eso; el castigo lo inventaron los hombres— contestó Chafeo, prosiguiendo el camino al lado de sus compañeros.

Al llegar a la calle Lillo, fueron sorprendidos por unos gritos.

—¿Qué sucederá? — preguntó Carimonei, intranquilo.

—Nada hombre, son los políticos — contestó Chafeo.

—¿Los políticos?

—Sí, ahora le ha dado por eso a los ricos: forman una fila, llevan unos estandartes y gritan como varracos.

—¿Y qué gritan?

—¡Viva el partido Conservador! . . . ¡Viva el Partido Balmacedista! . . . y hasta los Radicales se atreven a gritar ahora.

—¡Ah!, de esos he oído hablar a don Genaro; dice que son unos desalmados y que todos irán al Infierno — manifestó Carimonei.

—Sí, a mí me contó también que el hijo de la beata Felicinda Bórquez, que es un Radical, lació a la Virgen de Llau-Llau y, sin detener el galope de su caballo, la arrastró por el suelo hasta hacerla pedazos . . . pero yo no creo eso.

—¿Es posible que cometan tal sacrilegio? . . .

—¡Miren!, ¡miren! . . . ¡ahí vienen! . . .

Sin darse cuenta, los tripulantes de la "Lora" se hallaron mezclados al grupo, en cuyo centro se hacía rodar un barril . . .

—¡Los guardianes!, ¡los guardianes! — gritaron de pronto, y se produjo el desbande general.

Unos se escondieron en las puertas de las casas, otros en los solares, y algunos se tendieron en las acequias. El barril que conducían quedó abandonado en medio de la calle, frente a uno de los faroles del alumbrado. Carimonei, comprendiendo que no debían permanecer ahí, llamó a sus compañeros y se ocultaron tras una tapia, desde donde pudieron ver que del barril salía una persona; creyeron que se trataba de una mujer, pero luego se cercioraron de que era un sacerdote; éste corrió desesperado y se perdió en un recodo de la calle.

Los guardianes, no encontrando a nadie, se fueron en dirección a la plaza; en cuanto ellos se alejaron, los marinos de la "Lora" abandonaron su escondite, encaminándose a la taberna más próxima

Olor a tabaco y vino, botellas vacías y llenas, mesas mugrientas, voces exaltadas, insultos, blasfemias . . . y dedos nerviosos acariciando los ásperos tablones del mesón.

En el centro de la sala, Atanasio Peranchiguai tocaba el acordeón; entre sus manos huesudas y enmarañadas de venas se estiraba y encogía, como una cuncuná, el instrumento; sus jadeos se escapaban, juntos o separados, formando grupos de sonos melancólicos; Peranchiguai remedaba estos jadeos con su voz gastada y pareja:

—“Huyamos de las olas,
y del inmenso mar,
como los barquichuelos
huyen del huracán.

¡Ay!, sin patria,
sin familia
y sin hogar . . .

¡Yo no tengo
quien me quiera,
quien me pueda consolar! . . .”

En la mente de los bebedores se cuajaron los versos de la estrofa sentimental.

Carimonei, que tenía los vasos llenos, llevó uno al músico y bebió con él. Golpes cortantes y secos, de vasos al chocar, llenaron la taberna.

—¡Cantinerero! . . . para todos aguardiente en apio, con recacha . . . ¡de mi cuenta! — ordenó Chafeo, al ver que Carimonei se acercaba en compañía del músico.

—¡Y de dónde son los amigos? — preguntó Peranchiguai, sentándose al lado de Chafeo.

—De Quicaví; hace poco que llegamos.

—¡Se vinieron a pie?

—Nó, en la goleta de Triviño.

—¡En la goleta de Triviño?, pero si no ha llegado ninguna goleta hoy al puerto.

—Anclamos en Ten-Ten — explicó Chafeo.

—¡En Ten-Ten ha dicho?

—Sí; ¿y por qué nó? . . .

—¡Porque nadie tiene derecho a desembarcar ahí!, ¡por eso! ¡No saben acaso que esas son mis pertenencias y que ei de echar a todos los que viven en ellas? . . . ¡Sólo yo tengo derecho sobre esas tierras! . . . Yo, el descendiente de Raiñanco . . .

—¿Qué historia es esa que está contando? — preguntó Chafeo.

—¡Ahjá!, ¿historia? Yo digo la verdad y puedo probarlo; para que vean, ¡aquí están mis títulos! —contestó Peranchiguai, sacando un legajo amarillento y parchado.

Los bebedores lo miraban risueños, dispuestos a escuchar una historia fantástica y disparatada. El contrabandista manoseó sus papeles y, después de echar a su alrededor una mirada severa, que a todos dejó suspensos, empezó la lectura:

—“El cacique Raiñanco vivía tranquilo y feliz en medio de su tribu, que lo amaba y obedecía. Cuando Cay-Cay Vilú, la serpiente del mar, miraba estas tierras tan florecientes y observaba lo dichosos que vivían sus moradores, se despertaban en ella un odio y un deseo de destrucción incontenibles; hasta que un día decidió inundarlas, para ahogar a todos sus habitantes. Pero el cacique Raiñanco era de origen divino y estaba bajo la protección de Ten-Ten Vilú, la serpiente del bien; y, mientras Cay-Cay Vilú hacía hinchar y desbordarse el mar, ella hacía elevarse los montes para que se refugiaran sus protegidos. El único cerro al que no alcanzaron las aguas fué aquél en que se instaló Raiñanco con su familia y las mujeres de la tribu; todos los demás hombres fueron alcanzados por las aguas y se transformaron en rocas o peces” . . . Cuando mi abuelo me entregó este documento, me dijo que desde entonces esas tierras se llamaron Ten-Ten, y agregó que los hombres transformados en peces perseguían a las mujeres cuando bajaban a mariscar y se mezclaron con ellas, dando origen a las nuevas familias indígenas . . . ¡y de esas descienden todos ustedes!

—terminó Peranchiguai.

—¡Y usted también, pó! — dijo Chafeo, molesto.

—¿No le dije ya que yo soy el único descendiente de Raiñanco, el cacique divino? . . .

—¿Saben que esa historia se parece mucho a la que contaba don Genaro en el Catecismo? — interrumpió Carimonei.

—¿Cuál? — preguntó Chafeo.

—Ésa de la lancha de Noé, cuando el Diluvio . . .

—¡Ah!, ¡claro! . . . está igual a esa patraña.

—Ríanse no más, que Cay-Cay Vilú ha vuelto por estos lados y yo soy el único que puedo impedir que nos largue de nuevo el mar . . .

—No se queden ahí como tontos, ¡parece mentira que crean en esas cosas! . . .

Las palabras de Chafeo rasgaron la inquietud silenciosa de los que habían estado escuchando; luego invitó:

—Mejor será que tomemos un trago a la salud del dueño de Ten-Ten.

Otra vez circu'aron las copas entre la gente ya medio ebria, y los brindis se prolongaron en discusiones torpes, desafiantes; terriblemente absurdas....

Volvió a resbalar el acordeón sobre las rodillas de Peranchiguai, y éste dejó oír nuevamente su voz aguardentosa y mellada:

—“Mientras tengan
licor las botellas
bebamos de ellas
cuál más y mejor.

Pasaremos felices
la vida,
con una querida
en vez de mujer” . . .

Y las manos temblorosas volvieron a vaciar los vasos en el paladar sediento . . .

Atanasio Peranchiguai siguió llenando la taberna con sus melodías evocadoras y sentimentales, hasta que, cansado y soñoliento, se levantó, se acercó al mesón y, sin mirar ni dirigirse a nadie, habló en voz alta:

—Es éste . . . es ése . . . o aquél.

Siempre buscando . . . buscando el horizonte.

Anhelos de lejanía . . . y mar, y tempestad.

¡Chilotes! . . . ¡marinos todos!, marinos de todos los mares, de todos los puertos, de todas las costas; ¡nunca de ríos, ni de lagos, ni de lagunas! . . .

Los marinos de la "Lora" salieron de la taberna al amanecer. Recostado sobre una colina, dormitaba aún el puerto de Castro; por sus calles avanzaba uno que otro transeúnte, dando saltos de chivato por no pisar los charcos. En la playa, el mar arrojaba su abundancia de lamilla, sargazos, jibias y cangrejos muertos. Lanchas y chalupas, cargadas de leña y pescado seco, permanecían varadas en la arena fangosa.

Somnolienta se mecía la "Lora" cerca del muelle, lenguas salobres y fugaces la lamían de proa a popa.

El pitazo de la Concha de Lata, que arrastraba fatigosamente sus dos vagones sobre los rieles húmedos, despidió a Carimonei y sus compañeros, que en ese momento llegaban a la goleta.

XI

LA TRILLA

Después de escuchar las recomendaciones del machi Sartores, Epifanio Bahamonde se encaminó a Dalcabue, para dirigirse en seguida a Quicaví.

La inclemencia del tiempo dificultaba su marcha. La lluvia había ablandado y removido el camino del Caicumeo, destrozando algunos puentes . . . y lo perseguía como una maldición.

Completamente mojado y vencido por el cansancio, llegó Epifanio a Dalcabue.

—¿Cómo ha podido venir con este tiempo, chico? — dijo doña Coiña, asomándose a la puerta.

—¡Bastante me ha costado!

—¡Desmonte luego, no se moje tanto!

—Más del cuero no pasará, no hay que hacerle caso . . . Quisiera llevar el caballo al talaje, primero.

—Sí, es mejor; así no tendrá que salir después. Donde don Benedicto puede dejarlo.

—Sí, ahí lo pensaba llevar. ¿Quiere guardarme este coe?, traigo en él los remedios para doña Callolla y otros encargos que me hicieron en Quicaví.

—¡Recíbeselo, Leonila! — gritó doña Coiña, dirigiéndose a su hija, que estaba acompañándola por unos días.

—¡A ver, chico!, desensilla ese caballo y llévalo al corral.

—Mañana temprano vendré por él, señor.

—Muy bien, Epifanio.

—¿Que me conoce usted?

—Claro, ¡no voy a conocer al hijo de don Sixto Bahamonde, mi amigo de Quicaví! El se alojaba aquí siempre . . . y, a propósito, ¿qué le parece el casamiento del viejo?

—¿De qué viejo?

—De su padre, pué; ¿no sabía entonces? Sofía Ampuero pasó por aquí hace unos días y me contó que se había casado con la Chalia Ojeda, la sobrina de doña Callolla.

—No sabía nada de eso, pero, si ella lo dijo, así será . . . Parece que no retiraré mi caballo mañana, don Benedicto.

—No importa, cuando quiera no más; Epifanio.

—¡Gracias, señor!; será hasta luego entonces.

—Hasta luego . . .

—“¡Maldición de lluvia! . . . No se por qué me perseguirá a mí la borrasca; me echa encima sus truenos, su viento, su cielo manchado y sus nubes

de plomo. El viento me trajina como un comisionado y . . . ¡Maldita noche!, te pones dura, dura y resbaladiza . . . tienes las mejillas de loza . . . pareces una muñeca de alquitrán”

—¡Pero! . . . dígame, doña Coiña, ¿es verdad que se casó mi padre? . . . y con ella . . . con la Chalía . . .

—Sí, chico; duerme ahora, que mañana hablaremos d'eso.

—Sí, me dormiré, pero me da vueltas en la cabeza, y no puedo olvidarlo . . . no podré volver a ese pueblo . . .

—Chalía . . . Chalía — quedó repitiendo Epifanio, cuando doña Coiña le cerró la puerta del dormitorio.

—¿Se durmió?

—Sí, Leonila, estaba tan curado que no sabía lo que decía; pobre Epifanio, . . . Mañana ni sabrá lo que le ha sucedido; son así los curados

—No sé qué irá a hacer este chico, lleva más de una semana aquí. Es cierto que no come en casa, pero esto no puede seguir.

—¿No le ha dicho cuándo se irá, mamá?

—Nó, no ha dicho nada, Leonila; tú sabes que mañana tenemos que ir a casa de don Evaristo y no se qué decirle.

—¿Por qué no lo invitamos a la trilla?

—Si esta noche no habla de seguir viaje, habrá que invitarlo; no se puede hacer otra cosa.

—Además sería conveniente; faltarán caballos y el d'el parece bueno.

—¡Claro pué! ¿Que no sabes que es el Coché Omingo, el de don Genaro?

- No sabía, creía que era d'el.
 —Y se lo prestaron para que fuera a Ancud no más . . .
 —¡Ah! . . . ¿Será él el que golpea?
 —Sí, parece que es él.
 —Pregúntele si quiere ir a la trilla . . .
 —Buenas noches, doña Coiña.
 —Buenas noches, Epifanio; lo estábamos esperando, queríamos convidarlo a la trilla de mañana.
 —¿Donde don Evaristo?
 —Sí, allá; ¿se acuerda que estuvimos hablando el otro día?
 —Bueno, llevaré el caballo; ¡verán lo bien que se porta el Coché Omingo!
 —¿Quedamos convenidos entonces, Epifanio?
 —Bien, señora; por mí no tenga cuidado . . .

*

* * *

- ¡Ahaaa! . . . ¡yegua, yegua, yegúa! . . .
 —¡Ahaaa! . . . ¡áaaa! . . . ¡vuelta manca, vuel-táaaa!

—¡Arre, arre petizo mañoso! . . . ¡arréeee!

Trota el grupo de caballos, siguiendo el círculo del campanario, y bajo sus cascos se produce el desgrane de las espigas.

Tras este grupo va el Coché Omingo; sobre él, Epifanio, adherido al pellejo de oveja que le sirve de montura, hace silbar el aire con su huasca de cuero crudo.

Las bestias sudorosas, respiran con ansia el aire saturado de polvo y de paja molida. La baba blanquizca y pegajosa se equilibra en sus hocicos. El

mordisco húmedo y rencoroso, persigue al relincho y salta del lomo a la tusa o de la tusa al lomo.

Temerosos migajones de luna, los granos caen de las rubias espigas con los torpes pisoteos de las bestias . . .

—¡Vueltáaaa! — grita Epifanio, a todo pulmón.

Los brutos tropiezan unos con otros, y el chasquido de la huasca los hace trotar en sentido contrario . . .

—¡A despajar, muchachos!, antes que los caballos se enfríen — gritó uno de los mozos, que permanecía junto al tranquero del campanario.

En cuanto Epifanio detuvo las bestias, un grupo de hombres y mujeres, provistos de horquetas, entraron al recinto, removieron el montón y retiraron la paja. Y nuevamente trotaron los caballos, siguiendo el círculo del campanario; el aliento grueso y caliente buscaba los lomos sudorosos . . .

Cuando ya no quedaban espigas que desgranar, abrió Epifanio el tranquero; bañado en sudor salió el Coché Omingo . . .

—Se trabaja aquí — dijo Epifanio a Leonila, que se encontraba al lado de un cajón que hacía de mesa y sobre el cual había una urupa de harina tostada y una chungu con chicha de manzana.

—Sírvasse un poco de ulpo, es bueno para el calor.

—He tomado mucho ya, y está fuerte la chicha, se me puede ir a la cabeza.

—¡Qué se te va a ir a la cabeza, chico! — dijo burlescamente alguien que estaba detrás de él.

Dióse vuelta Epifanio, y se encontró con Sofía.

—¡Bah, ¿qué haces aquí, Sofía? . . . ¿No fuiste a Imeldeb?

—Sí fuí, hace pocos días que llegué de allá.

—¡Ah! . . . ¡Y cómo les fué con el asunto del entierro?

—Mal, pero únicamente por los cobardes . . . yo no se, estos hombres son buenos para fanfarronear, pero cuando llega el caso de hacer algo, se mueren de miedo.

—¿Y ellos, se volvieron a Quicaví?

—Nó, a mí me dejaron en Conchas Blancas y siguieron viaje a Castro. El tío Evaristo viene llegando de allá y dice que los vió en compañía de unos contrabandistas; andaban botando la plata en las cantinas de la calle Lillo.

—Mi papá sí que no andará en eso.

—Nó, él va por asuntos importantes, pero también debe acompañarlos; ¡no creas que no, Epifanio! Y ahora que anda contento, con mayor razón.

—¿Por qué crees que anda contento, Sofía?

—¡Bah!, ¿que no sabes entonces lo que hizo?

—Sí, se que se casó con Chaliá.

—A ti no te habrá gustado mucho eso . . . ¿no?

—¿Por qué? . . . mé es igual.

—No mientas, chico, no mientas — dijo Sofía, alejándose en compañía de Leonila.

Al quedarse solo, Epifanio no pudo contener las lágrimas; cabizbajo, avanzó en dirección al caedizo, donde había dejado la ración de palo podrido para el Coché Omingo.

*

* *

Costeños y montañeses, quemando la noche con chonchones, indicaban su presencia, a la distancia. Los aflautados aullidos de los quiltros lastimaban

el silencio . . . de cuando en cuando, el ronco ladrido de Cazador cavaba en la sombra el sepulcro para este silencio.

—¡Cállate, perro embustero! — gritó don Evaristo desde la puerta de su casa.

Más tarde, una lámpara a parafina alumbraba el espacioso salón campesino, donde hombres y mujeres conversaban en voz alta. En uno de los rincones, doña Coiña afinaba la guitarra . . .

—¡Ya pó, comadre, puntée luego! — pidió uno de los presentes.

—No seas atarantao, hombre, deja afinar . . .

—¡Nó, comadre!, después del juego de paja será mejor — dijo don Evaristo . . .

Cuando los invitados llegaron al campanario, Armando Vidal y Santiago Arroyo daban término a los últimos detalles del arreglo.

—¿Con qué juego empezamos? — preguntó Epifanio.

—“El Pilar” — contestó un grupo de jóvenes.

—Nó, juguemos al “Mudo” mejor — dijo Sofía.

Se sintió un corto murmullo y luego se pusieron de acuerdo e iniciaron el juego propuesto por Sofía.

Con las piernas recogidas y los brazos cruzados, se sentaron todos sobre la paja.

—¡Estamos listos! — dijo Armando Vidal, dirigiéndose a Santiago Arroyo.

El aludido recorrió de izquierda a derecha el grupo de jugadores; hombre acostumbrado a esta clase de juegos, usaba todo su ingenio y experiencia para hacer reír o hablar a quien enfrentaba. Se valía para esto de la cosquilla, de la musaraña y de infinidad de gestos grotescos. Cuando consiguió sacar

prenda a todos los jugadores, se sentó sobre un montón de paja y empezó a preguntar:

—¿De quién es esta prenda?

—Mía — contestó Epifanio.

—Por sentido y agraviado, tendrás que mear como perro — ordenó sentenciosamente.

Sonoras carcajadas recorrieron el pajar, mientras el condenado cumplía la penitencia.

—¿De quién es esta prenda?

—Mía — contestó Sofía Ampuero.

—Por sentida y agraviada, serás rematada como bestia.

—¡A ver, niños!; se va a rematar una burrita joven, bonita y buena para el trabajo. Pueden pasar a inspeccionarla . . .

—¿Cuántos años tiene, señor juez?

—Tiene tres años.

—¿Cómo puede probarlo?

—Revise la dentadura.

—¿Cuántas pariciones tiene?

—No ha parido aún.

—¿Cómo puede probarlo?

—Registre las tetas a la burrita . . .

A cada pregunta, la carcajada salía cuajada de sensual alegría. La penitente se exhibía recostada, y las preguntas de los compradores menudeaban, aumentando en picardía.

La prenda de Leonila quedó al último y, para recuperarla, fué sentenciada a servir de torre. Los jugadores formaron un círculo y, tomándose de las manos, cantaron:

.....
 "Que salgan los pajes,
 que salgan los pajes
 para voltear la torre".

En el centro del círculo estaba Leonila; tres jugadores más entraron a él y, dando empujones bruscos, trataron de botarla. Ella se desplomaba rígida como una estatua, pero el jugador que estaba en aquel lugar la sujetaba, volviéndola a su posición vertical.

A continuación jugaron al "corra zapato"; este juego los fatigó de tal manera que todos se tiraron, rendidos, sobre la paja. Ahí recomenzaron el juego de prendas, valiéndose de las adivinanzas. En este juego tomó parte doña Coña, que desde un principio era espectadora; ella lo inició, imponiendo una adivinanza a cada jugador:

—“Una vaca blanca
da una topada, y se arranca
¿Qué será?”

—La ola — contestó Amalia.

—“Tripi trapo,
si no lo adivinas
¡por Dios, que te capo!”

—La lámpara — contestó Santiago Arroyo, sin poder contener la risa.

—A ver tú, Leonila . . .

—“Sácalo marido
que lo quiero ver . . .
¡Está muy feo!,
vuélvelo a meter”.

—¿No sabes? Prenda entonces . . . ¡ya!
Leonila se vió obligada a dar una prenda y, así como ella, varias de las que seguían; hasta que por fin Sofía, a quien le tocaba el turno, adivinó:

—El pan.

De esta manera doña Coiña continuó lanzando una serie de adivinanzas, algunas de las cuales fueron muy celebradas; entre ellas:

—“Un buey bermejo,
tiene las costillas
sobre el pellejo”.
(el barril).

—“Llevo mi casa al hombro,
camino con una pata,
y voy marcando mi huella
con un hilito de plata”.
(el caracol).

—“Corazón de piedra
con cuatro cachos,
sujeta a tu madre,
serás buen muchacho”.
(el sachó).

—“Juan delgado,
bailando . . . bailando . . .
se siente preñado”.
(el huso).

.....

Era más de media noche cuando los invitados de don Evaristo se levantaron de la mesa. La cena había estado cuidadosamente preparada, y todos agradecían con afecto al dueño de casa.

En el salón se sirvieron algunas bebidas, y luego rogaron a doña Coiña que cantara una de sus canciones. Santiago Arroyo le pasó la guitarra y juntos entonaron:

—“Busca tu vida niña
por los rincones,
que hay muchos tapaditos
pa los ratones,
pa los ratones . . .”

Don Ciriaco Ampuero, que era uno de los más entusiastas, atravesó el salón y se acercó a una de las mozas, invitándola al baile.

Santiago Arroyo y doña Coiña levantaron la voz:

—“Acaba de salirte.
¿qué es lo que aguardas?
¡Echa los imposibles
tras las espaldas! . . .”

Lentos salieron los primeros acordes; segura, cabalgaba sobre ellos la melancolía. La vihuela, orgullosa de su tañido, mostraba ostentosa su vientre perforado; doña Coiña extraía de él rebaños de sonidos, con gruesos dedos de hábil partera; Santiago Arroyo pastoreaba este rebaño con tamboreos acompasados:

—“Anda, corre esa nave
de don Pedro y Juan . . .”

El baile continuaba al compás de los acordes. Después de algunas vueltas y zapateos se sentaba uno de los bailarines; el que quedaba en el centro elegía nueva pareja, colocándole su sombrero a otro de los invitados. Y así siguieron . . .

.....
 Busca tu vida niña,
 búscala, búscala,
 que no la buscas sola,
 ¿Quién te la buscará? . . .”

La fiesta continuó con gran entusiasmo, hasta que las primeras luces de la aurora anunciaron el nuevo día.

Comenzaban a retirarse los invitados, cuando doña Coiña preguntó:

—¿De quién es esta prenda?

—Mía — contestó Amalia, que iba saliendo de la sala.

—Por sentida y agraviada, tendrás que cantar la “Canción del Curita”.

Después de muchos melindres, Amalia accedió. Epifanio la acompañaba en la guitarra; esperó ella un momento para coger la melodía, y cantó con voz chillona:

—“Estaba un curita,
 estaba un curita
 solo en su casa;
 chilindrín, chilindraina,
 ¡ay! . . . chilindrón.

Tenía una criada,
 tenía una criada,
 yo no digo nada;
 chilindrín, chilindraina,
 ¡ay! . . . chilindrón.

Tenía dos pechitos,
 tenía dos pechitos

como dos manzanas;
chilindrín, chilindraina,
¡ay! . . . chilindrón.

A los pocos meses,
a los pocos meses
la barriguita hinchaba;
chilindrín, chilindraina,
¡ay! . . . chilindrón.

Y a los nueve meses,
y a los nueve meses,
se reventaba;
chilindrín, chilindraina,
¡ay! . . . chilindrón”.

Después de esta canción, Epifanio, continuó con otra, y luego otra; hasta que se fueron todos los invitados.

*

* *

Aquel mismo día, a eso de las diez de la mañana, Leonila, Amalia y Sofía salían de la cocina en dirección al arroyo; iban a hacer trío pelao, para lo cual llevaban un tarro lleno de trigo hervido en lejía, tres canastos y un balde.

Cuando llegaron al río, repartieron el trigo en los canastos y cada una cogió el suyo, metiéndose con él en el arroyo.

Casi a un compás se movían los pies dentro de los canastos de junquillo; el agua y la lejía iban despellejando los granos, a medida que eran restregados; los más pudorosos se resistían a desnudarse

bajo las polleras de una hembra; los cohibía el ritmo de las largas cabelleras, agitándose sobre las espaldas, y la armonía de las robustas piernas.

La garúa se estacionaba junto a las mozas y las envolvía en su vaho informe, plumizo y espeso; vaho que luego se iba en busca de los zarzales, arrastrándose y encogiéndose como una ramera de pueblo chico, y lamiendo a su paso el tronco de los árboles o el musgo seco que colgaba de algún leño deshollejado.

De pronto, Amalia echó a correr, gritando:

—¡El Thrauco! . . . ¡el Thrauco! . . . ¡el Thrauco! . . .

Sofía y Leonila corrieron tras ella . . . zarzas, arbustos y desesperación les entorpecían el paso . . . Cerca del pequeño molino que poseía don Evaristo, se detuvieron; Amalia estaba en el suelo, gimiendo y retorciéndose como una perra parturienta. Leonila se quedó con ella, mientras Sofía continuaba la persecución del Thrauco.

Al llegar al molino, Sofía sintió ruidos, se acercó a la casucha, y cerró bruscamente la puerta. El Thrauco forcejeó para abrir, pero ya era tarde; estaba cogido . . .

—¡Al fin te hemos cazado, fiura maldita! . . . ¡al fin te hemos cazado, ¡ahora encontrarás tu merecido! . . . —exclamaba Sofía, al tiempo que llegaban Leonila y Amalia.

—¡Ayuden, ¡aquí lo tengo encerrado! . . . Coloca ese estaca ahí — dijo, dirigiéndose a Leonila y mostrando la parte alta de la puerta.

—Así, Leonila . . . así, ahora iremos a avisar al tío Evaristo.

—¿Estás segura que es el Thrauco?

—¡Claro, Leonila! . . . ¡si lo vi! . . . Míralo por esa rendija . . .

—¡Si se parece a Epifanio, chica!

—¡Nó, Leonila, cómo se va a parecer a Epifanio!

—¡No te digo! . . .

—Bueno, si es él, pagará sus pecados también; vayan ustedes a buscar al tío Evaristo, mientras yo cuido

Cuando Sofía quedó sola, inspeccionó cuidadosamente, mirando de todos lados hacia dentro del molino . . . En realidad, Leonila tenía razón; era Epifanio. Esta certidumbre la acongojó y preocupó de tal manera que no sabía qué hacer; su mente era un cúmulo de ideas heterogéneas:

—Es Epifanio, no me cabe duda; es claro que éste es un perverso, pero me parece que no es el momento de preocuparse de él . . . Si tío Evaristo lo encuentra aquí, es capaz de matarlo; además, de seguro que no vendrá solo . . . y si sabe el padre de la Micaela, el de la Juana o el de la Andrea, y los de las otras que han sido pescadas por el Thrauco . . . y sobre todo si saben sus novios, de seguro que no se casan con ellas . . . Después, Leonila misma, que anda gorda, ha culpado al Thrauco, ahora nadie le va a creer . . . No puede ser; ¡tiene que seguir existiendo el Thrauco!, el que yo sepa que es mentira no acarrea daño a nadie, pero si saben los demás, mucha maldad va a traer . . . ¡El Thrauco debe existir!, ¡debe existir! . . . — se repetía la moza, mientras abría la puerta del molino.

—Con que eras tú el Thrauco, ¿no? . . . ¡bri-bón!; ahora te librarás, pero, si vuelves a hacer esto, ¡ya verás el castigo que te espera!

Epifanio, acurrucado en un rincón del molino, no contestaba una palabra.

—¡Anda!, sale y escóndete en el sobrado del campanario, y no te muevas de ahí hasta que te llamen . . . Cuida que nadie te vea llegar a él, puedes irte por dentro del huerto . . .

Epifanio obedeció sin decir palabra; apenas se fué. Sofía cerró la puerta, tal como estaba antes, y esperó. Cuando vió que llegaba don Evaristo, acompañado de Leonila y otra gente, hizo cómo que afirmaba la tranca.

—¿Así que está ahí, Sofía?

—Sí, tío Evaristo.

—Me ha dicho Leonila que es Epifanio el que anda haciendo de Thrauco.

—No se, a mí me parece que no — dijo Sofía, tratando de aparecer tranquila. Al mismo tiempo, ayudó a abrir la puerta a don Evaristo.

—Pero . . . ¡aquí no hay nadie!

—¿Nadie, taita? — preguntó Leonila, asustada.

—Entra, pues — dijo don Evaristo, saliendo de la casucha . . .

—Y tú, Sofía, ¿no lo viste salir?

—Nó, tío Evaristo, y no me he movido un minuto de aquí.

—¿Me dijiste que se parecía a Epifanio, Leonila?

—Yo creo que era él.

—Bueno, ya veré si era o no — dijo don Evaristo, encaminándose al campanario.

Tras él iba Sofía, sumamente preocupada . . .

Registró don Evaristo la paja del campanario y no encontró a nadie.

—¡Debe ser ese facineroso!

—Yo creo que no, tío; puede que Epifanio esté durmiendo en el sobrado.

—Bueno, él dijo que dormiría en el campanario, y si no lo encuentro aquí, es que Leonila no se ha equivocado.

—¡Epifanioooo, Epifanioooo!—llamó . . . Sobre su cabeza cayeron algunas espigas de trigo.

—Diga, don Evaristo . . . — contestó Epifanio, haciendo que bostezaba.

—¿Usted no ha salido de aquí?

—Nó, don Evaristo; recién despierto, ¿qué sucede?

—¡Baje, que ya le explicaré! . . .

Mientras Epifanio bajaba, Sofía se dirigió a la casa; ahí ayudó a cuidar a Amalia, que todavía no se había repuesto del susto

Don Evaristo y Epifanio recorrieron el bosque durante toda la mañana, en busca del Thrauco . . . Al atardecer, Amalia aun azotaba fatigosamente el palbuedún, y doña Claudina rogaba a Dios que alejara a la siniestra fiura, que nuevamente rondaba su casa . . .

XII

LA MUERTE DEL "COCHE OMINGO"

Epifanio Bahamonde iba pensativo, un extraño presentimiento lo atormentaba. Las nubes negras que cubrían la luna corroían su alma y marcaban de tristeza su rostro. De vez en cuando, algún rayo de luz lograba filtrarse entre ellas y alumbraba los matorrales, que se balanceaban como un elefante verde y perezoso. Este brusco cambio robustecía su inquietud y arañaba su ánimo. Las sombras que cubrían los cerros eran una lepra germinando en su propio ser . . . sin poder contenerse lanzó un insulto . . . el "Coché Omingo" dió un salto y forzó las riendas . . . Epifanio le dió libertad.

Santiago Arroyo, que lo acompañaba, corrió tras él, pero su caballo se detuvo bruscamente, relinchó varias veces y luego comenzó a retroceder. De pronto el Coché Omingo se volvió y pasó a su lado como

un relámpago. Epifanio trataba de sujetarlo, pero la bestia no le obedecía; lo que más sorprendió a Santiago fué que Epifanio no iba solo, llevaba al anca una mujer, iluminada por un resplandor de llamas.

Apenas desaparecieron, Santiago Arroyo volvió, tan rápido como pudo, a la casa de don Evaristo; el miedo lo perseguía . . .

Epifanio, por su parte, sentía una sombra adherida a su espalda; varias veces echó mano atrás, pero nada encontraba. Sin embargo, cuando el Coché Omingo corría a mayor velocidad, sintió el aliento de una persona y escuchó una voz de mujer que le decía:

—“No soy lo que piensas, Epifanio; no soy una visión, ni un fantasma; tú me conoces . . . Me conoces, ¿no es cierto?”

Cuando Epifanio volvió en sí, se encontró montado aún sobre el Coché Omingo, pero sus pies tocaban el suelo; se había metido en una cangrejera, y ahí estaba aprisionado, ¡quizá desde qué hora! Las palabras que había escuchado a la visión rondaban sus oídos y, sin preocuparse de la bestia, corrían en todas direcciones, buscándola.

Trepaba a las rocas, saltaba los charcos, resbalaba sobre la lamilla o se enredaba en los sargazos; sin dejar de escuchar:

—“Me conoces, ¿no es cierto?” . . .

—¡Don Evaristo! . . . ¡don Evaristo! . . .

—¿Qué sucede, Santiago? — preguntó don Evaristo, asomándose a una ventana.

—¡La Viuda! . . . ¡la Viuda!, don Evaristo . . .
Se montó en las ancas del Coché Omingo . . .

—¿Qué dices?, ¡por María Santísima! . . .

—Sí, tío Evaristo, era ella; echaba fuego por la boca y llevaba tizones encendidos en los pies.

—Y Epifanio, ¿dónde está?

—Se fué con ella, tío; se le desbocó la bestia . . . ¡biera visto cómo relinchaba el pobre animal!

—¡Que Dios ayude a Epifanio! . . . Habrá que salir a buscarlo, entonces . . .

—Sí, tío Evaristo, ¡quizá qué le habrá pasado!.

Don Evaristo se hizo acompañar de algunos vecinos y salió en busca de Epifanio; durante toda la noche recorrieron la playa, sin encontrarlo. Solamente al amanecer, uno de ellos divisó un bulto cerca de unos corrales.

—Ese tiene que ser — dijo Santiago Arroyo, espoleando su cabalgadura.

—Sí, es él. ¡Llámalo, Santiago!

—¡Epifanióoo! . . . ¡No oye, don Evaristo!

—Hay que desmontarse, niños, aquí empieza la cangrejera . . . Yo no sé cómo habrá hecho este chico para llegar hasta los corrales con su caballo. Difícil será que pueda salir el Coché Omingo de ahí . . .

Uno de los hombres se hizo cargo de los animales, mientras don Evaristo, Santiago Arroyo y los demás avanzaban a pie por la cangrejera . . .

—¿Cómo has llegado hasta aquí, Epifanio?

—Es lo que no me puedo explicar; se me desbocó el bruto y no se detuvo hasta que quedó como usted lo ve, empantanado.

—Bueno, niños, no perdamos tiempo, tratemos de sacar a la bestia antes de que la marea nos pille; hace rato que empezó la creciente, y luego la tendremos aquí.

Se valieron de todos los medios de que disponían, intentando librar al **Coché Omingo**, pero fué inútil; el mar ya estaba encima de ellos . . . Epifanio aun corría de un lado para otro, buscando estacas y piedras adecuadas para tentar una nueva manobra de salvamento.

Don Evaristo le gritaba que sería inútil y que lo mejor era esperar de lejos, pues podía suceder que el agua ablandara la cangrejera y la bestia saliera a flote. Epifanio no atendió estas razones y se quedó junto al **Coché Omingo**; a medida que la marea subía, levantaba la cabeza de la bestia, facilitándole así la respiración. Pero llegó un momento en que ni siquiera eso pudo hacer, las aguas habían subido demasiado; el **Coché Omingo** estaba condenado irremediablemente . . .

Cuando don Evaristo y su gente llevaron un bongo para obligar a Epifanio a salir de ahí, lo encontraron sobre su caballo, acariciándolo tiernamente. Casi a la fuerza lo subieron a la embarcación y, una vez en ella, no despegó los labios; no podía desprender de sus retinas los ojos suplicantes del **Coché Omingo** . . .

Bandadas de aves madrugadoras revoloteaban por los corrales y peñascos, en busca de alimento . . . sus chillidos, filudos y disparejos, se incrustaban en la arena, como trozos de lata.

Un cuervo, que revoloteaba desde hacía rato sobre el **Coché Omingo**, se dejó caer verticalmente y se posó entre sus orejas; ahí se quedó, semejando una estatua de charol. Epifanio lo observaba atentamente . . . Lo vió elevarse de nuevo, llevando un objeto entre sus patas . . . gaviotas, treles y tiiques lo

perseguián; volaban muy alto, haciendo círculos. De pronto el cuervo soltó su presa y ésta cayó a los pies de Epifanio.

—Es un ojo del Coché Omingo — dijo Santiago Arroyo, agachándose.

Epifanio se le adelantó y lo cogió, temblorosamente limpió algunas gotas de sangre que lo salpicaban y luego lo colocó dentro de una concha de taca; miró para todos lados como si temiera que alguien se lo fuera a arrebatarse y huyó, perdiéndose en la hondonada que cubría un pangal amarillento

La luna sorprendió a Epifanio Bahamonde montado sobre el cuerpo rígido del Coché Omingo; estaba provisto de un remo y bogaba como si fuera en una embarcación. Los astros regaron de zafiros el regazo salobre que mecía al caballo . . .

XIII

EL GALEUCHE

Lentamente avanzaba la "Lora", pasaba frente a Quetalco, la noche se echaba ya sobre la tierra . . . El espacio se acercó a los ojos de los marineros y el misterio cohabitó el estrecho horizonte . . .

—¡Se ha puesto negra la noche, niños!

Sobre el silencio pulimentado, resbaló la observación de Jesús María Carimonei.

El norhueste trajinaba temeroso las velas parchadas y amarillentas de la "Lora" . . . poco duró esta calma; tras un chubasco, arreció el viento . . . truenos . . . relámpagos, y luego la borrasca se enredó desesperada al velamen.

—¿Qué es esto, Juan de Dios? — preguntó don Sixto.

En contestación, una oleda de espuma baldeó la cubierta.

—¡Miren! . . . ¡miren! — gritó Carimonei, señalando con el dedo.

—Parece un tronco — dijo Triviño.

—¡No será el Caballo Marino? — dijo Carimonei, asustado.

. . . Y vieron avanzar un extraño animal, rodeado por una aureola de espuma.

—¡Le brilla la piel como a un lobo!, ¿se fija, don Sixto?

Un relámpago . . . otro . . . otro, y luego otro, mantuvieron iluminado el espacio, durante algunos segundos; les sucedieron los truenos y, por último, así como llegó la borrasca, llegó también la calma. El estupor se alejó de la tripulación, que arregló el aparejo con presteza . . . Majestuosamente avanzó la "Lora" . . .

—¡Chafeo! . . . ¡Chafeo! — gritó Triviño.

Nadie contestó.

—¡Busquen a Chafeo, niños! — gritó alarmado.

Todos los rincones de la "Lora" fueron registrados, pero Canipani no apareció por parte alguna . . .

Se acercaron a la costa y anclaron. Don Sixto y cuatro marineros salieron en el bongo y recorrieron los alrededores, buscando a Chafeo; pero todo fué en vano. Por último desembarcaron y recorrieron la playa. Cansados de esta búsqueda y convencidos de su inutilidad, continuaron viaje.

* * *

Comenzaba a aclarar el día, sobre el pequeño puerto de Quicaví, deambulaba el silencio; de aquí

y de allá, bandadas de aves marinas cruzaban el espacio en suave vuelo . . . De un salto trepó el sol a los hombros de la montaña costeña . . . el paisaje, que se había dormido a orillas de la playa, despertó sobresaltado . . . la humedad dejó las pampas verdosas, levantándose perezosamente, y el verdor de los prados se subió a los árboles, a ver pasar el camino.

Con este amanecer, Quicaví recibía la majestuosa silueta de un gran velero, que se acercaba sigilosamente a sus playas. Una banda de músicos tocaba sobre la cubierta, mientras numerosas banderitas de colores trepaban por los cordeles, en busca del tope de los mástiles . . .

Chalía Ojeda despertó, saltó de la cama y se acercó a la ventana. Así como ella, todas las mozas del pueblo atisbaron llenas de curiosidad, achatándose las narices contra la superficie helada de los cristales.

Pronto comenzó la algarabía en el pueblo. Las mujeres revolvieron el fondo de los polvorientos baúles, donde guardaban sus prendas domingueras: largas y ruedudas faldas de cachemira, adornadas con cintillas de terciopelo; blusas de abullonadas mangas, con vuelos y bordados de finas chaquiras". . . Contoneándose cruzaban la playa en dirección al pozo vertiente, llevando jarras y baldes para el agua; ranas panzudas recorrían temerosas el fondo del pozo, ¡tiempo hacía que no eran visitadas tan de madrugada!

Todas las embarcaciones de Quicaví fueron contratadas para desembarcar a la tripulación que, horas más tarde, en numerosos grupos, recorría de un extremo a otro la única calle del puerto. Eran marinos altos, delgados y rubios; vestían de

blanco y calzaban zapatos de charol; caminaban dando trancos largos y parsimoniosos y hablaban una lengua desconocida. Los quicavinos, notando algo extraño, los observaban desconfiados.

Por la tarde comenzaron a desembarcar otros marinos; vestían más modestamente, sus modales eran bruscos y su mirada hosca y penetrante. Se fueron directamente a las cantinas, y muy pronto cantaban su borrachera.

El despacho de doña Chabela pasó todo el día lleno; satisfecha, la buena mujer trajinaba infatigablemente. La alegría, mezclada de curiosidad e incertidumbre, pintaba en su rostro una mueca que más parecía de dolor . . .

El licor corría . . . chorreaba . . . rebasaba los vasos y jarros. Gruesas gotas recorrían como arañas los arqueados bigotes de los bebedores. Mazorcas de gritos y blasfemias iban por la calle del pueblo, y a su paso tropezaban con ebrios trezados en bulliciosas pendencias, de cuyas entrañas salía el odio maloliente y putrefacto . . . Un criminal sombrío blandía navaja de capador, procreando un ambiente tenebroso . . .

.....

Había obscurecido, un grupo de marisqueras montañesas, de regreso a sus casas, atravesaba la plazuela del pueblo. Al pasar frente a la cantina de doña Chabela, fueron perseguidas por los bebedores. En balde aligeraron el paso, pues ellos hacían lo mismo; los más borrachos caían al suelo de vez en cuando, pero en seguida se levantaban y corrían, blasfemando y olfateando como animales en celo. Una moza fué alcanzada frente a la casa de doña

Callolla Ojeda; lanzó un grito desgarrador, pero el hombre lo ahogó entre sus dedos excitados . . .

Sobre el silencio se recostó el eco, como si fuera un buda de gelatina; junto a él, la marisquera revolcaba su desesperación, vencida. Gemidos de hembra recorrían las sombras, bajo cuyas polleras, manos sedosas paseaban su fatiga . . . el viento pisoteó cabelleras despeinadas, con sus zapatos de sal . . . tacas y navajuelas bostezaban, mostrando a los canastos volcados sus valvas húmedas y amarillentas

Presurosa se dirigía la machi Naoneres a casa de doña Callolla Ojeda; tenía costumbre de asistir al velorio de las personas a quienes había atendido en su enfermedad. Cuando llegaba a la puerta de calle, tropezó, perdió el equilibrio y cayó boca abajo sobre una blasfemia que se le había adelantado; al levantarse, vió en el suelo el cuerpo de una persona que parecía muerta.

—¡Socorro! . . . ¡Socorro! — gritó, llena de miedo.

Se abrió la puerta y se agolpó en ella el runruno de una oración; era el comienzo del rosario que los parientes y amigos de doña Callolla rezaban por el descanso de su alma. Las velas que circundaban el ataúd alumbraron a la machi, quien sostenía a una joven despeinada y llorosa; más allá roncaban asquerosamente dos borrachos . . .

.....

Quando amaneció, ya no estaba el velero en el puerto; nadie se había dado cuenta de su partida, ni había quedado señal alguna de que los marinos hubieran estado en el pueblo. Sin embargo, uno de los borrachos dormía aún frente a la puerta de la

casa de doña Callolla; nadie se atrevió a acercarse a él, lo miraban de lejos para ver si lo reconocían . . .

—¡Era el Caleuche! . . . ¡el Caleuche! . . . ¡el Caleuche! — salió gritando como loca doña Chabela Díaz.

—¿Qué dice usted? — le preguntó don Genaro, desde la puerta de la casimita.

—Sí, el Caleuche, padrecito, el Caleuche; está todo intautito en la cantina.

—¿Cómo dice?

—Así es, padrecito; anoche esos borrachos no me dejaron una gota de licor, y acabo de ver todas las pipas y damajuanas llenas, como si no se hubieran tocado.

—¿Es así, Chabela?

—Así no más, padrecito, vaya y vea usted mismo; tampoco hay un solo billete en el cajón, siendo que anoche estaba atochado, apenas lo pude cerrar . . .

—Por si así fuera — murmuró el cura entre dientes, y se arrodilló.

Todos los que estaban allí hicieron lo mismo, y corearon el Padre Nuestro . . .

Nadie se dió cuenta de la llegada de la "Lora"; Juan de Dios Triviño y don Sixto Bahamonde fueron los primeros en desembarcar.

—¿Qué pasará, Juan de Dios?

—¿Por qué, don Sixto?

—¿No ves un grupo de gente arrodillada en la calle?

—Así es . . . ¿Que habrá muerto doña Callolla?

—¡Que Dios no lo haya querido! . . .

—¿Qué sucede, padre Genaro? — preguntó don Sixto cuando llegó al lado del sacerdote.

Sobresaltado, levantó éste la vista.

—¡El Caleuche! . . . ¡el Caleuche! . . . — gritó doña Chabela Díaz, antes de que don Genaro tuviera tiempo de contestar.

—Mire, don Sixto, ¡por Dios!; ahí está Chafeo.

—¿Canipani, Juan de Dios?

—¿Que no lo ve?, ¡si es él! — contestó Triviño, acercándose al borracho, que aun dormía frente a la casa de doña Callolla.

Llenos de curiosidad lo miraron todos, mientras Triviño sentaba a Chafeo y lo remecía para despertarlo. Movi6 éste la cabeza y revolvi6 los ojos, mirando de un lado a otro, como si tratara de darse cuenta de donde se encontraba; luego se levant6 y se acerc6 a don Sixto.

—¿C6mo has llegado aqu6?

Chafeo quiso hablar, pero s6lo logro articular sonidos guturales, que nadie entendi6. Mir6 en seguida a toda la gente, como si buscara a alguien, quiso hablar nuevamente, pero no pudo hacerlo; desesperado, apret6 los pu6os y dej6 escapar un grito extraño y amenazador. Se mordi6 en seguida los dedos y huy6 en direcci6n a la cantina de doña Chabela; nadie lo sigui6 . . .

—¡Por lo que m6s quieras, Trivi6o! . . . Debes hacerlo, fu6 lo 6nico que pidi6 la fin6 al cerrar los ojos . . . ¡hay que cumplir su deseo!

—S6, don Sixto, comprendo; pero a lo mejor la gente no querr6 acompa6arme.

—No temas por eso, yo hablar6 con ellos.

—Si es as6, don Sixto; por mi parte 6st6 sabe que no hay inconveniente . . .

Don Sixto y don Genaro hablaron con la tripulaci6n de la "Lora" y, despu6s de muchos ruegos

y promesas, lograron que los marinos aceptaran acompañar a Triviño en un nuevo viaje a Castro, llevando el cadáver de doña Callolla

Con marcada mala suerte inició el viaje la goleta de Juan de Dios Triviño. El sacho estaba tan adherido al fondo del mar que, de tanto forcejearlo, se cortó la beta; además el viento empezaba a soplar con fuerza y era fácil presagiar el temporal . . . Nubes oscuras corrían a gran velocidad, y algunos truenos, que dormían en la montaña, comenzaban a despertar; olas hinchadas restregaban su barriga verdosa contra los costados de la "Lora". Sin embargo, Triviño ordenó zarpar . . . En la playa, el cura Chacón entonaba débil y melancólicamente:

— "Requiem aeternam dona eis Dómine;
Et lux perpetua luceat eis . . ."

Horas después, la borrasca adquirió cuerpo y se dió a perseguir implacablemente a la "Lora". La cordillera de Nahuelbuta disparaba lanzas de fuego; los truenos rugían en sus montañas, como leones encadenados, y la lluvia comenzó a extender sus manos voluminosas, gigantescas, filtrantes y pegajosas. El viento silbaba como rufián pendenciero . . .

Las maniobras hábiles de Triviño se sucedían con rapidez desesperada. Las velas fueron arriadas y solamente la trinquetilla quedó soportando el empuje del viento. La tripulación había perdido la calma, pero Triviño, inmutable, trataba de alcanzar la costa de Chequián.

De pronto, una ola gigantesca barrió de proa a popa la cubierta de la "Lora", echando abajo uno

de los mástiles y arrancándole crujidos de muerte. Se desclavaron algunas tablas de popa y comenzó a entrar el agua a la embarcación. Juan de Dios Triviño veía que la "Lora" cavaba su propia sepultura y que pronto quedaría envuelta en verde mortaja salobre y revoltosa, pero siguió junto al timón; él era el piloto, y seguiría siéndolo . . . Cuando el agua trepaba más arriba de sus rodillas, habló con voz gruesa y segura:

—"Tenías que hundirte por la popa, pedazo de sinvergüenza; ¡hembra tenías que ser para llevar la vida en el trasero! . . . nada puedo esperar ya de ti . . . ¡Cómo va a estornudar el mar!, ¡sientes sus carcajadas de macho dominador? . . . Sin embargo, no te abandonaré . . . me hundiré contigo . . . de nada te servirán esos meneos de popa; ni ese zangoloteo incitante; él ya ha visto tus redondeces, conoce bien tu trasero y no necesitas bajar tus polleras, pedazo de p . . . uerca . . . ¡hay que ser digna antes y después de la posesión! . . . no seas hembra vulgar . . . por lo menos en la hora de tu muerte muestra el trasero a quien debes . . .

—Sí, cierto que es envidiable el macho, éste; tiene el cuerpo pegajoso y salado . . . ¡es envidiable! . . . ¡es envidiable! . . ."

Como un tiburón vestido de luto, el ataúd en que iban los restos de doña Callolla onduló sobre el lomo verdoso de las olas, luego buscó también el fondo del mar

Varias chalupas de pescadores, que volvían de la isla de Llingua, recogieron a los náufragos de la "Lora".

La campana de la iglesia de Quicaví agitó su lengua mohosa, anunciando la desgracia; y el cura Chacón derramó el bálsamo de sus plegarias:

—“Agnus Dei, qui tollis peccata mundi.
Miserere nobis, Jesu.
Jesu, audi nos . . .”

.....

XIV

LA MAJA

Junto al dornajo, provistos de largas y flexibles varas de luma, esperaban impacientes los majadores.

—¡Ya está la tarea, niños! — dijo don Sixto, vaciando un canasto de camuesas en la canoa.

Inmediatamente empezaron el trabajo dos parejas de majadores.

—Golpeen no más — insistió don Sixto.

Poco a poco fué acompasándose el movimiento de las varas, silbaba el aire a su paso y sus golpes hacían crujir el viejo dornajo de pellín; esquivas saltaban las camuesas, estrellándose contra los bordes de la gran batea . . . Las parejas lucían sus aptitudes

—¡Más fuerte, niños!, ¡más fuerte! . . . ¡así! . . . ¡así! . . . — animaba don Sixto, mientras se afanaba en armar y engrasar el juego de prensas que emplearía para el exprime.

Certeros eran los golpes de las varillas, que castigaban despiadadamente las manzanas, hasta molerlas. De vez en cuando se suspendía la faena para dar descanso a los majadores; cogían entonces las palas de madera para acondicionar en mejor forma la fruta, empujando hacia el centro las que aun no habían sido alcanzadas. . . . volvían a silbar las varillas y, al sordo latigazo, se molían las rebeldes.

—Estamos, don Sixto — advirtieron los majadores, dando fin a la primera dornajada.

—¿Quedaron bien molidas, niños?

—¡Claro!, vea no más . . .

—Llenemos los canastos entonces; la prensa está lista y no hay que perder tiempo.

Uno de los majadores se acercó a la canoa con dos canastos de voqui y, ayudado por otros, los llenó y trasladó a la prensa. Las tuercas presionaron el tablón, iniciándose así el estruje; pequeños riachuelos rubios recorrían las canaletas del tablero base, y caían a la chungu que hacía de depósito . . . Después, don Sixto colocó en las tuercas dos estacas, a modo de palancas, y continuó el aprensado . . .

—¿Preparamos la segunda dornajada, don Sixto?

—Bueno, pero probemos la chicha nueva primero . . . ¡A ver Chalía!, trae esa harina y los jarros.

Chalía Ojeda, que estaba sentada en el umbral de la cocina, cogió un saco con harina tostada y un canasto con jarros enlozados y se los pasó.

—¡Ya, niños!, sírvanse no más, todo no ha de ser trabajar, hay que remojar la garganta también..

Todo el día silbaron las varillas de luma, haciendo gemir el dornajo, entre crujidos y quebraduras de las tuercas y tablones de la prensa. Los majadores salpicados de manzanas molidas, agita-

ban con alegría sus brazos cobrizos, elásticos, infatigables.

Al caer la tarde, el sol, prudente y temeroso, recogió sus rayos, que lengüeteaban la chicha rubia y espumante, desbordando en barriles, chungas y cántaros bajo el alero del caedizo.

Sentadas en un tronco, algunas mujeres saboreaban un ulpo espeso, mientras amamantaban a sus crios; junto a las tiernas mejillas, sus pechos semejaban callanas de greda cruda . . .

Un ruido de cabalgaduras sorprendió a don Sixto, los gritos de los jinetes lo hicieron comprender que se trataba del asalto; apresurado corrió hasta su casa, llevando el último balde de aguapi.

Cuando volvió al lugar de la maja, los jinetes ya habían desmontado y se acercaban en actitud desafiante.

—¡Resistir hasta la muerte!— gritó don Sixto con arrogancia.

Los recién llegados iniciaron el combate, los majadores se mostraban valientes y hábiles; algunas parejas rodaron por el suelo, sobre ellas caían otras. Mantenían la iniciativa de la lucha los asaltantes, esforzándose por apoderarse de la chicha acabada de estrujar.

Las mujeres, agrupadas cerca de la casa, reían a carcajadas al ver por el suelo a los luchadores del fingido combate.

Cuando el cansancio comenzaba a apoderarse de la gente, don Olegario Villarroel, que dirigía el asalto, ordenó detenerse; parlamentó con don Sixto, y luego anunciaron a sus hombres el pacto . . . Por la abundancia y buena calidad de la chicha, se hizo el primer brindis . . .

—¡No pensé nunca que usted tuviera tanta fuerza, don Olegario!

—No es eso, don Sixto, no es eso; tome en cuenta que usted está recién casado . . .

Los que escuchaban rieron de buena gana.

— . . . Y, ¿dónde está la Chalía?

—Salió para la playa; está de antojo, le ha dado por los cangrejos, y a eso fué. Debe llegar luego, llevó un canasto chico.

—Si es así, esperaremos que llegue, tengo deseos de saludarla.

—No tardará, don Olegario; mientras tanto yo haré de dueño de casa — dijo don Sixto, observando disimuladamente a un grupo de marisquetas que regresaba de la playa.

—Pero ahí no viene Chalía — hizo notar el preceptor, dándose cuenta de la mirada de don Sixto.

—Así veo, don Olegario, debe venir más atrás; pasemos a la casa mientras tanto, allá estaremos mejor . . .

Entraron todos a una gran sala, donde no había más muebles que las sillas.

—¿Qué le parece, don Olegario, si despichamos un barrilito de añeja que tengo por ahí?

—Usted sabrá, don Sixto . . . aunque la nueva está exquisita.

—Sí, pero la añeja es más fuerte y se presta más para esta alegría; voy a destaparlo, ¿no les parece, niños?

—Somos de su opinión, don Sixto.

La añeja estaba buena, ¡sin duda! . . . Los brindis se sucedieron con mayor frecuencia. La alegría se había apoderado de todos, solamente don Sixto continuaba preocupado; la tardanza de su mujer lo tenía tan intranquilo, que ni siquiera atinaba a

secarse los goterones de chicha que se adherían caprichosamente a sus largas barbas de chivo.

Por último, don Sixto no pudo soportar más la incertidumbre y decidió ir en busca de Chalía; la playa no quedaba lejos, apurándose, ni siquiera se darian cuenta de que había salido . . . Habló de esto a Patricio Coñocar, y él se ofreció a acompañarlo.

*

* *

En rebaños, se han echado los cerros a orillas de la playa, y contornean el horizonte; angostas hue-llas han carcomido sus carnes arcillosas. Sobre el barro p'omizo de la costa se moldean los pies de las marisqueras, los hocicos de los chanchos, los cascotes de los caballos y las patas de los perros. Verdosas lenguas de cristal lamen piedras lamillosas, conchas de moluscos y arenales fangosos.

La brisa costeña revuelve el plumaje de los tiuques, que van sobre el lomo de los chanchos, despiojándolos; corre en seguida tras las marisqueras, se enrosca en sus pantorrillas, trepa a los muslos . . . más arriba . . . ahí encuentra su propio olor; asqueada, se tira al suelo y luego, refunfuñando . . . refunfuñando . . . busca los matorrales.

Todas las marisqueras se han ido de la playa, solamente Chalía Ojeda avanza dando largos trancos por el arenal. El ojo oblicuo del estero la refleja con los montes, junto a los ganchos desnudos de los árboles. Un arrebol de sangre forma caprichosos cuajarones sobre las montañas y hace de las nubes llamas movedizas . . .

Chalía se ha sentado a orillas de un arroyo, mantiene los pies en el agua y chapotea despreocu-

pada. La primera estrella la sorprende restregándose las pantorrillas y atisbando el matorral . . . ; de pronto un gato colo salta de entre sus piernas, y se queda mirándola desde la orilla opuesta; luego ve una culebra que se acerca a él con la cabeza erguida y la lengua amenazante; cuando el gato la siente, arquea el lomo y, de un salto, se lanza al agua; la culebra lo sigue, y ambos se pierden en un recodo del arroyo

Bruscamente se levantó Chalía, cogió su canasto y se alejó de aquel lugar, pisando con sigilo el pasto seco . . . aligeró el paso, . . . caminó más ligero aún . . . y por último corrió desatentada. La perseguía el miedo . . . insistente corría tras ella, balanceando su cuerpo de gigante fofo y pisoteando la sombra con sus grandes pies de aletas . . . — “Tog, tog, tog” — resonaban sus pasos . . . y

— ¡Tog!, ¡tog! — cantó un coo, aleteando junto a la cara de Chalía.

Esta se detuvo; en la semi obscuridad, los ojos del pájaro se revolvían, eran dos globos de gelatina dentro de los cuales nadaban diminutos peces. A su espalda se adhería el miedo como un pellejo engomado.

— ¡Cay!, ¡cay! — volvió a cantar el coo, revoloteando sobre su cabeza.

Chalía cambió de dirección, corriendo desesperada, y avanzó a topetones por el matorral ensombrecido . . . Ruido leve y misterioso arrancaban al follaje las pisadas del viento.

— ¡Arrealhué!, ¡arrealhué!

Chalía miró a todos lados y no vió a nadie. Qui-so seguir caminando, pero sus piernas no le obedecieron, las sintió como clavadas en el suelo. En ese momento pasó a su lado una pequeña lucecita.

arrastrándose; se detuvo junto a dos lumas blancas y, dando pequeños saltos, trepó por una de ellas. Esta luz iba creciendo a medida que subía por el tronco; por último se transformó en una gran llamarada, la que en seguida se extinguió.

—¡Socorro! . . . ¡socorro!

Como una espada ancha y filuda salió el grito; sin embargo, Chalía tuvo la sensación de haber gritado a través de una mordaza.

Una carcajada salida del interior de la tierra contestó a su llamado. Bajo sus pies alguien conversaba y reía; temió que en aquel lugar la tierra fuera transparente . . . ajustó sus polleras con ambas manos y apretó las piernas; este esfuerzo terminó de fatigarla, estaba vencida . . . Crujió la hojarasca del matorral bajo el peso de su cuerpo desfallecido, un torrente de moscardones pasó sobre ella y luego se alejó repitiendo en coro:

“Huipampa, huipampa, huipampa;
huipampa, huipampa, huipampa
huipampa, huipampa,
huipampa . . .”

*
* * *

Los minutos se sucedían lentos y penosos para don Sixto Bahamonde; lleno de inquietud veía desfilar las marisqueras, que regresaban a sus casas esquivando los charcos del camino.

—Díganme, niñas, ¿vieron a la Chalía en la playa? — preguntó aparentando tranquilidad.

—Sí, don Sixto; se quedó cangrejeando entre los guapis de las piedras blancas.

—Tendré que ir a encontrarla, entonces . . .

—¡Apúrese, don!, se ha quedado sola; desde la cumbre no se veía nada más que ella y unos chanchos que buscaban pinucas.

—¡Claro, don Sixto!, podemos ir inmediatamente — dijo Patricio Coñocar.

—¿No crees que le ha pasado algo, Patricio?

—Nó, don Sixto, no se preocupe; verá que le encontraremos antes de llegar a la playa.

—Es que ya está tan obscuro . . .

—Sí, pero tome en cuenta lo temprano que obscurece ahora.

Don Sixto no contestó, aceptó con indiferencia el cigarrillo que le ofrecía Coñocar y continuó silencioso.

La luna se empeñaba en barrer las sombras, que estaban tiradas como harapos de pordiosero a orillas del camino.

Patricio Coñocar comenzó a preocuparse también; habían llegado a la playa sin encontrar a Chalía.

—¡Chalía! . . . ¡Chalía! — gritó don Sixto desde una roca.

Coñocar lo observaba extrañado, pocas veces había visto a don Sixto Bahamonde tan afligido.

—¡Ya se!, de seguro que ha pasado a casa de mi compadre Carimonei, ha visto que es muy tarde y ha ido para que alguien la acompañe.

—Si así le parece, podíamos ir allá, don Sixto . . .

—Sí, pero me gustaría que tú volvieras a mi casa; bien puede que haya tomado el camino del rastrojo, que es el más corto.

—Tiene razón, me devolveré por ahí mientras usted alcanza hasta la casa de Carimonei.

—Así lo haremos; ¿conoces bien los desvíos?

—Pierda cuidado, los conozco bien — contestó Coñocar, saltando un cerco para tomar el camino de regreso . . .

Cuando don Sixto llegó a la casa de su compadre Carimonei, no encontró a nadie en ella.

Este nuevo contratiempo aumentó su preocupación y pesadumbre. No cabía duda, algo tenía que haberle sucedido a su Chalía . . . quiso alejar este pensamiento y, hablando en voz alta, se dijo:

—No es necesario que creas lo peor, Sixto Bahamonde; a lo mejor tu mujer ya está en casa a esta hora. ¡Devuélvete, Sixto Bahamonde! . . . ¡devuélvete!

Inmediatamente inició el regreso.

*
* * *

Cuando Chalía Ojeda volvió en sí, la lluvia picoteaba a su alrededor como una gallina clueca. Sus trenzas mojadas bailaron sobre sus hombros, al compás de los sollozos; la luna se había detenido a pastorear un rebaño de nubes blancas.

Chalía iba a levantarse del suelo, cuando escuchó ruido de pasos que se acercaban . . . era un hombre que cargaba un gran bolso; muy cerca de ella se detuvo, tomó el bolso por el fondo y vació su contenido . . . por el suelo se desparramaron las vísceras de un animal.

Llena de inquietud, Chalía observaba los trajines del desconocido. Este amarró unos intestinos a los ganchos de un árbol y se sentó en ellos, balanceán-

dose como si estuviera en un columpio . . . de pronto se quebró un gancho y el hombre rebotó sobre la panza del rumiante; el estampido ronco y acuoso llegó hasta Chalcía Ojeda . . . un líquido lechoso, espeso y humeante se esparcía por el suelo . . . Largo rato estuvo el desconocido revolcando sus manos en este líquido; por último juntó sus palmas y comenzó a leer en ellas:

—“¡Hermosa noche!, suave y carnosa es tu caricia; alegres . . . bulliciosos se bañan los astros más allá de tus montañas sin contornos. Camino tropezando con la tibieza de tu cuerpo; jubilosos chonchones de plata alumbran tu callejón . . . Ahora corro, corro bajo tus polleras sin fatigarme, corro como un zonzo, mirando la luna . . . llego a la cumbre. ¡Oh, noche!, ¡qué suaves son tus manos y cómo quema tu aliento, viuda profana! . . .

¿Te vas?; cuidado, ahí está el borde de la tierra. ¿Por qué sonríes al abismo?, él nos mira sin pestañear . . . junta tus polleras . . . ¡se te escapó la luna! ¿Era eso lo que querías?; ahí va rodando, ahora agujerea el vientre del abismo, ¡la muy mala!

Mira mis dedos, mira cómo se crispan y se alargan para cogerte; ¡te has endurecido! . . . Sangran mis dedos, sangran mis ojos, se me han caído las uñas . . . pero he logrado morderte; llena de sombra coagulada tengo la boca, ahora se disuelve, se esparce por todo mi cuerpo. Me revuelco desesperado, ¿tú también te revuelcas? . . . Así juntos . . . ¡así juntos, somos un nudo de sombras en la fiesta del universo! . . .

Ahora no te irás, ¡no podrás hacerlo!; cuando lo hagas, danzarán las estrellas alrededor de tu luna, y mis uñas, atravesando el abismo, caerán so-

bre tu vientre tibio . . . entonces volverás . . . ¡volverás! . . .”

—¡Sí, volveré! . . . ¡volveré! — contestó desesperadamente Chalia Ojeda.

La voz del desconocido, que había comenzado suave, sedosa y felpuda, y que fué al principio para ella como el andar de la sombra de una pena sobre el alma o como las pisadas del sonámbulo del silencio sobre la luz, bruscamente se tornó áspera. La sintió aristada, amenazante, y la desesperó de tal manera que la hizo gritar:

—“¡Sí, volveré! . . . ¡volveré!”

Sus gritos traicionaron su presencia y el desconocido se abalanzó sobre ella.

—¡Epifanio!, ¡Epifanio! — gritó Chalia, mientras el hombre le enterraba los dedos en la garganta y la arrastraba por el suelo.

*
* *

—Patricio Coñocar debe estar ya en la casa — pensaba don Sixto Bahamonde, apurando el paso y buscando desvíos para acortar el camino.

Después de cruzar algunos potreros y de saltar varios cercados, entró a un matorral. En ese momento caía un chubasco, se acercó a unas quilas y ahí esperó que calmara; a su alrededor, las aves nocturnas hurgaban en las sombras. Don Sixto, comenzó a sentir cierto temor; la preocupación por su mujer no conseguía distraerlo de este miedo, que afinaba su oído, aprisionándolo en la maraña de ruidos del matorral.

Cuando el chubasco pasó, le pareció que alguien hablaba entre las zarzas; así era . . . Temeroso, dió

algunos pasos y escuchó atentamente . . . con toda nitidez llegaron hasta él las palabras:

—“Ahora no te irás, ¡no podrás hacerlo!; cuando lo hagas, danzarán las estrellas alrededor de tu luna y mis uñas, atravesando el abismo, caerán sobre tu vientre tibio . . . entonces volverás . . . ¡volverás!”

—¡“Sí, volveré! . . . ¡volveré!”

El grito de Chalía paralizó un instante a don Sixto . . . Luego corrió desesperado, llamando a su mujer. De pronto cayó al suelo; había tropezado con un tronco, recibiendo todo el golpe en la frente.

Cuando volvió de su aturdimiento, se encontró al lado de dos lumas blancas; a pocos metros de él, Chalía forcejeaba con alguien. Quiso levantarse, pero el golpe le había hecho perder el control de sus piernas, sacó entonces el cuchillo que llevaba en la cintura y se acercó arrastrándose.

El desconocido estaba sobre Chalía, a quien tenía sujeta por los cabellos; ella se entregaba dócil . . . de vez en cuando, gemía. La luna arrancaba reflejos de plata a la daga que apretaban, temblorosos, los dedos de don Sixto Bahamonde; hizo éste un último esfuerzo para atrapar a los miserables, cuyos cuerpos aligeraban sus convulsiones acompasadas . . . Entre quejumbre y vaho de sexo, se enterró la daga . . . se anudaron los cuerpos . . . blasfemias pestilentes se escabulleron entre las zarzas . . . gritos de dolor trizaron el silencio . . .

—¡Eras tú, miserable!, ¡eras tú! — reprochó dolidamente el viejo, aflojando sus dedos, que comenzaban a apretar la garganta de Epifanio.

Este, al verse suelto, escapó.

—¡Huyes! . . . ¡huyes, canalla! — gritó enfurecido don Sixto, y la ira lo dominó de tal manera que olvidó por completo a Chalia . . . ni siquiera escuchó sus gritos angustiosos cuando, enceguecido, la apuñaleó . . . y siguió apuñaleando: la tierra, las hojas, la sombra . . . Una fuerza interior lo impulsaba a herir, a golpear; necesitaba oír gritos, llantos, lamentos, risas y gemidos . . . necesitaba morder, maldecir, insultar, escupir . . . botar toda la hiel que quemaba sus entrañas . . . agotado, se revolcó como un epiléptico . . .

*

* *

—“Silencio, pido silencio, silencio me podrán dar para cantar unos versos, que un rato me han de escuchar” — payaba uno de los majadores en el salón de don Sixto, cuando se abrió bruscamente la puerta.

Todos se volvieron llenos de ansiedad . . . era Patricio Coñocar, su cara reflejaba una intensa preocupación; con los ojos recorrió uno a uno los asistentes, como si quisiera consultar algo, pero de su boca no salió una sola palabra. Alguien se acercó a la puerta para cerrarla, en el preciso momento, cuatro perros desconocidos y la perra Sultana entraban atropellándose. Inútiles fueron todos los esfuerzos para echarlos de la sala . . . se acurrucaron en un rincón, gimiendo atemorizados.

Don Olegario se acercó a Coñocar, quien permanecía de pie cerca de la puerta.

—¿Dónde quedó don Sixto? — le preguntó con toda tranquilidad.

Coñocar se volvió sorprendido, movió los labios para hablar, miró fijamente a don Olegario y, haciendo un supremo esfuerzo, dejó escapar un grito:

—¡El Invunche! . . .

Aullaron los perros . . . y luego atronó la sala un extraño chivateo que, al parecer, venía del camino. El pánico se hizo general; brotaron oraciones fervorosas y se hicieron mandas a San Antonio, San Juan, la Virgen de la Candelaria. El Niño Dios y el Cristo de Limpias. Don Olegario contemplaba a estos hombres lleno de conmiseración; al ver que los chivateos se repetían, cogió un lazo que estaba sobre una silla y salió.

—¡Yo les mostraré quién es el Invunche! — gritó desde el camino.

No habría andado más de media cuadra, cuando se detuvo, alguien se acercaba. Se escondió detrás de unas matas y esperó . . .

El Invunche avanzaba lentamente por el centro del camino, sobre el cual la noche había tendido sombras de traposidad angustiosa; de vez en cuando, la luna pasaba su escoba de plata sobre estas sombras y las amontonaba bajo las zarzas.

Cuando el Invunche estuvo cerca, corrió don Olegario hacia él, con intención de echarle el lazo. No pudo lograr su intento, pues a penas dió los primeros pasos, el Invunche dejó caer un pequeño envoltorio y se devolvió, emprendiendo veloz carrera. Cogió don Olegario el paquete y corrió detrás . . .

Al llegar a la playa, el Invunche se detuvo bruscamente frente al mar; con toda precaución avanzó el preceptor, deteniéndose a pocos metros de él . . . y escuchó sorprendido:

—“Somos un nudo de sombras en la fiesta del universo; mis uñas, atravesando el abismo, caerán sobre tu vientre . . . entonces volverás . . . sí, volverás . . . ¡volverás, Chalía! . . .”

Luego el Invunche se dió vuelta, golpeó las manos y entonó:

—Huipampa, huipampa, huipampa . . .

Huipampa, huipampa, huipampa . . . — y nuevamente echó a correr.

—¡Epifanio! . . . ¡Epifanio! — gritó don Olegario.

Este volvió la cabeza, pero el preceptor no se movió y lo dejó alejarse

Don Olegario regresó lentamente. Encontró ya a Chalía Ojeda en su casa, recostada en un sofá; dos mujeres la friccionaban y el resto de la gente permanecía de pie . . . Temor y misterio traslucían los rostros. Chalía estaba desfallecida, tenía los ojos desencajados, la cara rígida y cerosa, y los vestidos llenos de sangre . . . gotas de sangre coagulada manchaban también su frente.

Antes de que don Olegario dijera una palabra, entró a la sala don Sixto; un conjunto de trapos mal dispuestos le vendaba la cara.

—Ahí tiene usted, don O'egario . . . ¡y todavía dirá que no era el Invunche el que andaba por aquí! piyunteó uno de los majadores que se había acercado al preceptor.

Don Sixto, que alcanzó a oír esta observación, hizo un movimiento brusco y preguntó:

—¿También estuvo por aquí esa fiura?

—Sí, don Sixto — contestó don Olegario . . . Y dejó por el camino este chal.

—¡Sí es el de Chalia! — exclamó una de las mujeres

Dentro de un cielo despejado, alumbraba el sol; sus rayos caen oblicuos sobre el verdor de la mañana; el paso suave y lento de la naturaleza refresca los ojos cansados y soñolientos de don Olegario Villaruel. Torturan a éste los recuerdos y lo sumen en profunda meditación:

—“Somos un nudo de sombras en la fiesta del universo”, “¿qué habrá querido decir con esto Epifanio?, ¿se habrá dado cuenta de lo que dijo?”

Estas y mil preguntas más acuden a su mente, pero en ningún momento deja de molestar sus oídos:

“Somos un nudo de sombras en la fiesta del universo” . . .

Y luego:

“Huipampa, huipampa, huipampa,
huipampa, huipampa, huipampa . . .”

*

* *

—¿Tiene alguna noticia de ella, don Genaro?

—Acabo de recibir carta de Puerto Montt; me dicen que Chalia está bien y que trabaja en un taller de modas.

—¿Quién le escribe, don Genaro?

—El padre Fidel.

—¿Don Fidel Garay?

—Sí, estaba bastante enfermo, y fué a medicarse allá.

—Cuando le conteste, dígame que trate de hablar con Chalia, para tener otras noticias de ella. Usted sabe, don Genaro, que aunque ella me haya dejado, aun la quiero; es todo lo que tengo en esta vida y lo único que me preocupa . . .

—Así lo haré, don Sixto, y esté tranquilo, que ella volverá; es una buena mujer, y si ha hecho esto no ha sido por maldad; estoy seguro de lo que le digo. Esta misma tarde contestaré al padre Fidel y verá usted que pronto tendremos buenas noticias. Conozco los sentimientos de Chalia y se que, en cuanto sepa todo lo que ha tenido que sufrir usted, cambiará de parecer.

—Por favor, don Genaro, que no le digan nada de lo que me pasa . . . ¡si a veces ni deseo que vuelva!; estoy tan acabado, y sobre todo la vista, poco tiempo más me acompañará. No la veré más . . . así lo habrá querido Dios. ¡Jamás me he sentido tan desdichado, padre! . . . ¡jamás! . . . ¡jamás! . . .!

—Hay que tener resignación, hijo, y confiar en la Divina Providencia —argumentó el cura, al escuchar el llanto con que don Sixto exteriorizaba su profunda pena.

—Se me ha juntado todo, don Genaro . . . cuesta resignarse cuando a uno lo persigue así la mala suerte . . . Como usted sabe, las hipotecas me han comido las tierras; mi enfermedad . . . y más encima Epifanio . . . Pero lo de ese muchacho ya no me preocupa tanto . . . sin embargo, si él estuviera cerca me podría servir de algo . . .

—Cucao no está tan lejos, don Sixto, y le sería fácil ir, si quisiera . . .

—No quiero molestarlos, don Genaro; Sofía siempre me tuvo distancia y ahora, pobre como

estoy, sería para puro pasar humillaciones. Además se que ellos también están muy urgidos.

—No crea, don Sixto; Epifanio es trabajador y lo mismo Sofía, siempre ha sido diligente.

—¿Sabe, don Genaro, que allá se casaron por la Iglesia?

—No sabía, pero esperaba que así fuera, y me alegre mucho; ese casamiento por el Civil es una ofensa a la Religión . . . ¡Nuestro Señor jamás perdonará al que ideó semejante sacrilegio!

—¡Así es, don Genaro, si ellos no se hubieran casado a escondidas, de ninguna manera habría permitido yo tal cosa; por lo demás tampoco habría aceptado que Epifanio se casara con Sofía . . .

—Pero ya está hecho y hay que aceptarlo, don Sixto. Dios perdona a todos y el hombre debe imitarlo . . . perdonar . . . siempre perdonar . . . ¡hé ahí la dicha de Dios! . . . ¡Qué feliz sería el hombre si siempre tuviera algo que perdonar! . . .

.....

*... y el mundo se
acaba esta noche.*

Cuarta parte

I

LA PINCOYA

—¡Abuelito Sixto! . . . ¡abuelito Sixto! . . .
¡abuelito!

—¿Qué, chica? . . .

—¿No oye, abuelito? . . . alguien anda por ahí.

—¡Nó! . . . no temas, Pincoya, nadie se acerca a estas cuevas, duerme no más — contestó el portador Sixto Bahamonde, dando a su voz un tono de seguridad.

Su nieta, que desde niña lo acompañaba en sus peregrinaciones, se había acostumbrado a dormir en cualquier paraje; sin embargo, aquel socavón oscuro y misterioso, revestido de rocas negruzcas y carcomidas, despertaba en ella temor. Las palabras del abuelo y las llamas de la fogata que el viejo encendió la tranquilizaron completamente . . . el sueño la fué cogiendo de nuevo . . . la brisa marina,

suave y somnoliente, arrancaba con sus dedos cansados leves tañidos al matorral, y las olas recorrían en puntillas la playa cenagosa . . . La Pincoya se quedó dormida, hecha un montón entre sus harapos.

El pordiosero no podía dormir; en su mente pululaba, como una ponzoña, la voz de Mañuco, el sacristán de la iglesia de Dalcahue.

—“Mozalbeta . . . ¡malvado!, ¡atreverse a decirle tales cosas a mi nieta! . . . ¡Nunca más me pondré a pedir limosna en el pórtico de una iglesia! . . . Nadie puede querer tanto a mi Pincoya como yo, y que ese miserable haya hecho tal atrocidad . . .”

Pero ahora la moza está a su lado, y duerme tranquila . . . y el calor de su cuerpo es como una caricia para el pordiosero. Este palpa cautelosamente los harapos que la cubren y, cautelosamente también, los va separando . . . las yemas de sus dedos de ciego placieron suavidad de carne tibia . . .

Ambos despertaron contentos y con ánimos para continuar el camino.

—Sería bueno que hoy llegáramos hasta San Juan, chica.

—Si no nos estorba la marea en el vado, llegaremos, abuelito.

—Sujeta la bolsa y ábrele bien la boca, que esta cutuma de ropa no quiere entrar.

—Ya, abuelito, pero por aquí . . . ¡nó, abuelito, la boca está aquí!

—Sí, ¡ya se!

—Ahí . . . ahí, abuelito . . .

Con la mano derecha apoyada en el hombro de su nieta, echó a andar el mendigo; iba contento al

lado de Cheña, a quien llamaba cariñosamente su Pincoya.

Al caer la tarde avanzaban lenta y fatigosamente, el cansancio se pegaba a ellos como chiquillo mimado.

—Parece que no me darán las fuerzas para llegar hasta San Juan, me siento completamente caído.

Las palabras quejumbrosas del pordiosero no afectaron a su nieta, estaba acostumbrada ya a oír sus rezongos; además, teniendo qué comer, no iba a preocuparse, y la playa mostraba sus extensos arenales donde abundaban los mariscos.

—¡Te he dicho que no puedo más de cansancio, chica!

—Detengámonos aquí, si quiere.

El abuelo se detuvo sin contestar, y se sentó, recostándose sobre sus pilchas.

—Yo voy a mariscar mientras usted descansa, abuelito.

—Sí, anda . . . y no te demores mucho.

—Nó, abuelito.

Don Sixto se sumió en infinitas reflexiones, por las retinas del recuerdo desfiló su vida; un hormigueo placentero recorrió su rostro y sus ojos muertos. El no se daba cuenta por qué, pero, a pesar de todo, se animaban en él residuos de felicidad.

Crujió la arena bajo las plantas de la Pincoya.

—Volviste luego, ¿que te fué mal?

—Nó, abuelito, traigo una buena thrauna de mariscos; pase los fósforos, voy a hacer fuego para cocerlo.

Fácilmente ardieron las chamizas; un abanico de chispas buscó los cabellos de la Pincoya, movió ésta la cabeza, como una cabra arisca, y dejó escapar una

carcajada repleta y redonda. La risa de la moza llenó de satisfacción al pordiosero y, cuando ésta se repitió, golpeó las manos acompasadamente, cantando:

—“Siquirimiqui
y polvo miniqui.
Siquirimiqui
y polvo miniqui”.

Alrededor del fogón bailó la Pincoya . . . zapateaba redoblado en la arena, moviendo el cuerpo en voluptuoso vaivén . . .

Repentinamente dejó de cantar el abuelo.

—Siga pó, abuelito . . .

—¿No sientes el galope de un caballo, chica?

—Nó . . . siga no más.

—Bueno — contestó Sixto Bahamonde, y cantó nuevamente golpeando las manos . . .

*
* * *

Los primeros albores de la madrugada sorprendieron a don Santiago Arroyo en los preparativos para el medán de ovejas que, con mucha anticipación, había anunciado a sus vecinos. Su hijo Aureliano escuchaba atentamente las instrucciones:

—Cargarás primero la chicha, y de ahí pasarás a buscar a Casimiro Montaña, con la Andrea y otras personas más que él quedó de conquistar.

—Así lo haré, padre — contestó Aureliano, y salió a cumplir las órdenes.

Entretanto, Amalia, la mujer de Santiago Arroyo, atizaba los leños que ardían en el horno de

cancagua; de cuando en cuando, corría a la cocina, levantaba el paño que cubría el pan y lo observaba.

—¡Chicas! . . . ¡chicas! — gritó a sus hijas, que en ese momento hablaban en el patio.

—¿Qué, mamá?

—Agarren esas gallinas, antes que bajen del caitué . . . y no se les olvide pillar también el gallo, a ese le vamos a cortar el gañote primero que a nadie, ¡por arrecho no más! . . . ¿Oyeron?

—Sí, mamá . . . pero, ¿cómo van a quedar sin gallo las gallinas?

—¿Cómo, sin gallo? . . . ¿y el gallo thrintbre?, ayer no más lo vi haciendo curame a tu ñanga . . . que se las arreglen con él esas condenáas . . .

En ese momento, Leonila entraba a la cocina con una lita para trasladar el pan.

—¿Estará ya caldeado el horno, Leonila?

—Sí, Amalia; Chanchao lo quedó limpiando.

—Entonces, ¡evemos el pan.

—Todavía no, Amalia; él nos avisará . . . guardemos primero esta chungá levadurera, ligero llegará Beña y, si la mira, seguramente la va a malear.

—Así no más va a ser; la mirada de esos hombres que traen la mujer embarazada es igual que la de los brujos, todo lo que miran lo echan a perder . . . guárdala tú, mientras vaceo el agua de la artesa.

—No le botes mucha agua no más, para que no merme el lío; acuérdate que hay que hacer mazamorra además de los vaemes.

—Ya se, mujer; si va a alcanzar.

—¿Sabes dónde voy a dejar la chungá?, en el sobrado.

—De veras, ahí queda bien, nadie la verá . . .

—¿Crees que vendrá mucha gente, Amalia?

—Sí, unas cuarenta pagas lo menos, aparte de los colleteros y amucanes . . . Hace como seis meses que tenemos anunciado este medán; y desde ese tiempo que nos estamos preparando . . . Eché cuatro gallinas para tener pollonas para cazuela, y me salieron tan sacadoras las cluecas que, a pesar de que ese maldito quechi-quechi me comió varios pollitos, me van a sobrar. Lo único que siento es el chancho, pensábamos dejarlo para hechor, pero tuvimos que caparlo y engordarlo para esta fiesta; en fin, qué se le va hacer, necesitábamos ovejas y sólo así podíamos conseguirlas.

Así es, Amalia; de todas las mingas, el medán de ovejas es la que ocasiona más gastos, pero la paga que se recibe también es buena. Una borrega con todo el vellón, ¡cuánto no vale ahora! . . . y muchas llegan preñadas y antes del año se doblan . . .

—¡Ya, mujer! . . . ya está listo el horno, traigan el pan no más.

—¡Ya vamos! . . .

—Arréglenlos en la pala y yo los meto al horno.

—Bueno, hombre, ahí tienes; coloca no más . . .

—¿Cuántas hornadas piensan hacer?

—Por lo menos tres, Leonila.

—¿No será mucho pan, mujer?

—Nó . . . y todavía creo que va a faltar; se ve tan poco el pan en las casas que la gente aprovecha las mingas para comerlo; hay quienes pasan el año a puras papas no más . . .

—Así es, y hay que tomar en cuenta también que cada uno lleva su parte a la casa . . .

—¿Y mandaste ya a Aureliano, Chanchao?

—¡Sí, mujer!

—No debieron haber mandado a ese chico hoy, aquí va a hacer mucha falta.

—Es que fué a Dallico por unas arrobas de chicha, Leonila. Este año tuvimos tan mala suerte con las manzanas; apenas cosechamos unas cuantas, y todas machucadas.

—Así fué pué, pero te pasa por dejao, por no hacerle caso a la gente; todos te han dicho que los árboles están apestados con orines del Thrauco y no has querido hacer caso.

—¿Tienen porras entonces?

—Sí, Leonila, y yo no sé cómo combatir ese mal.

—Es muy fácil, Chanchao: se cortan doce porras de las más grandes, se entierran cuatro en el fogón, una en cada esquina; otras cuatro se entierran en los arenales, durante el pidcán. Las cuatro que quedan se cuelgan del coillín, envueltas en ganchos de espino negro y chaura y atadas con sargazos.

—Lo voy a hacer así, Leonila . . . ¡Sabe que es fácil el remedio ese!

—Sí, pero hay que hacerlo luego, antes que los orines de la fiura apesten más la arboleada

Después de medio día regresó Aureliano Arroyo, trayendo dentro de la carreta dornajo la chicha y varias ovejas de los que venían de Dallico.

Santiago Arroyo andaba de un lado a otro, prodigando atenciones a sus convidados. De vez en cuando se acercaba al caedizo, donde había ya varias borregas desconfiadas y asustadizas; en su rostro arrugado se dibujaba la alegría mientras las miraba lleno de satisfacción; las ovejas parecían comprenderlo y hacían su presentación ante él, ol-

fateándose con delicadeza, ya la cola, el hocico o la barriga . . .

En el patio, los jinetes habían iniciado con todo entusiasmo las **topeaduras**; con ese fin, don Santiago había hecho limpiar y alisar la vara, y la mayoría de los asistentes venían preparados para la competencia. Dos de ellos partieron de los extremos de la vara, colocada a la altura del pecho de los animales; los caballos pasaron la cabeza por sobre éste y avanzaron hacia el centro. Cuando ambos estuvieron cerca, los jinetes animaron a sus cabalgaduras, tratando de permanecer en la vara y, a la vez, de desalojar al contendor. Los animales, acostumbrados a estas competencias, enterraban robustamente los cascos en el fango y, apoyándose en las patas traseras, saltaban sobre el adversario para vencerlo . . .

El vencedor, para celebrar su triunfo, se desprendía del grupo, buscaba la playa, hacía varias pasadas frente a los espectadores y luego regresaba orgulloso, palmoteando a su caballo y manteniendo las riendas en tensión . . .

Se realizaba la última prueba, todos habían tomado parte en la competencia y ahora se enfrentaban los mejores. No cabía duda de que Aureliano Arroyo, con su **Petizo**, sería el vencedor; el caballo también parecía seguro del triunfo, sin quitar los ojos de sus adversarios, movía la cabeza y golpeaba el suelo enérgicamente, luego trotaba dando saltos acompasados y fogosos . . . su cuerpo parecía de elástico. Arremetió sin vacilación, nadie pudo resistirlo; varios jinetes saltaron de sus monturas, y algunos caballos quedaron sin freno y sangrando. Un grito de entusiasmo saludó al jinete, acarició éste la tusa rebelde de su **Petizo** y luego se alejó al

galope . . . en la playa, las gaviotas huían asustadas a su paso, y a los perros les faltaba tiempo para ladrarle . . .

Una fogata, que ardía detrás de unas rocas, hizo detenerse bruscamente al caballo; Aureliano tuvo que hacer grandes esfuerzos para no caer.

Una niña de traje raído y largas trenzas bailaba alrededor de la fogata; muy cerca de ella, un anciano andrajoso gangoseaba una extraña canción:

—“Siquirimiqui
y polvo miniqui.
Siquirimiqui
y polvo miniqui . . .”

Luego, el anciano golpeó las manos y subió el tono de la voz, y la muchacha aligeró la danza . . . Aureliano Arroyo se alejó temeroso . . .

.....

—¿Qué te pasó Ahuello? — preguntó Amalia, al ver llegar a su hijo muy pálido.

Este refirió lo que había visto; los asistentes al medán escucharon su narración temerosos y llenos de curiosidad . . . El dueño de casa, que era tal vez el menos preocupado, le preguntó:

—Y esa mujer, ¿bailaba mirando hacia el mar o hacia los cerros?

—Hacia el mar miraba, padre.

—Entonces . . . ¡alegrarse! . . . ¡alegrarse!; mañana vararán róbalos por toda la costa . . .

—¿Qué dices, Chanchao?

—Lo que oyes, mujer; habrá pescado en todas las playas de San Juan, mañana . . . La que bailaba no puede haber sido otra que la Pincoya, y ya

se sabe que cuando ella baila mirando al mar, las playas se llenan de pescados y marisco; ¿no es así, Casimiro?

—¡Así es, pué! . . . ¡así es! . . . dicen que la Pincoya es la Diosa del Mar, y no cabe duda que mañana tendremos los corrales llenos . . . ¡Esto hay que celebrarlo ahora mismo! . . . y muy bien.

—Claro que lo vamos a celebrar — contestó Santiago, cogiendo la guitarra y acercándose a Andrea.

—¡Cántenos una cancioncita antes de la cena, ahijada!

—Si Aureliano me acompaña, les canto; usted sabe que toco muy mal la guitarra, don Santiago....

—¡Allá voy! — gritó Aureliano, y colocándose al lado de Andrea, le preguntó:

—¿Qué quieres cantar?

—Cantaré “Blanca Flor y Filomena”, ¿qué te parece?

—Bueno, es bonita ésa . . . — contestó el mozo, pulseando la guitarra.

“Cuando la Leona andaba
entre la paz y la guerra
con sus dos hijas queridas,
Blanca Flor y Filomena,
llegó el duque Fernandillo
y se enamoró de una de ellas
se casa con Blanca Flor
y pena por Filomena.

Luego que se casó
lo llevó para su tierra.

A los nueve meses vino
a la casa de su suedra.

—Bienvenido seas, hijo.

—Bien hallada seas, suedra.

—¿Cómo quedó Blanca Flor?

—Señora, ha quedado buena,
y sólo parir le falta.

Me ha mandado Blanca Flor
que venga por Filomena.

—¿Cómo lo llevarís, hijo
cuando es una muchacha tierna?

—Yo lo llevaré, señora,
como hija mía que fuera.

—Lo subió para el caballo
y en las ancas lo sentó:

En mitad del camino iban
su intención le declaró.

—¿Que tienes, cuñado mío,
o el demonio te tentó?

Estas palabras que dijo
la lengua que le arrancó,

Vido pasar un pastor,
con la mano lo llamó,

y dice: "Lleva esta carta
para mi Blanca Flor".

Blanca Flor leyó la carta,
y del susto malparió".

.....

—Bien, niña, ¡bien! — dijo don Hilario Eugén, y los demás aplaudieron entusiasmados.

—Pasemos a cenar, ahora — invitó Amalia, en cuanto Andrea terminó su canción.

Las mujeres se colocaron a un lado de la mesa, y al lado opuesto se sentaron los hombres. Cada invi-

tado tenía frente a sí un plato de carne de chanco ahumada; otro de papas mallo y un gran pan chilote; además, en el centro de la mesa, se alineaban botellas, de rubia chicha para los hombres, y de mistela para las mujeres.

Transcurrió la comida casi en silencio, interrumpido de vez en cuando por los brindis del dueño de casa; los invitados correspondían, haciendo votos por la prosperidad de Santiago Arroyo y su familia

Los hombres se habían levantado ya de la mesa y las mujeres acomodaban en voluminosos atados los trozos de carne, panes y milcaos que llevarían a sus casas, cuando Amalia entró bruscamente al comedor.

—¿Qué pasa, mujer? preguntó Chanchao, intranquilo.

—¿Que no sientes cómo ladran los perros?

—¿Y por eso te asustas?

—¡Nunca se te da nada a tí!, a lo mejor es alguien que viene a tirarle algún mal a las ovejas recién llegadas.

—¡Siempre, pensando en eso, mujer!; cualquiera que llegue, ¡que sea bienvenido a esta casa!— dijo Santiago, hablando en voz alta y abriendo la hoja superior de la puerta

—Gracias, mi buen señor, somos gente inofensiva — respondieron pausadamente desde fuera.

Temblorosa, se dirigió Amalia a la puerta. Llevaba un mechero para alumbrar la entrada.

El pordiosero Sixto Bahamonde y su nieta la saludaron con humildad.

—Pasen adelante — invitó tímidamente. y agregó — en mi casa siempre hay cabida para los caminantes.

—¡Gracias!, y que Dios la bendiga por su buena acogida a los pobres de este mundo — contestó el viejo, franqueando el umbral de la puerta, guiado por Cheña.

—Adelante — repitió Amalia — haciéndolos entrar a la cocina. Aquí está más abrigado y les serviré algo de comer.

En la cocina se quemaban, retozones, gruesos leños de luma, formando una gran fogata que alumbraba la estancia con su luz rojiza. El pordiosero desocupaba los platos con marcada glotonería, mientras su nieta no quitaba los ojos de la fiesta que se desarrollaba en la sala.

Un acordeón llenaba el ambiente con la melodía enfermiza de un vals añejo y sentimental, que fué desplazada por el rasqueteo chillón de una guitarra; don Hilario Eugénin anunció la conga, punteándola con su seguridad de viejo sandunguero.

—Que bailen Aureliano y su novia — pidieron los asistentes, golpeando las manos regocijados.

Hilario Eugénin, punteaba bien, no cabía duda; su voz gruesa y áspera paladeaba añeja carne de sensualidad, la guitarra gemía entre sus manos velludas, robusto, redondo y brillante salía de su vientre el tañido. La estrofa de la conga husmeaba en la sala como una perra montañesa:

“Borracha la conga.

¡Sí, señor!

Borracha la conga

¡Nó, señor!

Arriba la conga.

¡Sí, señor!

Abajo la conga.

¡Nó, señor!”

De un lado a otro de la sala, Aureliano Arroyo pasea orgulloso a la Andrea, quien va cogida de su brazo, resbalándose en sí misma, vibrándole las pantorrillas en su andar enérgico, y, en los labios, racimos de sonrisas. Luego se sientan a escuchar una copla de la conga:

“Todo el mundo me murmura
 porque me siento a tu lado.
 Estando los dos contentos
 de nadie me da cuidado”.

Se levantan ahora; mueven lentamente los pies como si escobillaran el suelo, se miran fijamente, las manos rígidas se apegan al cuerpo, y apresuran el paso, zapateando suavemente al compás de la guitarra. Comienza después el zapateo rápido, redoblado; Hilario Eugénin levanta el tono, cambiando a la vez de estrofa:

—“Si la conga fuera
 de mal corazón,
 no dejara vivo
 ningún chapetón”.

El baile se aviva; la pareja agita los pañuelos y zapatos fuerte y menudo. Frente a la agilidad de la hembra, el macho demuestra su admiración deteniéndose en el centro de la sala y contemplando sus movimientos con cara de embrujado.

Andrea domina el baile; chancletea maravillosamente, y retuerce caderas y pantorrillas en jugosos contoneos de hembra excitada.

Se hace lento el compás, la voz de Eugénin se torna suave y el baile vuelve al movimiento de es-

cobilleo, continuando monótono. Aureliano toma entonces del brazo a su compañera y juntos dan algunas vueltas por la sala. El cantor continúa entusiasmado:

—“Borracha la conga.

¡Sí, señor!

Borracha la conga.

¡Nó, señor!”

.....

A este animoso baile siguen las cuecas, zambas, mazurcas y seguidillas Arrastrados por el entusiasmo bailan todos, jóvenes y viejos; y hasta Amalia, severa en su papel de dueña de casa, tiene que acompañar a su compadre Casimiro en una cueca . . .

—Me han dicho que ha bailado muy bien, señora — dijo el mendigo, cuando Amalia volvió a la cocina.

—Sí, pero me he quedado jadeando, ¡sólo al compadre Casimiro se le ocurren estas cosas!

—Mi nieta ha estado muy contenta esta noche, ella nunca ve estas fiestas . . .

Amalia miró fijamente al viejo que, en ese momento, acariciaba una mano de la Pincoya, hizo un mohín de disgusto, alejando así el mal pensamiento, y luego dijo:

—Todo no ha de ser penurias . . . y si la niña quiere bailar, no tiene más que ir a la sala; la fiesta es para todos y todos deben divertirse esta noche.

—Yo no se estos bailes — argumentó la Pincoya, avergonzándose visiblemente.

—Sí, pero podrías bailar el que te he enseñado yo, hijita — la animó su abuelo.

—Entonces, pasesmos.

Don Sixto y la Pincoya entraron a la sala cobibidos.

Hilario, Eugénin dejó de tocar y Aureliano contempló asombrado a la moza, en cuya mirada parecían cohabitar la curiosidad y el espanto.

La Pincoya guió al pordiosero hasta el centro de la sala. Este hurgó en sus bolsillos, hasta dar con un paquete amarillento que desenvolvió con cuidado; se trataba de un pañuelo, que el mendigo extendió con misteriosa delicadeza en el suelo, dejando una de las puntas anudada.

Todos los asistentes, de pie y en el más absoluto silencio, observaban intrigados estas manipulaciones.

El viejo sacó un par de tijeras, palpó el pañuelo y, al tropezar con la punta anudada, la desató cautelosamente: una lagartija pequeña escapó temerosa; el pordiosero agitó las manos, la cogió y, de un tijeretazo, le cortó la cola.

La cola comenzó a retorcerse, saltando sobre el pañuelo. La muchacha, de pie frente a ella, parecía una poseída.

—¡Ya, chica! . . . ¡ya! . . .

Una carcajada histérica se escapó de la boca de la Pincoya, quien dió en seguida tres vueltas alrededor del viejo y se detuvo . . . Luego, pisando en la punta de los pies, caminó sobre los bordes del pañuelo, entrelazó las manos sobre la cabeza y comenzó un zapateo monótono, manteniendo el cuerpo rígido. El mendigo golpeaba las manos y le canturreaba a media voz:

—“Siquirimiqui
y polvo miniqui
Siquirimiqui
y polvo miniqui.

... La Pincoya se animó, su baile se hizo más alegre y variado.

Fuera de ellos nadie se había movido en la sala. Invisible, el misterio iba de un lado a otro, depositando la ponzoña del miedo.

La voz del mendigo se hizo más acentuada, y sus manos se movieron golpeando con mayor seguridad. Los asistentes pensaban a cada momento que el baile llegaba ya a su fin, pero la voz del viejo volvía a acentuarse y la danza se animaba otra vez.

Bruscamente, terminó su baile la Pincoya y, haciendo resaltar sus modales ariscos, quitó la guitarra a Eugenín y se la entregó a Aureliano; éste la tomó, obligado por una orden imperiosa salida de lo más profundo de los ojos de la bailarina, palideció, su cara se cubrió de transpiración, y comenzó el punteo con robustez, llevando inconscientemente el compás del canto del mendigo.

En cuanto la Pincoya escuchó los primeros acordes, una pena repentina la embargó; se agachó, cogió con cuidado la cola de la lagartija, que ya había dejado de moverse, y la acarició largamente.

Después se acercó a su abuelo y, cogidos de la mano, salieron de la sala . . .

Aureliano continuó tocando; y el punteo monótono se hizo desesperante.

Santiago Arroyo llamó sigilosamente a su mujer y le ordenó que echara un puñado de sal bendita en el brasero.

Cuando los granos de sal comenzaron a reventarse en el fuego, Aureliano abrió la puerta y salió con su guitarra, esparciendo los compases de la extraña melodía.

La danza de la Pincoya había entorpecido de tal manera a los presentes que nadie atinó a cerrar la

puerta; la brisa marina entró a la sala refrescando las mentes adormecidas por un temor supersticioso. El cielo se mostraba amenazante; las nubes, caprichosos islotes movedizos, pasaban vertiginosas, galopando en persecución siniestra; más allá, sobre la montaña, la luna se había echado a empollar estrellas . . .

La noche comienza a abrir sus piernas de viuda. El aire tibio y húmedo acaricia sutilmente las quijadas de un caballo muerto; entre ellas, una araña teje la red de su esperanza.

Ahuyentados por los truenos, un cardumen de peces de oro cruza el espacio. Algunos goterones se destrozan en los alerces del techo de la capilla, detrás de la cual se acurruca temeroso el caserío de San Juan.

Entre las faldas de la playa, el mar penetra atrevido y lengüetea groseramente . . . fantasmas hembra transitan por la arena.

El huracán, macho anheloso, persigue a la lluvia. Ella se agazapa temerosa sobre los techos; ahí, el glotón le lame las espaldas y se aleja refunfuñando; a su paso, mechonea al matorral recién peinado por la lluvia.

Aureliano Arroyo no siente la noche, va de un lado a otro con su guitarra, repitiendo siempre:

“—Siquirimiqui
y polvo miniqui.
Siquirimiqui
y polvo miniqui”

El nuevo día es hermoso; el cielo parece recién lavado, las aves marinas vuelan alegres de uno a otro lado del estero; los rayos del sol penetran cu-

riosos en el matorral costeño y, tapando su pudor con manto sutil, fluye la humedad, avergonzada.

La borrasca de la noche anterior ha sido intensa, sin embargo, hizo pocos perjuicios; sólo las varillas de algunos corrales flotan sobre las aguas del estero, y en la desembocadura del río San Juan, muestran sus dientes varias ovejas muertas.

Los costeños admiran la rapidez con que se produce la vaciante; en pocos minutos queda toda la playa en seco.

El rápido descenso de las aguas deja llenos de peces los corrales de piedra, y a lo largo de la costa y en las partes bajas del estero, una varazón nunca vista.

Todo el vecindario de San Juan acude a la playa; en procesión, descienden los montañeses, atraídos por esta abundancia. Y durante varios días las fogatas arderán en los campamentos, donde se limpia y ahuma el pescado.

Don Sixto Bahamonde caminaba erguido, aquella hermosa mañana lo había reanimado; parecía olvidado de su harapiento destino. Por primera vez logró la infinita felicidad de la armonía del cuerpo y el alma. ¡Hacía tanto tiempo que todo su cuerpo rengueaba, y ahora iba dichoso bajo sus andrajos!

Cuando el camino se tornaba peligroso, la Pincoya lo cogía cariñosamente del brazo.

Jadeando escalaron la cumbre del camino costeño . . . descansaron. La muchacha contempló de allí el pequeño caserío de San Juan; cierta nostalgia la embargaba.

El sol, con su abanico de espadas incandescentes caldeando la tierra, avanzaba rastrojeando como una perra hambrienta. Pequeñas embarcaciones bordeaban las ensenadas de los canales o se detenían

junto a los peñascos; la brisa acariciaba sus velámenes, arrastrándolas suavemente; semejaban caravanas de cisnes planchados.

El calor se hace sofocante; vaho espeso sube lento entre las piernas de la moza, luego se echa de bruces sobre el camino . . . Se acentúa la nostalgia de la Pincoya; de cuando en cuando, sus gruesos labios violeta dejan escapar un suspiro de hembra.

—¿Qué sucede, Pincoya? — pregunta el portosero.

—Nada, abuelo. nada; no se preocupe.

—¿Seguimos caminando, entonces?

—Sigamos . . .

De repente el camino desciende hacia la playa; la lluvia lo ha convertido en un largo lodazal, casi intransitable. Muchas veces el mendigo y su nieta cayeron juntos al barro, y juntos blasfemaron iracundos.

—¿Llegamos ya a la playa? — preguntó don Sixto, después de caminar un largo rato sin hablar.

—Sí — contestó la Pincoya — y andamos con suerte; recién comienza la vaciante.

—Era lo que esperaba — dijo el mendigo, respirando profundamente y alargando el paso.

La muchacha se daba cuenta de que su abuelo estaba muy alegre, también ella estaba contenta, y no comprendía por qué.

Sobrados motivos tenía el viejo para sentirse feliz; caminaba a su lado, tan cerca de ella, percibiendo claramente su respiración y la tibieza de su cuerpo, transmitida a través de los dedos sedosos de la muchacha, que era la razón de su vida.

—Podemos descansar sobre estas rocas, abuelito — y la Pincoya se empinó para secarle la transpiración que le cubría la frente.

—Bueno sería, estoy otra vez cansado — contestó el abuelo, mientras palpaba la roca buscando una parte adecuada para sentarse.

—Si quiere, puede comer algo mientras me baño . . .

—¿Qué dices?; ¿te vas a bañar, chica?;

—Sí, abuelito, ¡tengo tanto calor!, el sol quema como nunca y el agua está tan clarita.

—Bueno, haz lo que quieras; pero yo preferiría que no te bañaras . . .

La Pincoya ya se había despojado de sus harapos y se alejaba; el viejo lloró el dolor de aquella felicidad.

—¡Avergüencense, ruines, miserables, avaros, indignos harapos malolientes, que ocultan e infectan tal hermosura de carne! — murmuraba el viejo, revolviendo las ropas.

Treles y gaviotas dejaron caer sus chillidos ariscos sobre el chapoteo que hacía la muchacha en el mar.

El cuerpo duro y resbaladizo de la Pincoya, contorneaba voluptuoso las verdes y caprichosas redondeces de las olas gigantes; los rayos del sol, anguilas de fuego, buscaban sigilosamente los muslos, que se escabullían retorciéndose entre las aguas; lamillas y sargazos la lengüeteaban sedientos . . .

Jadeos de hembra y tibiezas de cuerpo llegaban hasta don Sixto, desesperándolo; bruscamente se puso de pie, temblaban sus carnes como los ijares de un potro. Guiado por el instinto avanzó, dió un traspies y cayó, justamente sobre la Pincoya, quien estaba vistiéndose . . . dejaron de temblar sus carnes excitadas y ardieron las yemas de sus dedos al contacto de aquel cuerpo tibio, húmedo y vibrante. Diez garfios de acero arañaron las carnes salo-

bres de la muchacha. Un grito, desgarrador cayó a los pies del mendigo, buscó el matorral y se perdió entre las zarzas del camino.

—“¡Ahora sí que estaré seguro de tí, bellaca!— vociferaba iracundo el abuelo— ¡Ya no me importa que beses a Goyo, ni que el sacristán te agarre el trasero! . . . ¡Tampoco me importa que ese maldito perro te haya lamido los senos en el pajonal de Mocopulli! . . . Ahora te tengo aquí, te tengo aquí muy cerca, demasiado cerca para que perro alguno se atreva a olfatearte . . .”

. . . La Pincoya estaba horrorosamente pálida, inerte sobre la arena tibia. Tembloroso y desencajado, el pordiosero apegaba su cuerpo al de la nieta y lentamente la fué cubriendo con sus harapos, que caían como colgajos de leproso; sus largos años de abstinencia eran demonios con olfato de caníbales . . . Su mundo de tinieblas se iluminó repentinamente:

Ante sus ojos cruzaron extravagantes fantasmas transparentes, deformes, gelatinosos; caminaron sobre el mar, dirigiéndose a la playa y, al llegar a la orilla, adquirieron la forma de monjes, que se arrodillaron a orar en la arena. Momentos después se elevaron de entre ellos grandes globos celestes, que, a cierta altura, adquirirían la forma de un pez; cabalgados por mujeres desnudas, descendieron estos peces y, apenas tocaron tierra, las mujeres corrieron en puntillas a abrazar a uno de los monjes. Forcejeó éste disgustado, se echó al suelo y abrió la boca desmesuradamente, dejando escapar un chorro de agua de color rojo; este chorro se transformó en espuma, que fué cubriendo los cuerpos de las desvergonzadas . . . entonces las mujeres se le echaron encima; la espuma siguió creciendo, de pronto cam-

bió de color, y aquel enorme enjambre de burbujas estalló . . . Olas cilíndricas, enormemente largas, se recostaban en la playa, sobre ellas rodaba una piedra de molino, ensangrentándolas . . . se abrió una gran boca en el cerro, de la que salieron innumerables sanguijuelas sedientas, a beber esta sangre. Por último vió caer una lluvia de lamilla verde, que cubrió lentamente la tierra ávida

Era mediodía; el pleamar mojó a la Pincoya, despertándola. Se restregó los ojos y luego miró detenidamente a su alrededor; cerca de ella flotaban los viejos zapatos del abuelo . . . Más allá, los chillidos estridentes de las aves marinas caían como insultos sobre el cuerpo semidesnudo y rígido del pordiosero; una jaiba muy pequeña le estaba desgarrando los párpados, mientras otras transitaban curiosas sobre sus harapos.

La muchacha hizo un gesto de indignación, acomodó sus polleras como hacen las mujeres maduras, y se levantó.

Una mancha oscura flotaba en el mar y se acercaba con lentitud al abuelo. La Pincoya la veía como una enorme y gruesa piel de buey, de color café obscuro, completamente extendida. Los tentáculos del terror se aferraron robustos al alma convulsa de la muchacha, tiritaban sus músculos y el grito se agigantó de tal manera en su garganta, que se estranguló a sí mismo; a sus ojos, desmesuradamente abiertos, se asomaba el espanto.

La mancha avanzó cautelosamente hasta colocarse debajo del cuerpo de don Sixto, luego se reple-

gó, envolviéndolo como una mortaja, y se hundió en el mar.

—¡La manta! . . . ¡la manta! . . . ¡Socorro! . . .
— gritaba la Pincoya, corriendo a lo largo de la playa.

El camino se le hacía cada vez más áspero y tortuoso. Cansada de andar, trepó a una roca y se sentó. Echada como una pequeña bestia enferma, contempló el horizonte adormeciéndose. De cuando en cuando, la brisa salobre, con bruscos manotones, hacía retorcerse dolorosamente el cuerpo de la muchacha; la fatiga aumentó su adormecimiento, sin embargo, el sueño no logró vencer sus nervios excitados.

Grandes nubes plumizas cruzaron el cielo, y se cubrió de sangre la pradera; un disco de fuego agujereó la tierra.

— . . . “Siquirimiqui
y polvo miniqui.
Siquirimiqui
y polvo miniqui . . .”

—¡Abuelito! . . . ¡abuelito! . . . ¡abuelito! . . .
— gritó sorprendida la Pincoya.

Arrastrándose como un tullido vió llegar al abuelo Sixto, quien se echó a sus pies dócilmente. Lo miró complacida, quiso acercarse a él, pero cuando lo iba a hacer, el abuelo se incorporó, rió a carcajadas y, golpeando las manos, desapareció . . .

Desde unas rocas, volvió hasta ella la canción del abuelo. Se levantó entonces, apoyando todo su cuerpo en la punta de los pies, cayeron sus harapos de pordiosera y comenzó a bailar: los brazos se movieron imitando el vuelo de los cuervos, luego se agitaron desacompadadamente y por último que-

daron, como olvidados, detrás de la nuca; muslos y pantorrillas resbalaban robustos y voluptuosos, atropellándose como manada de lobos. Varias veces giró sobre sí misma hasta que, enredándose en su cintura, cayó hecha un nudo . . . Jadeó desesperadamente . . . se levantó, simuló coger un manojó de flores y huyó encorvada hacia los matorrales . . .

II

“FANDANGUITO CELOSO . . .”

Es víspera de San Juan . . . Mirando al suelo, camina lentamente Epifanio Bahamonde, los flecos de su manta trazan rayas discontinuas sobre el barro blando y negro del callejón de Cucao. Al pasar frente a la capilla, se descubre respetuosamente, arregla su cuchillo de matancero, que le viene rasguñando las caderas, y aligera el paso. De cuando en cuando, se encuentra con algún conocido que vuelve de Chonchi cargado de provisiones . . .

Don Andrés Chodil lo esperaba en la puerta de su casa. Apenas Epifanio saludó, llegaron hasta él gruñidos ahogados.

—Ya lo tenemos maniado — dijo Chodil.

Epifanio no contestó; los chillidos del chanco se desparramaron por su cuerpo, excitándolo. Inconscientemente llevó la mano a la cintura y empuñó el cuchillo

Implacable, seguro, penetra el acero hasta el corazón . . . el grito chillón del animal se transforma en ronquera de muerte . . . humeantes borbotones de sangre salpican los brazos de Epifanio Bahamonde, se escurren por el cuchillo y van a caer dentro de una lapa de avellano . . . las manos largas hinchan sus venas y se revuelcan con deleite en los cuajarones . . . placer de tibieza recorre su cuerpo . . .

—¡Ya, niños! — gritó Andrés Chodil, llamando a sus hijos.

—¡Agarrar firme!— ordenó Epifanio, tomando uno de los extremos de la vara a que estaba amarrado el chanco.

—Por aquí, chicos . . .

—Sí, papá, pero junte más las estacas.

—Están bien, ¿qué no ves el portecito del chanco?

—Sí, don Andrés, déjelas así no más — dijo Epifanio, acercándose al fogón.

Las llamas de las chamizas secas lengüetearon con avidez el cuerpo del animal; ardieron las cerdas y se chamuscó el cuerpo.

. . . Epifanio raspaba con el dorso de su cuchillo, desprendiendo las cerdas quemadas.

—No raspe muy fuerte, Epifanio. ¡Cuidado con la thragua!

—Si nó, don Andrés; no fué el cuchillo que rompió ahí, son las estacas que tienen muchos nudos . . .

—A la panza le quedan cerdas todavía, habrá que acercarle más la llama.

—¿No será mejor dar vuelta el chanco, papá?

—Nó, niño, más se rompe la thragua.

Cuando se quemaron completamente las cerdas, trasladaron el chanco a una mesa. para lavarlo.

—Ahora podemos abrirlo, don Andrés.

—Haga no más, Epifanio — contestó Chodil, acercando una artesa para recibir las vísceras.

El cuchillo del matancero se enterró en la garganta del animal y se deslizó por el vientre, hasta llegar a la cola.

—No creía que estuviera tan gordo — dijo Epifanio, mostrando el surco blanco que dejara el cuchillo.

—¡Vaya que no iba estar gordo!, si se ha comido más de seis chiguas de cuchipoñis; tendrá que dar por lo menos tres botijas de manteca . . .

—Afirmé la artesa, don Andrés, ¡que allá va el menudo!

—Echele no más.

Un rollo de intestinos cayó dentro del tiesto.

—¡A ver, niños!, sujeten ustedes ahora, mientras yo termino de limpiar la paila.

—Vaya sin cuidado, papá.

Chodil se dirigió a la cocina; repetidas veces restregó la paila con arena y lejía, hasta dejar el cobre reluciente.

—Esto debieras haberlo hecho tú, Cañiña — dijo a su mujer, que estaba sentada a orillas del fogón. — Te has pasado toda la mañana dándole ajeno al chiquillo y haciéndolo chillar; ¡no se cómo no te lastima los oídos!

—¡Si este malvado limpia el pecho antes de chupar!, ¡No ves?, ¡no ves?; a la fuerza tengo que encajárselo a este rampi — contestó Cañiña, metiendo en la boca del crío el pezón negro, embadurnado con el amargo ajeno destetador.

—¡Ya te he dicho que lo dejes, mujer!

—¿Si?, ¿crees que no se me cansan las espaldas de tanto darle que mamar? . . . Como a tí no se

te ha colgado nunca de los pechos, por eso que no se te da nada. Aunque te molesten los gritos, tiene que probar el ajeno para que no mañosee más.

—Bueno, haz lo que quieras, mujer.

.....

—Podíamos aprovechar esta pailada para echar a cocer la carne del “Lloco”; acuérdate, Andrés que hay que mandar a tantas partes, y se hace tarde.

—Ya te estás apresurando, mujer, todo a su tiempo; quedan todavía como cuatro pailadas de chicharrones que freir. Mejor será que acabes de sobar esa masa, primero.

—Bueno, no la sobaré más, estoy cansada ya; también me he llevado toda la tarde en esto. ¡A ver si me pasas esa botella para estirla!

—Pásasela tú, chiquillo . . . ¿que no me oyes? . . .

—Ya puede colocar las sopaipillas, don Andrés —dijo Epifanio, saboreando un chicharrón que recién sacaba de la paila.

—Echa esas sopaipillas luego, mujer; tan apurada que estabas por la carne, y sabes que hay que freir eso primero . . .

.....

—¿Y vendrá esta noche, Epifanio?

—Nó, doña Cañiña, vivo tan lejos.

—¡Si no es tan lejos!; puede acompañarse con mi compadre Jeño, que hace el mismo camino. No deje de venir, y si nó, que venga Sofía.

—Sí, ella puede venir, siempre que don Jeño y su mujer la quieran acompañar.

—Yo le diré a mi compadre, cuando regrese de la playa; tiene que pasar por aquí.

. . . Una vez que todo estuvo listo, Cañiña acomodó la carne, sopaipillas, roscas, milcaos y chicharrones en fuentes y soperas . . . y sus hijos salieron a repartir el lloco a los vecinos.

.....

Cuando Epifanio llegó a su casa, encontró a Sofía llorando sobre la cama.

—¿Qué tienes, mujer? — preguntó disgustado. ¡Apostara que es por la Cheña!

—Sí, es por ella; la echo de menos . . . ¡es mi hija!

—Sabes que regresará pronto . . .

—Sí . . . ¡muy pronto!, ¡cuántos meses hace ya que salió de aquí? Yo no se hasta cuándo nos molestará tu padre; tú también tienes la culpa, ¡para qué se la prestaste!

—El pobre viejo no tenía quién lo acompañara, además otras veces también la ha llevado, y nada has dicho.

—Sí, pero no se han demorado tanto en volver.

—Así ha sido, mujer, pero te aseguro que ésta será la última vez; mi padre tendrá que buscar otra persona para que lo acompañe.

—El año pasado dijiste lo mismo . . .

—¡Sofía! . . . ¡Sofía! — llamó alguien, desde el camino.

—Parece la voz de la mujer de Jeño.

—Debe ser ella; Cañiña quedó de decirles que te pasaran a buscar.

—¿A mí?

—Sí, para la fiesta de esta noche; querían que fuéramos los dos y yo les dije que estaba muy cansado, pero que si tú tenías con quien acompañarte, irías.

—Podías habérmelo dicho antes.

—¡Apúrate, Sofía! — volvieron a gritar desde el camino.

—¿Qué le digo, Epifania?

—Haz lo que quieras, mujer.

—Bueno, ¡iré! . . . ¡Espérenme que ya voy! — y salió casi sin arreglarse.

—Si tiene naipes, llévelos para sacar la suerte — indicó la mujer de Jeño.

—Sí, aquí los llevo — contestó Sofía, mostrándolos

Cuando llegaron, había ya mucha gente en casa de Chodil. Hombres y mujeres estaban entusiasmados con los preparativos para la noche.

Cañiña apuraba la cena, quería estar desocupada antes de las doce; para ella, como para todos los isleños, la noche de San Juan guardaba el secreto de su destino . . . sus presagios eran infalibles.

—Puede que me toque la papa sin pelar a mí, no quisiera ser más pobre — pensó en voz alta.

—¡Es cuestión de suerte, Cañiña!, yo me conformaría con una a medio pelar, una no debe ser ambiciosa; eso sí que no quiero la pelada entera, mire que la pobreza la pone hasta mala a una . . .

—La Sofía está amasando un thropón, y dice que lo hará bailar sobre las brasas a las doce de la noche, ¿lo cree usted?

—Sí, a mí me han asegurado que es cierto.

—¿De qué hablan? — preguntó otra de las invitadas, acercándose.

—De la suerte, pú.

—Ya no creo en nada de eso, fíjense que el año pasado el anillo golpió sólo una vez el vaso y lo más bien que estoy, ni pienso en morirme todavía;

y a mi tía, que le golpió diez veces, la pobre se murió como al mes . . .

—Es que ella no creería, y para que estas cosas resulten, hay que hacerlas con fe.

—Esas son puras “patrañas”.

—Entonces, ¿tampoco creerás que a las doce se aparece el diablo en el espejo.

—¿Acaso lo has visto tú?

—Nó, yo no me atrevería.

—Yo sí, tengo ganas de conocerlo; verán que a las doce en punto me iré al huerto a mirar al espejo . . . ¡a ver si se me aparece a mí!

Sofía Ampuero entró a la cocina, amasando su thropón, y preguntó:

—¿Irán al arroyo esta noche?; yo no tengo ánimo de bañarme, hace mucho frío.

—Si no hace tanto, y vale la pena ir. El otro año yo me bañé y he pasado todo el año sin enfermarme; y mira mi pelo, ¡cómo se ha puesto de bonito!

—Así es, pero casi no me atrevo; además no he venido preparada.

—Pero si no se necesita nada, todas nos bañaremos pithrán; ¡quién nos va a ver a esa hora!

—Si van todas me atrevería; a lo mejor me hace bien . . .

—Sí, Sofía, ámate; casi todas iremos.

*

* *

Después de la muerte del abuelo Sixto, la Pincoya vagó sin tino ni dirección; un día cualquiera decidió volver a su casa. Salió de Castro, a donde había llegado hacía dos semanas, y tomó el camino que conduce a Rauco.

Con dificultad trepaba los cerros, descansaba en las cumbres y descendía; aplastada siempre por la bolsa en que llevaba sus harapos . . .

El aire salino le humedecía la boca . . . lentamente, sus labios morados fueron despellejándose, hasta quedar blanquecinos . . . huesudas y prominentes, se dibujaban sus rodillas bajo la bata de percal . . . se hundían los pies en la arena blanda y áspera, y sus dedos gastados semejabán gotas de sangre fresca . . . el cuerpo ligeramente curvo, resbalando y tropezando con su cansancio, resistía aún los latigazos despiadados y persistentes de la lluvia y del viento . . .

Sucesivos y gigantescos cilindros verdosos buscan la playa, rastrean los espumarajos amarillentos y luego retroceden, como pulpos con tentáculos de aletas . . . Las chozas de madera y paja de Rabue pasan desapercibidas para la Pincoya, que camina completamente absorta en extraños y confusos pensamientos.

Un grupo de hombres y mujeres que estaban mariscando la hizo apartarse del camino. La Pincoya acortó el paso y buscó los matorrales, avanzando oculta y sigilosa; de pronto tropezó con una estrella de mar, la observó atentamente y la tocó con el pie; sus mejillas se colorearon . . . la sonrisa quemó sus labios despellejados y la inquietud asomó a sus ojos; miró en todas direcciones, como una bestia arisca: no había nadie . . . tomó entonces la estrella y la acomodó en unos trapos. Sosteniendo cuidadosamente su envoltorio, prosiguió el camino, ocultándose siempre . . .

*

* *

La Pincoya golpeó repetidas veces a la puerta de su casa, y nadie salía a abrirle. Hacía poco que Sofía se había ido a casa de Chodil y Epifanio, vencido por el cansancio, dormía a orillas del fogón.

—¡Abranmé!, ¡abranmé! . . .

Los gritos de la muchacha despertaron a Epifanio, que corrió a la puerta.

—¡Tan tarde!, ¿y vienes sola?

—Sí, sola, ¡siempre he andado sola!

—¿Cómo? . . . ¿y tu abuelo?

—¿Mi abuelo?

—Sí, tu abuelo . . . ¿dónde quedó?

—Se murió, se ahogó por malo . . .

—¿Se ahogó dices, Cheña?

—Sí . . . en el mar; él quiso ahogarse . . . él dejó que se lo llevara la manta, y se fué hundiendo, hundiendo . . . no me hizo caso cuando lo llamé. Después lo sentí cantar desde una roca:

“Siquirimiqui
y polvo miniqui.

Siquirimiqui

y polvo miniqui . . .” y golpeaba las ma-

nos. Yo bailé hasta que caí cansada.

—¡Pincoya! . . . ¡Pincoya! . . . ¡Pincoya!, lo sentí gritar todavía desde la roca. ¿Recuerda que así me llamaba el abuelo, papá?

—Sí, Cheña — contestó Epifanio, mirando el envoltorio que acunaba su hija. — ¿Y qué es eso?

—Mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Sí, mi hijo . . . pero no me lo mire . . . ¡no me lo mire, por Dios! . . .

Epifanio se sorprendió desagradablemente, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

—No me lo mire, no me lo mire — suplicaba aún la **Pincoya**, mientras se echaba al suelo, cubriendo con su cuerpo el envoltorio.

Epifanio se agachó y, empujándola con terquedad, tomó el paquete y comenzó a deshacerlo, sin preocuparse de las súplicas de su hija. Pronto pudo cerciorarse de lo que ocultaba la **Pincoya**: no era un niño, sino una estrella de mar. El temor se apoderó de él y comenzó a tiritar, miró a su hija y la vió arrastrarse por el suelo, como si estuviera tullida.

—¿Qué haces? — le gritó.

La **Pincoya** no contestó y siguió arrastrándose, hasta salir de la casa. Su padre se acercó a levantarla, pero ella dió un salto y huyó, gritando desesperadamente:

—¡Cucao!, ¡Cucao!

Epifanio la siguió; de trecho en trecho la llamaba, procurando dar a su voz un tono cariñoso. Pero ella corría . . . y corría, saltando las zarzas y buscando los claros del matorral, donde los rayos de la luna formaban charcos de plata . . . bruscamente se detuvo, a sus pies hervían las aguas de la laguna.

—¡Cuidado, Cheña! — gritó su padre.

La **Pincoya** no respondió: trepó a un árbol, cuyos ganchos colgaban sobre las aguas, y de allí se lanzó . . .

—¡Cucao!, ¡Cucao! — gritaba cada vez que su cuerpo volvía a la superficie.

Epifanio corría como un loco, bordeando la laguna; no distinguía nada. y el grito insistente y lúgubre se multiplicaba, desorientándolo . . .

—¡Cucao! . . .

—¡Cucao! . . .

—¡Cucao! . . . después se desplomó el silencio . . . Epifanio se encontró al fin en el camino de su casa.

Cuando iba llegando, sintió que alguien entonaba:

“Fandanguito celoso,
¿qué andas haciendo?
Mi calzón está roto,
lo voy cosiendo . . .”

Era la voz de su mujer. Epifanio se detuvo a escucharla y, cuando terminó la canción, entró.

Sofía estaba al lado del fogón.

—Me acabo de bañar — dijo, al verlo.

El la quedó mirando; tenía las polleras más arriba de las rodillas y secaba sus cabellos, que aún estilaban . . . bocanadas de vaho de hembra le azotaron la cara . . . se hincharon sus labios . . . avanzó torpemente . . . Y untó sus manos temblorosas en morbidez de caderas, muslos y pantorrillas . . . y vació su boca de mordiscos . . . Espantada, escapó la humedad del cuerpo de Sofía Ampuero

Glosario

A

Abalizar.—Recoger los remos, colocándolos a lo largo de la embarcación, para descansar o atracar.

¡Achichí!.—Interjección que expresa frío.

Achivatadas.—Aplicase a las bebidas de graduación alcohólica muy alta.

Aforrado (de aforrarse).—Dícese del molino cuando sus piedras se atascan, se sujetan.

Agua de aliento.—Bebida medicinal que se prepara con las raspaduras de cierta piedra arcillosa, se usa como cordial.

Aguapi.—Ultimo estruje de chicha que da el residuo de las manzanas, agregándole agua.

Ampes.—Nombre genérico de los helechos, en la Isla.

Amucanes.—Huéspedes (tal vez de amocanche = caminante, pasajero).

Amuñando (de amuñar).—Amasando.

- Ancud.—Capital de la provincia (de anca y and = tierra acondicionada para siembras).
 ¡Arrealhué!—Interjección usada por los brujos al emprender el vuelo (de jarre! y alhué = diablo).
 Arrecho.—Animal en celo, úsase como insulto.
 Atochado.—Atestado.
 Aúto (Hacer).—Retozar (de aughcatun = jugar travesando).

B

- Barbecho a luma.—Arar a lumas.
 Bauda o Vauda.—Ave, cuyo grito es considerado de mal presagio.
 Beña.—Diminutivo de Bernabé.
 Beta.—Cuerda de quilineja o voqui, usada en los aparejos de las embarcaciones.
 Bolina.—Rachas de viento arremolinado.
 Bongo.—Embarcación hecha de una sola pieza.

C

- Cabildo.—Cofradía de seglares instituída por los Jesuítas para organizar procesiones y fiestas religiosas.
 Cachi (Hecho).—Dícese de las partes del cuerpo cuyos tejidos están insensibles, dormidos.
 Caedizo.—Mediagua.
 Cahui (Hacer).—Dormir, refiriéndose a las gallinas.
 Caicumeo.—Camino de Ancud a Castro, lleva este nombre en recuerdo del indio Caicumeo, que lo trazó.
 Caitúe.—Lugar donde duermen las gallinas.

- Calafate.—Fruto comestible de un arbusto espinoso; de color negro y del tamaño de una arveja.
- Caldeado.—Animal que anda en acecho, excitado.
- Caleuche.—Buque fantasma, que se cree tripulado por brujos (de caleutum = transformarse y che = gente).
- Callana.—Vasija de greda que se usa para tostar granos.
- Camahueto.—Monstruo de la mitología isleña que habita los ríos, es semejante a un ternero, con un solo cuerno.
- Camañita.—Queridita (tal vez de camarico = amorcillo).
- Campanario.—Cabaña circular con techo de paja y muros de estacas; se emplea para la trilla, y sirve también de pesebrera.
- Camuesas o Camuestas.—Variedad de manzana, muy ácida; se destina a la fabricación de la chicha.
- Cancagua.—Piedra arenisca que se ocupa en la confección de hornos y braseros.
- Cangrejear.—Pescar cangrejos.
- Cangrejera.—Parte de la playa en cuyas arenas, agujereadas por pequeños cangrejillos, es fácil empantanarse.
- Canutillo.—Hierba usada para cama de los animales.
- Cañe o Cañi.—Diminutivo de Candelaria.
- Caribajito.—Modoso, moderado.
- Carreta dornajo.—Dornajo arrastrado por bueyes, no lleva ruedas.
- Casimita.—Casa anexa a la iglesia, donde habita el cura (casa-ermita).
- ¡Catay!.—Interjección equivalente a ¡es posible!

- Caulli.—Dícese de los animales de pelaje blanco y negro, overo (de caulle = especie de gaviota).
 ¡Cay! ¡Cay!.—Grito del coo, que se interpreta como la risa de esta ave.
- Cay-Cay.—Señor del mar.
- Coché.—Diminutivo de José. (Coché Omingo= José Domingo).
- Cochodoma.—Hembra del cangrejo, (de domo= mujer).
- Coe.—Bolsa de lona, usada de preferencia para el transporte de ropa.
- Coigüe.—Arbol parecido al roble.
- Coillín.—Armazón de madera, colocada sobre el fogón para sostener las ollas; sirve también para ahumar carnes, pescado, etc.
- Coiña.—Diminutivo de Clorinda.
- Colo (gato).—Gato montés.
- Colles.—Moluscos univalvos.
- Colletero.—El que asiste a una fiesta sin ser convidado.
- Compadrones.—Fanfarrones, valentones (expresión argentina).
- Conchabiar.—Conchabar, trocar.
- Concha de lata.—Nombre que recibió la primera locomotora que llegó a la Isla.
- Conga.—Baile regional muy parecido a la zamba.
- Consejo de la cueva.—Tribunal de los brujos.
- Contra.—Remedio para los males de brujería.
- Coo.—Lechuza.
- Corrales.—Cercados de madera o piedras que se hacen en las playas, para retener la pesca en los cambios de la marea.
- Creciente.—Subida de la marea.
- Cubrir.—Fecundar, aplícase a los animales.
- Cucao.—Nombre de un pueblo y laguna.

- Cucuy o Cuy-Cuy.—Planta medicinal.
Cuchipoñis.—Variedad de papa chanchera.
Culle o Culli.—Vinagrillo; yerba ácida medicinal.
Curame (Hacer).—Acción de pisar el gallo a la gallina.
Curanto.—Comida regional a base de mariscos, que se prepara en un hoyo con piedras calientes (de cura = piedra).
Cusma.—Insulto que se dirige al Thrauco.
Cutama.—Atado.
Cuthrín.—Color obscuro.
Cutuma.—Hinchazón, cototo.
Cuzcos.—Perros.

Ch.

- Chacao.—Nombre de un pueblo y canal (de chagcan=desmembrar).
Chafeo.—Diminutivo de Alfredo.
Chalía.—Diminutivo de Rosalía.
Chalilo.—Juego de la chaya (en Carnaval).
Chalotas.—Variedad de cebollas.
Chanchao.—Diminutivo de Santiago.
Chapaleles.—Pantrucas grandes.
Chaquiras.—Mostacillas.
Chascudos.—Melenudos.
Chaura.—Fruto silvestre que sirve de alimento al choroy.
Challanco.—Esfera de cristal que, según los brujos, revela escenas del pasado y del futuro, (llámasele también la mapa).
Cheña.—Diminutivo de Lastenia.
Cheque (Llevar a).—Llevar a cuestas, sobre los hombros o la espalda.

- Chifle.—Canaleta de madera que conduce el agua al rodezno, en los molinos.
- Chigua.—Medida equivalente a seis almudes; canastillo de voqui de tejido muy ralo, que se usa para embalar pescado.
- Chilcas.—Planta silvestre.
- Chilhué.—Chiloé (contracción).
- Chimpol.—Torbellino.
- Chofi.—Diminutivo de Sofía.
- Cholgas o Cholguas.—Variedad de choros.
- Choroy.—Loro silvestre.
- Chuchoca.—Masa de papas cocidas y harina, que se asa al palo.
- Chuchoquerq (Palo).—Madero en el cual se envuelve la chuchoca para asarla.
- Chuncho.—Diminutivo de Asunción.
- Chunga.—Cuba de madera.

D

- Dalcahue.—Nombre de un puerto, (de dalca= embarcación y hue=lugar).
- Dalcahuinos.—Gentilicio de Dalcahue.
- Desgració (Se).—Se acriminó.
- Diañ.—Nombre de un caserío cercano a Dalcahue.
- Dornajada.—Porción de manzanas que se puede majar de una vez en el dornajo.
- Duam.—Encargo, mensaje.

E

- Encaña.—Diminutivo de Encarnación.
- Eraje.—Entablado de las habitaciones.
- Enteró.—Animal sin castrar.
- Entreveros.—Líos, pependencias.

Envaralado.—Confeccionado de varas.

F

Fiño.—Diminutivo de Delfín.

Fiura.—Nombre genérico que se da a los monstruos o vestiglos, entre ellos al Thrauco y al Invunche.

Fletas.—Fricciones.

Flor de piedra.—Líquenes que se dan sobre las piedras.

G

Gangosear.—Ganguear. (Se ha usado gongosear por considerarlo una derivación más lógica del adjetivo gangoso).

Gansa.—Tonta (En otros lugares tiene igual acepción la palabra pava).

Gañote.—Gaznate, pescuezo, garganta.

Guano.—Llámase así a toda clase de abono.

Güilqueco.—Nombre de un lugar, (de güilque=zorzal y co=agua).

H

Hechor.—Macho reproductor.

Helarse la chacra.—Asustarse.

Hualato.—Azadón de madera.

Huapis o Guapis.—Marismas.

Huaracà.—Soga que se usa para hacer bailar los trompos.

Huelli.—Malo, bribón; insulto que se aplica al Thrauco. (de hueye=sodómico).

Huicañas.—Variedad de papas de color morado.

Huichuñas.—Variedad de papas harinosas y dulzanas.

Huipampa.—Juego de niños, que consiste en girar sobre sí mismos hasta marearse. (Tal vez de huaydúvn=dar vueltas y pampa); Cavada escribe impropiaemente "huimpampa" y lo deriva de huiin=vértigo y pampa.

I.

Imeldeb.—Isla deshabitada, donde se supone está el "entierro" que dejaron unos corsarios al huir de los españoles.

Invunche o Ivunche.—Vestiglo que se cree sea un niño deformado por los brujos, tiene una pierna pegada a la nuca y la cara dada vuelta hacia atrás.

J.

Jeño.—Diminutivo de Eugenio.

Juegos de paja.—Juegos que sirven de entretenimiento después de la trilla.

Julli.—Diminutivo de Juliana.

L.

Laja.—Piedra arcillosa.

Lamillado.—Acción de abonar con lamilla.

Lapa.—Lavatorio de madera.

Lapo.—Sopapo.

Limpia.—Dícese de las casas en que no se ha hecho nunca brujerías.

Linao.—Juego de pelota, parecido al Rugby.

Lío.—Chuño.

- Lita.—Canasto circular u ovalado, muy extendido.
Luma.—Árbol de madera muy dura.
Luma.—Estacas puntiagudas de madera de luma; forma primitiva del arado, se emplean empujadas por un hombre.
Lumero.—El que ara a lumas.

LI.

- Llancazo.—Mal "tirado" o "impuesto", que se atribuye a brujerías.
Llau-Llau.—Nombre de una estación del ferrocarril de Ancud a Castro, (de llaullau=hongo parásito del roble).
Llingua.—Nombre de una isla.
Lloco.—Costumbre de participar carne y frituras a los vecinos, en las matanzas de chanchos, (de lloun=recibir).

M.

- Macha.—Molusco comestible.
Machi.—Curandero.
Machitún.—Ceremonia del machi para conjurar los espíritus que lo ayudarán a realizar su "trabajo".
Maiche (Hacer).—Hacer señas con el pañuelo o con la mano.
Mallo (Papas).—Papas cocidas sin cáscara.
Malloca.—Prostituta.
Managuás.—Marineros.
Manta.—Monstruo que se cree habita en los mares y desembocaduras de los ríos y aparece sobre las aguas como una piel de buey extendida; es conocido en otras partes con el nombre de Cuero.

- Mañío o Mañiu.—Nombre de un árbol de madera muy dura.
- Mañuco.—Diminutivo de Manuel.
- Marisqueras.—Mariscadoras.
- Matungo.—Caballo flaco, desmedrado (expresión argentina).
- Maulas.—Trampas en el juego.
- Mayoría.—Tribunal supremo de los brujos.
- Mechuquinos.—Gentilicio de Mechuqui.
- Medán.—Comilona, que los campesinos ofrecen en retribución de provisiones o animales que les son proporcionados por sus vecinos.
- Melú o Meldú.—Pan de harina de linaza o de maíz.
- Metahues o Mitahues.—Fruto silvestre, del árbol llamado "peta".
- Meulinos.—Gentilicio de Meulín.
- Milcao.—Pan hecho de papas ralladas y exprimidas.
- Mingas.—Mingacos, reuniones (especialmente con el objeto de ejecutar algún trabajo).
- Mocopulli.—Estación del ferrocarril de Ancud a Castro.
- Molinderos.—Molineros.
- Mosteque.—Forma despectiva de "mosto".
- Muermos.—Cierta especie de árbol parecido al roble.
- Murta.—Fruto de un arbusto silvestre.

N.

- Nahuelbuta.—Nombre de un cordón perteneciente a la Cordillera de Costa.
- Nalca.—Tallo del pangue (comestible.)
- Navajuelas.—Molusco bivalvo de forma de navaja.
- Norhueste.—Viento Nor-Oeste.

Ñ.

Ñanga.—Pachacha; animal o persona de piernas cortas.

Ñemo.—Diminutivo de Guillermo.

Ñeque.—Fuerza muscular.

P.

Pagas.—Persona que paga una cuota para tener derecho a participar en una fiesta o reunión.

Pahueldún.—Arbusto al que se atribuyen propiedades medicinales; se cree que de él hace sus bastones el Thrauco.

Paja ratonera.—Paja que se usa para cama de los animales; se da silvestre.

Pa'de.—Madero en forma de puñal, que se usa para mariscar.

Palo podrido.—Madera podrida que se utiliza como forraje.

Pangal.—Lugar en que abundan los pangues.

Pangue.—Planta de hojas muy grandes, que se emplean en el Curanto.

Patrancas.—Pingüinos.

Payos (Región de los).—Región Sur Oriente de la Isla, donde habitaban los indios de este nombre.

Pede.—Orzuelo, (Cavada escribe impropriamente "pide").

Pellín.—Madera del corazón del roble.

Pellomeñ.—Moscardón considerado de mal agüero.

Peocha.—Diminutivo de Pedrosa.

Petizo.—Bajo.

Peure.—Pebre; ensalada de cebolla, cilantro, perejil y ají.

- Pidcán o Pircán.—Serie de bajas mareas de una luna, que se aprovecha para mariscar.
- Piedra de besar.—Piedra blanca molida, de aspecto parecido a la tiza.
- Pilluntear.—Secretear.
- Pincoya.—Marido de la Pincoya.
- Pincoya.—Nereida, diosa de la pesca.
- Pinucas.—Marisco holotúrido; vulgarmente se designa con este nombre al pene, por su semejanza de forma.
- Pithrán.—Desnudo.
- Poes.—Fruto silvestre parecido al "chupón".
- Pompón del monte.—Otro nombre que recibe el Thrauco.
- Porras.—Hinchazones de los troncos de los árboles.
- Primerizo.—Siembra temprana de papas.
- Pumillahue.—Caleta cercana a Ancud, (de milla=oro, hue=lugar y pu=abundancia).
- Puntarenino.—Gentilicio de Punta Arenas.

Q

- Quechi-quechi.—Cernícalo.
- Quedar a medio.—Quedar alejado de la costa (aplicase a las embarcaciones).
- Quenacanos.—Gentilicio de Quenac.
- Quetalco.—Nombre de un caserío (de küthal = fuego y co = agua).
- Quethrelquén.—Nombre de una punta que se interna en el Canal de Chacao.
- Quicaví.—Nombre de un pueblo.
- Quilanto.—Sitio donde abundan las quilas.
- Quilas.—Variedad de bambú, silvestre.
- Quilineja.—Enredadera parásita, parecida al esparto.

- Quilmahue.—Choro pequeño.
 Quilombos.—Burdeles (expresión argentina).
 Quinchas o Quinchos.—Cercados de estacas.
 Quiñazo.—Golpe fuerte dado con una punta.
 Quiñe (Dar).—Golpear un trompo con la púa de otro.

R

- Ral-ral.—Arbol semejante al nogal.
 Rampi.—Glotón.
 Rauco.—Pueblecito cercano a Castro (de ragh = greda y co = agua).
 Rayas.—Puntos o goles del "linao".
 Rucalhue.—Nombre de un caserío (de ruca = casa y alhué = diablo).

S

- Sabanilla.—Sábana de tela de lana, de hilado muy fino.
 Sacho.—Ancla confeccionada con una piedra sujeta entre maderos de luma dispuestos en forma de pata de cabra.
 Seguidilla.—Baile.
 Singar.—Remar con un solo remo, colocándose en la popa de la embarcación.
 Sobrado.—Soberado, desván.
 Surazo.—Viento sur fuerte.

T

- Tablacura.—Nombre de un caserío.
 Taca.—Almeja.

- Tarabilla.—Tablitas que hacen deslizarse el trigo de las tolvas hacia las muelas, en los molinos de campo.
- Tecuto.—Arquero, en el Linao.
- Tejar.—Camino carretero que da acceso a Castro por el lado Norte.
- Ten-Ten.—Nombre de un cerro cercano a Castro. Referente a este cerro, existe una leyenda que lo ubica como único punto que quedó en seco durante una gran inundación; interpretación americana del Diluvio Universal.
- Tepes.—Champas de césped.
- Thraha o Thragua.—Cuero del cerdo.
- Thraiguén.—Nombre de un río y salto de agua donde los brujos se layan el bautismo.
- Thrauco.—Figura correspondiente a los faunos de la Mitología Griega.
- Thrauna.—Puñado a dos manos.
- Thrinthre.—Gallina crespá.
- Thropón.—Bola de masa de chuño.
- Tic-Toc.—Caleta del continente, en que se explota la caza de lobos; más o menos frente a la isla de Guafo.
- Tog-tog.—Canto de la lechuza.
- Tique.—Arbol muy común en la región.
- Toletes.—Maderos que hacen las veces de chumaceras.
- Tranquero.—Tranquera.
- Trío pelao.—Mote de trigo.
- Troya.—Círculo marcado en el suelo para jugar al trompo o a las bolitas.

U

- Ulmos.—Arbol.
- Ulpo.—Bebida preparada con harina tostada.

Unto sin sal.—Tocino sin sal.
Urupa.—Odre.

V

Vaciante.—Descenso de la marea.
Vaemes o Guaemes.—Masa de chuño hervida; especie de sopaipillas cocidas.
Varracos.—Verracos.
Veliche.—Idioma que usan los brujos.
Vilú.—Culebra.
Vitelo.—Ternero de uno o dos años.
Viuda.—Mito de los isleños; aparición de una mujer que persigue a los hombres jóvenes y buenos mozos, va vestida de negro.
Voladora.—Mensajera de los brujos.
Voqui.—Enredadera de tallos flexibles.
Vucheñ.—Papa que crece sin cultivo.

Y

Yi, yi, yi.—Grito de la lechuza.
Yole o Llole.—Canasto.

INDICE

Pags.

Ensueño Histórico	7
-----------------------------	---

PRIMERA PARTE

I.— Olegario Villarroel	27
II.— Huipampa	33
III.— Leonila	39
IV.— El curanto	43
V.— ¡Pahueldún!	49
VI.— El Coché Omingo	57

SEGUNDA PARTE

I.— El chalilo	63
II.— Epifanio	69
III.— Ancud	87
IV.— Lujuria del Coché Omingo	93
V.— El Linao	99
VI.— El challanco	107
VII.— El Thrauco	113

TERCERA PARTE

	Pags.
I.— Juez agrimensor	125
II.— Chalia Ojeda	129
III.— El Cabildo	133
IV.— El sermón de don Genaro	149
V.— Doña Callolla asegura alojamiento para su cadáver	157
VI.— ¡Coma mucho, señor cura!	165
VII.— La beata Julli	171
VIII.— La sotana del padre Fidel	179
IX.— El entierro	185
X.— Atanasio Peranchiguai	191
XI.— La trilla	199
XII.— La muerte del Coché Omingo	217
XIII.— El Caleuche	223
XIV.— La maja	233

CUARTA PARTE

I.— La Pincoya	253
II.— Fandanguito celoso	279
Glosario	291



Huipampa, tierra de sonámbulos

por

Nicasio Tangol

No ha abundado en Chile la literatura sobre la isla de Chiloé. Apenas, hace algunos años, en el aspecto novelesco, apareció una obra que tendía a reflejar su vida humana. Ahora, un autor nuevo escribe un libro del mismo tipo, lleno de vitalidad y emoción. Es Nicasio Tangol, que, con "HUIPAMPA, TIERRA DE SONÁMBULOS", pasa de lleno a formar parte en la primera fila de los novelistas chilenos. Y decimos esto, sin exagerar. La verdad es que pocas veces las letras chilenas han asistido a un espectáculo novelesco tan poderoso, realista, sugerente y poético como el que ofrecen las páginas de este bello libro. Ricas en material humano, vitalizadas por un estilo que, sin ser elegante, como muchos pudieran desear, es brillante, flexible, feliz en metáforas, estas páginas encaminan al lector hacia un mundo chileno, pero casi desconocido. Personajes únicos y propios de la insula chilota, cosas y costumbres que también son propias, el folklore todo, la leyenda y aquello que conforma la psicología de una existencia que, siendo nuestra, nos parece ajena, dan cuerpo a esta novela que no trepidamos en llamar admirable. Así, "HUIPAMPA, TIERRA DE SONÁMBULOS" es la historia de un pequeño universo, variado, extraño, pintoresco y terrible en modos de vida y tradiciones. Nicasio Tangol es un novelista de auténtica estirpe y es gracias a su talento poco común que ha logrado dar contornos artísticos a un libro que se basa en un territorio poco asequible a la experimentación literaria.

NICOMEDES GUZMAN.

